

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

Deseo®

DESPUÉS DEL INVIERNO

Caroline Cross

$3.50 U.S.

Su lema era no involucrarse nunca con nadie. ¿Por qué, entonces, el ranchero Jack Sheridan ayudó a una desconocida a dar a luz durante la peor tormenta de nieve de la historia? La cría recién nacida acabó cautivándolo. Y su bella madre se había propuesto convencerlo de que compartiera con ella algo más que la casa.

Tess Danielson estaba agradecida a Jack por haberla rescatado de la tormenta, aunque el taciturno ranchero estuviese esperando la oportunidad de deshacerse de ella. Al cabo de varias semanas de miradas ardientes y besos apasionados, Tess comprendió que el comportamiento indiferente de Jack no era más que una fachada. Debía hacerle comprender que sólo el amor podría curar su frío y duro corazón.

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
DESPUES DEL INVIERNO, Nº 791 - 19.8.98
Título original: The Baby Blizzard

DESPUES DEL INVIERNO
CAROLINE CROSS

CAPÍTULO 1

Jack llevaba varias horas siguiendo al Cadillac azul pálido cuando éste inició su frenético derrape a través de la calzada.

El Cadillac le había pasado de largo por primera vez en la autopista de Casper. Aunque resultara difícil de creer ahora, cuando debía luchar contra el fuerte viento y la copiosa nieve para mantener en la carretera su camioneta con tracción a las cuatro ruedas, en aquellos momentos Jack se aburría. Le hastiaban el inalterable color gris del cielo, la temperatura inoportunamente templada, la desolada uniformidad de las llanuras colindantes.

Aquel hastío, y el mal humor que arrastraba desde que vio a Jared y Elise en el despacho del abogado, habían hecho que se fijara en el Cadillac.

Había buscado algo de diversión, pura y simplemente. Sin embargo, lo que recibió fue un duro golpe a la coraza de su indiferencia.

Jack hizo una mueca y sujetó con fuerza el volante mientras el viento azotaba la camioneta.

¿Así que el conductor del Cadillac era una mujer?

Eso no explicaba por qué la breve mirada que intercambiaron cuando el automóvil lo adelantó le había sentado como una patada en el estómago.

Si ni siquiera era guapa. Espectacular, tal vez, con aquel cabello del mismo color que el de su alazán favorito, y aquellos labios carnosos que inspirarían ideas pecaminosas a cualquier hombre.

Pero no era guapa.

Excepto... cuando sonreía.

Y eso había hecho, pensó Jack irritado. Le había sonreído cuando pasó por delante de la gasolinera de Kaycee, donde ella se había detenido para repostar gasolina.

Jack entornó los ojos ante el grueso manto de nieve que fustigaba el parabrisas. Aunque la portezuela abierta de un coche le había impedido verla del todo, debía reconocer que, por una vez, la realidad se había adaptado a sus expectativas. Había que estar ciego para no fijarse en sus piernas largas y bien formadas, en sus hombros y brazos esbeltos, en su boca provocativa y sus ojos inteligentes.

Descubrir que su libido seguía viva, después de tanto tiempo, fue para Jack una auténtica sorpresa. Jared y Elise habían conseguido despojarlo de cualquier sentimiento cariñoso. Le habían arrebatado la ilusión, las esperanzas y los sueños.

Hacia tres años que descubrió, en el despacho del juez, lo verdaderamente idiota que había sido. Desde aquel día tan humillante, desterró de su vocabulario las palabras «necesidad» y «pasión», hasta el punto de que no había sentido deseo por nada ni por nadie.

Hasta ese día.

Jack emitió un bufido de disgusto y se pregunto qué diablos le pasaba. Existía una diferencia abismal entre la lujuria y las fantasías sobre una perfecta desconocida. Pero cuando la desconocida en cuestión volvió a alcanzarlo a la altura de Crazy Woman Creek, y le hizo una señal de saludo mientras lo adelantaba..., Jack empezó a preguntarse todo tipo de cosas.

Como, por ejemplo, si el color bermejo de su cabello sería o no natural. O si su boca carnosa sabría a cerezas o a moras maduras. O cómo sería tener aquellas piernas largas y lascivas entrelazadas alrededor de la cintura.

O si tenía la costumbre de sonreír a todo el mundo.

Era absurdo. Reconocer que concebía semejantes pensamientos bastaba para ruborizarlo. Sobre todo, cuando había cuestiones más importantes en las que pensar.

Por ejemplo, ¿a dónde diablos se dirigiría aquella mujer? Hasta hacía una hora, Jack había supuesto que viajaba hacia Gillette, pero había girado bruscamente hacia el norte a la altura de Buffalo. Jack pensó entonces que tendría amigos o familia en el pequeño pueblo de Gweneth, pero la mujer del Cadillac pasó el desvío a toda velocidad.

Jack empezó a pensar que o se había perdido, o estaba loca, o ambas cosas. Porque aparte del Double D, que habían dejado atrás hacía veinte minutos, el único rancho en sesenta kilómetros a la redonda era el suyo. Y estaba seguro de que no iba a visitarlo a él. Ya nadie lo visitaba si no era por negocios.

Así había sido desde que cedió a su hijo.

Notó en su interior una punzada de angustia, pero la rechazó con firmeza, recordándose que aquello ya estaba hecho y no había vuelta atrás.

Fue entonces cuando el Cadillac inició un inexorable derrape en mitad de la carretera.

Jack observó atónito cómo el automóvil se desviaba de costado a través de la densa nieve, daba un lento giro de ciento ochenta grados, y luego desaparecía como engullido por un agujero negro.

Al instante, retiró el pie del acelerador. No podía seguir conduciendo como si nada. Jared siempre le había dicho que tenía alma de boy scout, y, como había tenido ocasión de comprobar aquel mismo día, los viejos hábitos no morían fácilmente.

Pero no debía pensar en eso. Todo aquello formaba ya parte del pasado. Estaba solo. Completamente solo. O volvería a estarlo, en cuanto se hubiese asegurado de que la mujer del Cadillac se encontraba bien.

Aquel razonamiento le causó cierta consternación.

DiabIos

Finalmente, iba a conocerla de veras.

No tienes remedio, Sheridan. Eres incapaz de tener una simple fantasía a distancia sin meter la pata.

Pero la mujer estaba en apuros, se dijo. Necesitaba ayuda. En el mejor de los casos, se encontraría magullada y conmocionada. Y en el peor…

Jack rechazó aquel último pensamiento. Ya tenía bastante con verse involucrado en el suceso. Por grave que fuese el estado de la mujer, no se preocuparía por ella a un nivel personal. Haría cuanto estuviese en su mano para ayudarla, pero nada mas.

Sin apartar los ojos de la difusa silueta de la valla que flanqueaba la carretera, fue aminorando la velocidad hasta que se detuvo a echar un vistazo alrededor.

Nada. No se veía nada, salvo un arremolinado manto de nieve iluminado por la luz de los faros. Jack profirió una maldición.

Decidió poner el freno de mano y apagar las luces de la camioneta. Luego cerró los ojos, volvió a abrirlos lentamente e inspeccionó la zona.

Sí. Un poco más adelante, a la derecha. En el fondo de una pronunciada pendiente se distinguía un leve fulgor rojizo.

Jack dejó escapar un suspiro al comprender que se trataba del piloto trasero del vehículo. Ahora que sabía dónde mirar, divisó el resto del Cadillac. Estaba volcado, con las ruedas del lado del pasajero hundidas en el lecho del arroyuelo que discurría paralelo a la carretera. La nieve, empujada por el aullante viento, ya empezaba a acumularse sobre la capota y el parabrisas. La pintura azul claro de la carrocería armonizaba perfectamente con el paisaje monocromo.

Jack notó que el corazón le daba un vuelco. De haber transcurrido unos cuantos minutos más, habría anochecido por completo y jamás habría visto el coche.

Volvió a encender los faros de la camioneta, luego se giró y agarró la soga de nailon y la linterna que guardaba detrás de los asientos. A continuación se colocó una zamarra de piel, se subió la cremallera hasta la barbilla y se caló el sombrero Stetson.

Tras meditar unos instantes, decidió dejar el motor en marcha para combatir el frío. Luego conectó las luces de avería, abrió la portezuela y se internó en el corazón de la tormenta.

Tess Danielson sé dijo que no debía dejarse llevar por el pánico.

Sí, había sufrido un pequeño accidente. En una carretera remota y poco transitada. En mitad de un temporal que llevaba trazas de convertirse en una auténtica ventisca.

A pesar de admitir que la situación no era nada halagüeña, rehusaba sucumbir al terror que le provocaba escalofríos a lo largo de la espina dorsal.

Quizá lanzar un buen grito le hiciera sentirse mejor.

Sonrió interiormente. Dejó escapar despacio el aire que había retenido en los pulmones y se obligó a respirar profunda y regularmente.

Las cosas no irían mal si conservaba su sentido del humor. Bueno, sí que podían ir mal. Como oriunda de Wyoming, había crecido oyendo relatos sobre desdichados motoristas que habían sido sorprendidos por ventiscas similares y no habían sido hallados hasta los primeros deshielos de la primavera.

Pero a ella no le ocurriría eso.

Se negaba a permitir que le ocurriera. No se había pasado veintinueve años sometiendo el mundo a su voluntad para rendirse cuando la situación era seria.

Y menos cuando había descubierto recientemente qué era lo que de verdad importaba en la vida. Cuando había tantas cosas que aún deseaba experimentar. Cuando había otra persona que dependía totalmente de ella, pensó al fin, dirigiendo una mirada protectora a la curva de su vientre.

Tiró del cinturón de seguridad, arrugando la frente al ver que la hebilla se negaba a abrirse. Desanimada, volvió a considerar la alternativa de lanzar un grito, pero sólo momentáneamente. Lo primero que había hecho cuando el coche se detuvo fue apagar el motor, y el aire que la rodeaba ya empezaba a. enfriarse. Aunque eso era preferible a morir envenenada por inhalación de monóxido de carbono, en el caso de que el tubo de escape hubiese quedado obstruido.

Tess agarró el anorak que se hallaba doblado en el asiento del pasajero y se lo echó por encima.

De nuevo, se dijo que no debía dejarse llevar por el pánico.

Al fin y al cabo, no iba a morir congelada en unos cuantos minutos. Si la situación empeoraba aún más, simplemente buscaría su bolso, extraería las tijeras y cortaría el cinturón.

Si lograba alcanzar las tijeras, claro.

Alzó la barbilla con aire resuelto y decidió no preocuparse en exceso. Aún le quedaba un as en la manga, pensó, acordándose del atractivo vaquero con el que había jugueteado en la carrera durante las últimas horas. No iba muy por detrás de ella. Tenía que haber visto lo sucedido. Seguramente, ya estaría buscándola para socorrerla.

A no ser que tuviera un corazón tan despiadado como su semblante y se hubiese limitado a seguir su camino, sin detenerse.

Tess se estremeció.

«Ni hablar. Estás en Wyoming, ¿recuerdas? Aquí la gente suele ayudarse. Se detendrá. Sí, parecía un poco estirado, pero seguramente será tímido y tendrá un carácter encantador...»

—¿Señorita? —dijo una voz en tono alto de barítono.

Una luz relampagueó por la ventanilla. Cegada momentáneamente,

Tess se cubrió la cara con la mano mientras la portezuela del coche se abría de golpe.

—¿Se encuentra usted bien? —su rescatador tuvo que vociferar para hacerse oír en medio del fuerte viento. Aun así, su voz parecía grave y fría... Igual que su semblante, decidió Tess, contemplándolo a la tenue luz de la linterna.

Nada de tímido. Nada de carácter encantador.

—¿Está usted bien? Conteste.

Aunque aquel hombre la intimidase, en cierto modo, Tess nunca se había alegrado tanto de ver a otra persona. Notó en su interior un estallido de alivio que le humedeció los ojos y le atenazó la garganta. Tragó saliva, pues sospechaba que a aquel hombre no le gustaría que rompiese a llorar. No se explicaba por qué, pero lo sabía con certeza. Volvió a tragar saliva y procuró mostrar un talante animado que no se correspondía con la realidad.

-Ya iba siendo hora de que llegase.

El pareció sorprendido. Sus ojos, de un color verde pálido a la difusa luz de la linterna, se entrecerraron.

—¿Cómo dice?

Por lo visto, tampoco tenía sentido del humor.

—Que me encuentro bien —respondió Tess alzando la voz.

—Menos mal —el alivio iluminó su rostro, pero no suavizó sus severas facciones—. Déme la mano. La ayudaré a salir. La tormenta está empeorando.

Ella sacudió la cabeza.

—El cinturón se ha atascado. No puedo quitármelo.

El acercó la linterna a la base del cinturón, y luego se inclinó sobre Tess para manipular la hebilla. Su antebrazo, duro y cálido incluso a través del tejido grueso del anorak, le rozó la superficie del vientre.

—¿Pero qué...? ¿Qué es eso?

Tess se puso muy rígida.

—¿Qué es qué?

—¿Ese... bulto?

Ella lo miró incrédula, sin apenas notar el peso de su brazo.

—No es ningún bulto —le informó—. Estoy embarazada.

Él le dirigió una mirada inexpresiva, y luego retiró el brazo rápidamente.

—Diablos —musitó—. Claro, con razón...

Aquellas palabras, que no iban destinadas a ella, se oyeron con cristalina claridad al haberse apaciguado el viento momentáneamente.

Tess enarcó una ceja.

—Disculpe, ¿qué ha dicho?

El permaneció callado durante largos instantes, con los labios tensos. Por fin, meneó la cabeza y se encogió de hombros.

—Olvídelo, no tiene importancia —murmuro—. Se inclinó sobre ella de nuevo y le quitó el cinturón. Luego se retiró a toda prisa—. Vamos —añadió con un gruñido.

Tess permaneció donde estaba.

—Pero, el coche...

—No se moverá de aquí. Al menos, por ahora. Aunque pudiera remolcarlo con el mío, la carretera está demasiado resbaladiza. Y, por si no se ha dado cuenta, ya ha anochecido —Tess miró a su alrededor, sorprendida. Tenía razón. Por increíble que pareciera, se había olvidado temporalmente del vendaval.

Un vendaval que llevaba trazas de empeorar.

Aun así, titubeó.

—Ni siquiera sé su nombre.

—Por amor de... —un atisbo de irritación se reflejó en sus ojos verdes, pero logró dominarse—. Jack. Me llamo Jack Sheridan, ¿de acuerdo?

—Yo soy Tess...

—Estupendo. Escúcheme, Tess. Tenemos que ir hasta mi camioneta ahora, mientras aún podemos.

Tenía razón, desde luego. Molesta consigo misma por aquel comportamiento tan estúpido, Tess sacó los pies del coche y los plantó en el suelo, tratando de precisar por qué se sentía tan inclinada a no obedecer.

Lo averiguó al cabo de unos segundos, cuando acometió la incómoda tarea de sacar del vehículo el resto del cuerpo. Sin decir palabra, Jack se inclinó, la agarró por los hombros y la ayudó a salir. Luego, con ademanes bruscos y capaces, le puso el anorak y se introdujo en el coche para sacar las llaves, un libro de bolsillo y el saco de dormir.

—Tenga -dijo entregándole las llaves y el libro-. Guarde las llaves y cuélguese el bolso del cuello. Así tendrá las manos libres.

Fue entonces cuando Tess vio confirmados sus temores. Nunca había soportado a las personas autoritarias, y aquel tipo lo era hasta extremos insospechados.

Aunque podría sobrellevar semejante defecto, se dijo un segundo después, cuando un golpe de viento estuvo a punto de derribarla y él la sujetó inmediatamente para evitar que se cayese.

—¿Está usted bien? -dijo sosteniéndola firmemente contra su fornido y recio pecho para protegerla del viento.

Ella alzó la barbilla y asintió, sorprendida de tener que levantar la cabeza para mirarlo. Era una mujer alta, y pocas veces tenía que alzar la mirada para hablar con alguien. Durante un largo momento, se miraron con fijeza. Jack tenía los ojos de un color realmente extraordinario...

—Maldición —exclamó él con disgusto-. ¿Cómo se le ocurre a su marido dejarla conducir sola en su estado?

No era una pregunta, y Tess lo sabía. Sin embargo, se sintió impelida a responderle.

—No estoy casada.

—Da igual, olvídese de eso —replicó Jack—. He extendido un cable que lleva a la furgoneta. Si se mantiene pegada a mí, no tendremos problemas. Cuando me vuelva, meta las manos por debajo de mi anorak y agárrese a mi cinturón. Pase lo que pase, no se suelte. ¿Entendido?

Tess no necesitó que se lo dijera dos veces. La nieve le azotaba el rostro, haciendo que se le saltaran las lágrimas, y el frío era tan intenso que respirar resultaba doloroso.

—Entendido.

Jack se giró y levantó el saco de dormir como si no pesara nada. Luego se mantuvo firme mientras ella introducía las manos debajo de su chaquetón. Su espalda era dura y sólida, y desprendía el mismo calor que un horno. Tess se acercó a él un poco más y cerró los dedos en torno al cinturón.

Echaron a andar despacio, con cuidado de no tropezar en el terreno escarpado y cubierto de cúmulos de nieve endurecida. El recorrido no duró más que unos minutos, pero a Tess se le hizo eterno. Acostumbrada a estar en forma, el cambio que había ido experimentado a lo largo de los meses le había resultado exasperante. Rechinó los dientes, frustrada por su indefensión mientras tropezaba y resbalaba continuamente. Cuando llegaron a la camioneta, los pulmones le ardían, tenía las mejillas congeladas y la espalda le rabiaba de dolor.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Jack mientras abría de un tirón la portezuela.

—Sí, muy bien —mintió ella, recostándose fatigada en la cabina. Mientras recuperaba el resuello, le pidió mentalmente disculpas por el comportamiento intolerante que había mostrado hacía unos minutos.

—Estupendo.

Jack había perdido el sombrero. Sin él parecía más joven. Su cabello, revuelto por el viento, era negro y suave como el de un niño. Por algún motivo, aquel detalle molestó a Tess. Antes de que pudiera reflexionar sobre ello, Jack se acercó y le quitó la nieve del rostro y de los hombros con sus manos enguantadas. Luego la ayudó a sentarse en el asiento del pasajero, donde le frotó las entumecidas piernas y le quitó las botas cubiertas de nieve. Finalmente, se sentó ante el volante.

El interior de la cabina estaba caldeado, pero Tess sintió un súbito e intenso escalofrío. Empezó a temblar, y los dientes le castañeteaban como maracas.

Algo similar a la compasión iluminó brevemente los pálidos ojos de Jack. Tras subir la calefacción, agarró el chaquetón que había dejado en el asiento trasero y se lo echó sobre los hombros.

—¿Se siente mejor ahora?

Ella asintió, incapaz de hablar.

Aquel gesto pareció bastarle. Su boca volvió a tensarse, formando una severa línea. Después de ajustar el cinturón de Tess y de colocarse el suyo, retiró el freno de mano y puso en marcha la camioneta.

Tess se ciñó el chaquetón, enterrando el rostro en el suave cuello de algodón. El olor inconfundible a caballo y a cuero húmedo, que ella conocía muy bien de su niñez, le asaltó la nariz. Extrañamente reconfortada, se recostó en el asiento y cerró los ojos.

Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido, pero al final empezó a sentirse de nuevo como un ser humano. Suspiró, disfrutando del chorro de aire caliente que le bañaba los pies, procedente de las rejillas de la calefacción, y trató de buscar una postura que favoreciera a su dolorida espalda. Finalmente se colocó de costado, de cara a su acompañante.

Con los ojos entrecerrados, lo observó disimuladamente. Debía admitir que le intimidaba un poco su prolongado silencio. Aquella reacción la sorprendió. Había crecido rodeada de vaqueros y estaba familiarizada con los hombres reservados y taciturnos.

Jack parecía meditabundo. Aquella tensión que se reflejaba en su rostro no era natural. De hecho, daba la impresión de que no era reservado por su propio gusto, sino porque no tenía a nadie en quien confiar.

Y, sin embargo... había acudido á rescatarla. A pesar de sus modales bruscos, la había tocado con suma delicadeza mientras la ayudaba.

Aunque, ¿qué importaba todo aquello? Pronto, cada cual se iría por su camino, y jamás volverían a verse...

—¿No le han enseñado que es de mala educación mirar fijamente a una persona? —preguntó Jack de pronto.

Tess se sobresaltó, pero hizo lo posible por relajarse y mostrarse segura. Una cosa era reconocer que aquel hombre la intimidaba, y otra muy distinta permitir que él se diera cuenta.

—Tiene razón -dijo con calma—. Lo siento.

—¿Quiere explicarme qué demonios hacía en la carretera?

Caramba, se dijo Tess. ¿Hacía falta que fuese tan brusco?

—Iba a visitar a mi abuela.

—Ah —respondió él con visible desdén—. Y se perdió.

—No me perdí. Me pasé de la salida de la carretera.

—Claro. ¿No se le ocurrió que la situación podía volverse peligrosa cuando empezó a nevar?

—Me crié aquí —respondió Tess en tono paciente—. Estoy acostumbrada a la nieve.

—Pues no lo parece.

—¿Y usted?

—¿Yo, qué?

—Supongo que usted sí puede conducir en plena ventisca.

La expresión pétrea de Jack no varió ni por un instante.

—Pues claro que sí. Mi camioneta dispone de tracción a las cuatro ruedas y de llantas especiales. Sé lo que hago. Además, tengo que cumplir con ciertas obligaciones. Si no llego a casa pronto, el ganado se quedará sin comer.

—¿Dónde está su casa?

—Vivo en el rancho Cross Creek. Tardaremos unos minutos en llegar.

—¿Qué? Pero... —Tess no pudo disimular su sorpresa.

—Mire -dijo él en tono tajante—, a mí tampoco me vuelve loco la idea de llevarla allí. Pero tenemos que guarecernos de la tormenta cuanto antes, y mi rancho es el lugar más cercano en muchos kilómetros a la redonda.

Tess permaneció callada unos momentos.

—¿Ha terminado ya? —preguntó al fin.

—Sí —contestó él apretando la mandíbula.

—Muy bien. Que conste que no tengo nada en contra de ir a su rancho. El ofrecimiento ha sido muy amable por su parte, y se lo agradezco. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí.

—¿Pero...? —Jack mantuvo los ojos fijos en la carretera mientras frenaba cuidadosamente para girar a la izquierda. Ante ellos apareció un gran letrero iluminado con el nombre del rancho.

—Cuando yo vivía aquí, recuerdo que este rancho era propiedad de los Langston.

Jack aminoró la velocidad al adentrarse en el caminillo de grava.

—¿De veras vivió usted aquí?

Ella suspiró ante su evidente escepticismo.

—Sí. En el Double D. Soy nieta de Mary Danielson —vio que él la miraba atentamente durante un par de segundos-. No me explico como se me pasó la entrada del rancho.

Jack permaneció callado. Cambió a primera conforme la camioneta descendía por una pequeña pendiente.

—Quizá no miró usted en el sitio adecuado -dijo al fin.

¿Le importaría explicarme eso?

El se encogió de hombros.

—Su abuela abrió una entrada nueva hace bastante tiempo. Fue antes de que yo comprara el rancho de los Langston. O sea, hace unos... siete años.

—Oh —Tess se sintió como una estúpida.

—Debería usted venir más a menudo.

Ella frunció el ceño.

—No creo que eso sea asunto de su incumbencia.

—¿No? Yo creo que sí. Al fin y al cabo, está usted bajo mi responsabilidad.

—Créame, en cuanto pase la tormenta, alguien del Double D vendrá a recogerme.

Jack la miró con ojos entornados.

—Su abuela se fue hace tres días. Por lo visto, va a tomarse unas largas vacaciones.

—¿Cómo dice? —Tess se sintió momentáneamente desorientada.

—Lo sabría si hubiese venido al rancho como invitada.

Ella estuvo a punto de contestar bruscamente, pero se reprimió. No tenía por qué justificar su conducta ante aquel hombre. Ni explicarle que había escrito y llamado a su abuela para comunicarle su intención de visitar el rancho e informarle de la fecha de su llegada. Aquella marcha repentina de su abuela había sido una especie de venganza por su decisión de irse del rancho, diez años atrás.

Si estaba en lo cierto, se vería en un verdadero aprieto.

—Maldición —exclamó Jack de repente.

—¿Qué sucede?

—Se ha ido la luz.

Tess echó una ojeada a su alrededor conforme se adentraban en el patio del rancho. Un par de perros acudían a darles la bienvenida, pero no se veía ninguna luz, ni en la casa de dos plantas, ni en el cobertizo contiguo.

Tess notó que el corazón le daba un vuelco al recordar un detalle. Ya no estaba en la ciudad. En el campo, las líneas telefónicas también se cortaban cuando no había luz.

Respiró hondo.

—¿Jack?

—¿Tiene usted esposa?

El mantuvo la mirada al frente.

—Ya no. ¿Por qué? ¿Acaso aspira a ocupar el puesto?

—No —Tess sacudió la cabeza, crispando las manos conforme el dolor que antes había sentido en la espalda se extendía a sus costados y la oprimía como una boa invisible. Dejó escapar un jadeo involuntario al notar que la dolorosa presión aumentaba—. Estoy de parto.

Jack reaccionó sin pensar.

—No —se giró hacia Tess y negó con la cabeza—. Ni pensarlo.

Los ojos de ella, enormes y aterciopelados como flores de invierno, se abrieron presa del asombro.

—¿Cómo ha dicho?

—Ni hablar —Jack volvió a menear la cabeza, inflexible—. No va a tener ese niño. Aquí, no. Ni conmigo.

Por espacio de un segundo interminable, Tess permaneció mirándolo con aire incrédulo. Luego cruzó los brazos sobre su hinchado vientre y escrutó la oscuridad que se extendía más allá del parabrisas.

—De acuerdo —djjo al fin.

No era la reacción que él había esperado. La miró con ojos inexpresivos, esforzándose por no perder el dominio de sí mismo.

—Bien —se limitó a decir.

Sabía que estaba actuando de forma mezquina, pero se dijo que no le importaba. Era preferible a que ella sospechara la ansiedad que le había provocado aquel anuncio inesperado.

—Tenga —dijo Tess depositando el chaquetón en el hueco que separaba los dos asientos—. Gracias por habérmelo prestado —abrió la portezuela bruscamente y salió.

—¿Adónde cree que va? —preguntó Jack en tono alarmado.

—A la casa. Allí habrá alguien que pueda ayudarme —cerró la portezuela con fuerza.

Desconcertado, Jack permaneció sentado donde estaba, mientras una serie de pensamientos confusos se le agolpaban en la mente. ¡Maldición! ¿Qué había hecho para merecer algo así? Uno tenía a bien realizar una acción humanitaria y bondadosa, y en recompensa debía cargar con una mujer testaruda e independiente que carecía del sentido común necesario para refugiarse de una tormenta de nieve. Una mujer a la que tendría que ayudar a dar a luz.

La sola idea hizo que se le atenazara la garganta. Recuerdos que había reprimido durante los tres últimos años relampaguearon en su mente. Recordó lo feliz que se había sentido cuando Elise le anunció que estaba embarazada. Tan feliz como para ignorar la incomodidad que sintió cuando ella le pidió que se trasladase a la habitación de invitados para no perturbar su descanso. Aquella felicidad le ayudó a soportar la soledad cuando Elise insistió en mudarse a Gweneth, durante el tercer trimestre de embarazo, para estar más cerca del médico. Incluso bastó para que se tragara su desilusión cuando llegó demasiado tarde para asistir al alumbramiento, porque nadie se había acordado de llamarlo. Todos los malos tragos parecían haber merecido la pena cuando, por fin, tuvo a su precioso hijito.

Una punzada de añoranza le traspasó las entrañas. El chiquillo tendría unos tres años y medio. Ya andaría, y hablaría, con sus enormes ojos verdes llenos de preguntas... De repente, Jack comprendió lo que le estaba sucediendo. Así no ayudaría a nadie, se dijo con rabia, dando un portazo al pasado. Podía revelarse contra el destino y compadecerse de sí mismo indefinidamente, pero la situación siempre sería la misma. Había perdido a su hijo, de forma definitiva. Y sólo él podía ayudar a Tess.

Respiró hondo para calmarse y se obligó a sopesar la situación de

manera objetiva. Tess acababa de ponerse de parto. Quizá el niño tardara horas en nacer, o un día incluso. Tal vez para entonces el tiempo habría mejorado, la línea telefónica volvería a funcionar y podrían pedir ayuda. Después, Tess dejaría de ser problema suyo.

Mientras tanto, debía brindarle el máximo apoyo moral posible. Si ambos conservaban la calma, sobrellevarían el aprieto como adultos maduros que eran. A menos que a Tess le sucediera algo, se dijo de repente, mientras una furiosa racha de viento sacudía la camioneta. Por ejemplo, si resbalaba y se caía...

Se giró hacia atrás para recoger su sombrero, sin acordarse de que lo había perdido, y fue entonces cuando se fijó en las botas empapadas de Tess, que seguían allí donde él las había colocado un rato antes.

Maldición, maldición, maldición. ¡La muy estúpida había salido de la camioneta descalza! La calma que había empezado a sentir se esfumó otra vez de golpe. Abrió la portezuela y se apeó a trompicones del vehículo. Luego cruzó el patio del rancho, alcanzándola con unas cuantas zancadas largas y furiosas. Haciendo caso omiso de su grito de sorpresa, la atrajo hacia sí y la tomó en brazos.

—Usted no aprende, ¿verdad? —gritó para hacerse oír por encima del agudo ulular del viento.

—¿No aprendo a qué? —replicó ella con voz amortiguada mientras pegaba el rostro a la calidez de su hombro.

—A mirar dónde se mete antes de salir corriendo

—Jack ascendió los tres escalones de la entrada y atravesó el porche, evitando un par de mecedoras de madera que se balanceaban al viento, como ocupadas por seres invisibles.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Quiero decir que en el rancho sólo estamos usted y yo! —tras ordenar a los perros que se quedaran echados, Jack abrió la puerta, que daba directamente a una enorme cocina campera.

—¿Cómo? —por primera vez, la voz de Tess denotaba inseguridad —. Pero, ¿qué está diciendo? Este rancho es muy grande. Es imposible que... —hizo una pausa para aclararse la garganta—. Es imposible que lo lleve usted solo.

—Y un cuerno imposible —repuso Jack con severidad—. Me deshice del ganado hace años —su voz, que apenas era más que un susurro, sonaba brusca en aquella quietud casi sepulcral—. Ahora sólo tengo caballos.

Tess, que seguía aferrada a sus brazos, se agitó levemente.

En ese momento, Jack percibió su olor. Un aroma delicado, misterioso, femenino. Le asaltó un recuerdo vívido de la sensación que producía yacer desnudo junto a una mujer, acariciar todos los rincones de su cuerpo suave como la seda...

¿En qué demonios estaba pensando? Tess estaba a punto de dar a

luz. Asqueado de sí mismo, la soltó con cuidado en el suelo.

—Quédese aquí mientras busco una linterna. No quiero que tropiece con nada —dicho esto, Jack se -dirigió a la habitación contigua que servia de despensa.

Se detuvo ante las estanterías donde guardaba los utensilios de emergencia, preguntándose qué diablos le pasaba. Después de vivir tres años como un monje, sentía atracción hacia una mujer… y resultaba que estaba embarazada.

La ironía de la situación le provocó una amarga sonrisa. Con ademanes impacientes, agarró dos linternas a pilas y accionó los interruptores. Tras un primer fogonazo débil, las bombillas fluorescentes se encendieron.

Al regresar a la cocina, halló a Tess de pie, muy rígida, con el semblante pálido y la boca fruncida a causa del dolor. No hacía falta ser un genio para sospechar que estaba teniendo una contracción. Jack dejó las linternas en la mesa de la cocina, retiró rápidamente una silla y la puso al lado de Tess.

—Más vale que se siente —la rodeó con un brazo y trató de sentarla.

—No —ella se resistió tercamente—. Es mejor que siga de pie… Además, ya se me está pasando el dolor —transcurridos unos segundos, pareció relajarse por completo. Exhaló un suspiro, se apoyó en él un momento y luego se enderezó—. Gracias. Me encuentro bien.

Jack se alegró de que alguien se encontrara bien en aquella habitación, porque él se sentía fatal. El corazón amenazaba con salírsele del pecho.

Hizo un esfuerzo por calmarse, mientras veía cómo Tess echaba un vistazo a su alrededor, sorprendiéndose al ver una cocina ultramoderna, separada del salón principal por una encimera. El salón estaba dominado por una enorme chimenea de piedra, y en la pared opuesta se abría un pasillo que conducía a una sala de estar, un cuarto de aseo y un estudio. Frente a la chimenea había un sofá, un par de sillas mullidas y una alfombra de tonos oscuros. En la pared de la derecha se abría el hueco que debía haber ocupado un televisor.

Jack se preguntó qué pensaría su invitada si le dijera que lo había hecho añicos la noche en que su mujer le anunció que lo abandonaba. Aunque eso no era asunto suyo.

—¿Cada cuánto tiempo sufre los dolores?

—No estoy segura —respondió Tess dubitativa—. Quizá cada… ¿cuatro minutos?

—¿Cada cuatro minutos? —Jack se apartó de ella como si acabara de recibir una bofetada—. Pero, ¿qué dice? Creí que acababan de empezar.

Ella se encogió de hombros.

—En realidad, la espalda empezó a dolerme esta mañana. Pero no me di cuenta de qué se trataba.

Jack echó un vistazo severo a su vientre. Elise estaba mucho más hinchada cuando dio a luz.

—¿De cuánto tiempo está?

—De ocho meses y medio.

En parte, se sintió aliviado. Pero también se sintió sorprendido y furioso por la irresponsabilidad de aquella mujer.

—¿Cómo diablos se le ocurrió ponerse en carretera con un embarazo tan avanzado? —preguntó muy alterado.

Las mejillas de Tess se tiñeron de un súbito color rosado.

—Escuche, Jack. No ha sido mi intención estropearle el día. Aunque le parezca lo contrario, no soy una estúpida irresponsable. Ayer estuve en el médico. No vio ningún síntoma que anunciara un parto inminente. Y no esperaba que me cayese encima una tormenta. De todas formas —respiró hondo, como si tratara de dominar su paciencia —, esto no es problema suyo. Si puede brindarme una habitación, prometo no causarle molestias.

—No me tiente —a pesar de su brusca .respuesta, Jack sintió una punzada de admiración hacia su valentía. Alzó la linterna y se la pasó —. Tenga, sosténgala.

—¿Para qué? —preguntó Tess mientras él la tomaba en brazos.

—Sólo tengo dos manos —respondió Jack dirigiéndose hacia las escaleras.

—Suélteme —pidió ella al tiempo que le echaba los brazos al cuello para sujetarse.

—Ni hablar. Quizá no se haya dado cuenta, pero tiene los calcetines empapados. Sólo faltaría que resbalase y cayese. Entonces sí que tendríamos el día completo. Quédese quieta antes de que pierda el equilibrio y los dos nos rompamos el cuello.

Tess emitió un quejido resignado, pero dejó de forcejear.

—¿Adónde vamos? —inquirió al cabo de unos segundos.

Cielos. ¿Es que no se callaba nunca?

—Arriba.

—¿Por qué?

—Porque hace frío. Porque incluso con el generador de emergencia, la casa tardara horas en caldearse. Porque arriba está la única habitación con cama, aseo y chimenea. Ya está. ¿Satisfecha? —le dirigió una breve mirada impaciente—. ¿O quiere saber algo más? ¿Mi número de la seguridad social? ¿Mi talla de camisa?

—Lo siento...

—Sí, claro.

Pero seguro que él lo sentía más, se dijo, colocándose de lado para evitar que ella se diera algún golpe en las angostas paredes que

enmarcaban las escaleras. Jamás lo hubiera confesado, pero no había pisado la planta de arriba más que unas cuantas veces en los últimos tres años. Y siempre brevemente, a fin de acondicionarla para acomodar a su madre, que lo visitaba de vez en cuando para animarlo a que rehiciera su vida. La parte superior de la casa bullía de recuerdos que prefería ignorar.

Al llegar al final de las escaleras, giró por el pasillo y se detuvo ante las puertas dobles del dormitorio principal. Soltó a Tess y. tras dudar unos instantes, alargó la mano hacia el pomo.

—Jack...

Absorto en sus pensamientos él giró la cabeza sorprendido cuando ella le colocó una mano en el hombro.

—¿Qué?

—No hace falta que me ceda su dormitorio -dijo Tess con suavidad —. Estaré perfectamente en cualquier otro...

Aquella súbita preocupación le molestó mucho más que sus incesantes preguntas. Alarmado por lo que ella pudo haber visto en su rostro para hacer semejante comentario, Jack se encogió de hombros y abrió las puertas de par en par.

—Yo duermo abajo —caminó hacia la chimenea a grandes zancadas y se acuclilló para encender el fuego—. Acerque la linterna, ¿quiere?

Se preguntó qué le parecería a Tess la habitación. Estaba decorada con un estilo que Elise solía definir como «pseudo—victoriano» pero que él siempre había calificado de «neo-pretencioso» secretamente. Una gruesa alfombra blanca, absolutamente inapropiada para un rancho, se extendía sobre el suelo de madera. La cama de matrimonio tenía dosel y un cobertor estampado, mientras que las sillas dispuestas ante la chimenea estaban tapizadas con dibujos geométricos a juego. En cuanto al resto..., en fin, por todas partes había encajes, volantes fruncidos o lazos. A Jack, el conjunto global le producía dolor de muelas.

Cuando hubo encendido el fuego, miró a Tess y señaló la cama con la barbilla.

—Siéntese y echaré un vistazo a sus pies.

Por un momento, ella no se movió. Luego se acercó a la mesita de noche para dejar la linterna y se sentó tímidamente en el borde del colchón.

Jack se arrodilló para quitarle los calcetines. Tenía los pies helados.

—Parece que están bien -dijo tras inspeccionarlos, aliviado al no encontrar ningún sabañón—. ¿Cómo los siente?

—Fríos. Pero, por lo demás, están bien. Gracias.

Jack se encogió de hombros.

—No las merece —se fijó en los ojos de Tess. Más que azules, parecían teñidos de un color púrpura semejante al de las violetas de genciana que utilizaba para curar las heridas de los caballos.

—¿Jack?

—¿Tuvo... hijos con su esposa?

Jack no daba crédito a lo que acababa de oír. Se puso en pie y respondió con brusquedad:

—Eso no es asunto suyo.

—Tiene razón —se apresuró a responder ella—. Lo siento. Pensé que todo sería más fácil si uno de nosotros tenía experiencia...

—Esa puerta da al aseo —Jack señaló la pared de la derecha—. Tengo que activar el generador y echar una ojeada a los caballos, pero antes le traeré su bolsa, calcetines secos y más mantas.

—Muy bien.

—¿Tiene usted reloj?

Tess negó con la cabeza.

—No, me temo que lo...

—Tenga —Jack se quitó el suyo y se lo entregó.

—Gracias.

—La veré dentro de un rato —salió a grandes zancadas del dormitorio, con el semblante muy serio.

Tess tenía una salud de hierro. Pocas veces enfermaba, y cuando lo hacía solía recuperarse en un santiamén. También había sido afortunada. Pese a ser una mujer aventurera y atlética, que había probado deportes como el vuelo en ala delta y el paracaidismo, nunca se había roto ningún hueso ni sufrido heridas de consideración.

Por eso, seguramente, se sentía tan asustada.

Apretando las manos contra el respaldo de la cama, rezó por que la contracción remitiese. Por absurdo que pareciera, le sorprendía lo doloroso que era estar de parto, y lo rápidamente que estaba minando sus fuerzas. Dado que la situación sólo podía empeorar, sospechó que no sería capaz de sobrellevar las siguientes horas con un mínimo de dignidad.

Resultaba humillante admitirlo. Tess consideraba su fortaleza, mental y física, como una parte integral de sí misma, igual que su cabello liso, su boca demasiado ancha o su tendencia a hacer lo que consideraba correcto sin pensar en las consecuencias. Pero ahora, cuando necesitaba esa fortaleza más que nunca, las fuerzas parecían haberla abandonado.

«Basta ya. Deja de compadecerte de ti misma y piensa en otras cosas.»

Había deseado que su hijo, concebido en unas circunstancias increíblemente tristes, naciese en un contexto tranquilo y feliz. Tess incluso había hecho planes para la ocasión: Beethoven sonando en la sala de partos del Eastside Hospital; Joanne Fetzer, su amiga y ginecóloga, atendiéndola; y ella serena y controlada, dispuesta a dar la bienvenida al futuro tras haberse reconciliado con el pasado.

Pero dicho pasado, personificado en la persona de su abuela, había mostrado su fea cabeza. Tendría el niño antes de lo previsto. Y no contaría con la ayuda de la competente doctora Fetzer. Sólo tenía el apoyo de un hombre automarginado en el que apenas podía confiar.

Sí, le había llevado todo lo que le prometió, pero de eso hacía ya cuarenta minutos. Si Jack no regresaba pronto, se perdería el plato fuerte del espectáculo.

Desde luego, no contaba con que le sirviera de gran ayuda. Había dejado perfectamente claro que prefería no intervenir en el parto. Además, Tess sentía un apuro tremendo cuando trataba de imaginarse compartiendo semejante intimidad con Jack. Le hubiera costado un poco con alguien conocido, o de más edad, o más amable. Pero con Jack..., en fin, le parecía imposible.

Aunque supuso que cualquier cosa sería preferible a pasar sola aquellos momentos...

La contracción empezó a remitir. Tras asegurarse de que había cesado por completo, Tess retiró las manos del respaldo de la cama y alzó la cabeza al oír un tenue rumor sordo. Miró alrededor y comprendió que era el sonido de la caldera, que empezaba a funcionar. El corazón se le aceleró en el pecho. Con cuidado, caminó hasta la puerta y echo una ojeada al vestíbulo. Una luz se encendió al pie de las escaleras. Momentos más tarde, Jack apareció con algo en las manos.

Por fin.

Por segunda vez aquella noche, los ojos de Tess se humedecieron. Pero esta vez fue incapaz de reprimir las lágrimas, que le cayeron por las mejillas. Mortificada, cerró la puerta y caminó hacia la chimenea, rezando por que Jack no la hubiera visto. De espaldas a la puerta, apenas pudo fingir una postura natural cuando lo oyó entrar en el cuarto.

Las pisadas cesaron de pronto.

—¿Qué hace levantada?

Tess percibió la sorpresa que denotaba su voz. Tragó saliva.

—Tenía frío —murmuró en tono trémulo. Afortunadamente, él no pareció darse cuenta.

—¿Y por qué no está en la cama, debajo de las mantas?

—Me duele la espalda. No quiero estar tumbada.

-Ya.

Tess notó que la observaba inquisitivamente. Fingió hallarse concentrada en el fuego, agradecida por las parpadeantes sombras.

—¿Cada cuánto tiempo siente los dolores?

—Cada dos minutos.

-¿Está segura?

—Sí —carraspeó para aclararse la garganta—. ¿Por qué ha tardado tanto?

—He tenido que darles de comer a los caballos.

—Ah —por el rabillo del ojo, Tess lo vio dirigirse hacia el tocador.

—Le he traído unas cuantas cosas. Toallas, más sábanas y mantas. Y tijeras y una cuerda —la habitación se inundó de luz cuando Jack encendió una lámpara.

—Ah —volvió a decir Tess. Se preguntó qué pensaría hacer con la cuerda, pero decidió que prefería no saberlo cuando los familiares retortijones empezaron a extenderse por su bajo vientre. Se mordió el labio y se llevó una mano a la espalda, dejando escapar un leve murmullo conforme una nueva contracción la recorría como una ola. Se apoyó a ciegas en el respaldo de una silla, presionando con los dedos el tapizado hasta que el dolor comenzó a menguar.

Jack carraspeó.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —irguiéndose, Tess se giró hacia él lentamente. Sorprendida, vio que Jack se hallaba a pocos pasos, como si hubiera sentido el impulso de acercarse a ella y luego hubiese cambiado de parecer.

—He traído una funda de plástico para el colchón -dijo Jack al tiempo que se acercaba a la cama y señalaba un termo situado encima del tocador—. He hecho café. ¿Le apetece?

A Tess se le revolvió el estómago sólo de pensarlo.

—No, gracias.

—Muy bien —Jack retiró las sábanas de la cama y desdobló una enorme lámina de plástico.

Decidida a no ceder ante la ola de pánico que amenazaba con engullirla, Tess se concentró en sus manos. Eran grandes, de dedos largos y elegantes, y sus gestos eran seguros y firmes.

Jack alzó repentinamente la mirada.

—Interesante atuendo.

Ella miró la sábana, doblada y ceñida a su cintura, que llevaba en lugar de las braguitas.

—Rompí aguas —respondió, esbozando una sonrisita malévola sin poder evitarlo—. Ha tenido suerte de no estar aquí cuando ocurrió. No fue agradable.

Jack sacudió la cabeza.

—Seguro que de niña era usted un auténtico diablo.

Tess volvió a sonreír.

—Y lo sigo siendo.

—No me extraña —respondió él mientras colocaba las sábanas en su sitio-. Supongo que le viene de familia.

—¿Qué quiere decir?

Jack se encogió de hombros.

—He hecho negocios con su abuela. Es una mujer un poco... difícil.

—Una mujer «imposible», más bien. Por lo que a mi abuela

respecta, sólo existe una forma de hacer las cosas. La suya.

Jack rodeó la cama. Tess se sintió algo tensa cuando vio que se acercaba, y luego estúpida cuando pasó de largo y se agachó ante la chimenea.

—¿Por eso se marchó? ¿No le dejaba que hiciera las cosas a su modo?

Tess se fijó en su cabello moreno.

—Más o menos. Además, deseaba ir a la universidad y ver mundo. Mi abuela se oponía rotundamente. Para ella, el Double D era el único mundo que importaba.

Jack depósito un tronco en el fuego.

—Pero usted se marchó de todos modos, ¿no?—su voz denotaba cierta hostilidad que Tess no acertaba a comprender.

—Sí, me marché -decidió no explicarle que había escrito a su abuela regularmente, y que la anciana le había devuelto todas y cada una de las cartas.

Jack se puso en pie. Estaba tan cerca, que Tess pudo distinguir con claridad la leve cicatriz que le surcaba la mejilla derecha.

—¿Y por qué se ha presentado ahora? ¿O acaso...? —Jack miró intencionadamente la curva de su vientre—. En fin, ¿hace falta que se lo pregunte?

Tess volvió a preguntarse por qué aquel hombre parecía empeñado en pensar siempre lo peor.

—Mire, no soy una indigente, ni he venido buscando un techo. Pensé que mi abuela debía saber que va a tener un nieto.

Si su intención había sido sorprenderlo, lo había conseguido. La expresión de Jack no varió, pero Tess percibió un brillo de sorpresa en sus preciosos ojos verdes.

De repente, se sintió exhausta y un poco avergonzada. Se giró hacia el fuego.

—Por favor, váyase... ¡Oh! —jadeó al sentir un estallido de dolor que la obligó a doblarse sobre sí misma. Apretó los dientes con tal fuerza que la mandíbula le dolía, pero de nada sirvió. El dolor fue aumentando cada vez más. Tess sintió un enorme pánico. No sería capaz de superar aquello, se dijo frenéticamente. Una multitud de puntitos negros se desplegó tras sus párpados cuando cerró los ojos. Se mordió el labio inferior para no gritar, temiendo que si empezaba, no podría parar.

De repente, se sintió rodeada por un brazo firme y sólido como el acero.

—Respire hondo —le ordenó Jack al oído, con voz profunda e impaciente.

Desorientada, ella se obligó a abrir los ojos.

—¿Qué?

—He dicho que respire hondo. Inspire por la nariz y expire por la boca.

Tess meneó la cabeza, jadeando.

—No... no... puedo.

—Sí que puede. Míreme y trate de concentrarse. Aferrada a su brazo, ella ignoró las lágrimas que le nublaban los ojos e intentó respirar al ritmo de Jack. No le resultó fácil. Se sentía tan mareada que cada vez que tomaba aire temía desmayarse. Poco a poco, fue capaz de inhalar y exhalar más profundamente, y el dolor pareció reducirse.

Aun así, la contracción se le hizo eterna. Cuando por fin pasó, Tess se derrumbó sobre Jack, aturdida. La sensación de estar apoyada en aquel cuerpo firme, cálido y sólido fue maravillosa, hasta el punto de que Tess se olvidó momentáneamente de todo lo demás.

—Gracias -dijo cuando al fin recuperó la voz.

El se tensó, pero no se retiró. Sus miradas se encontraron durante un largo momento.

—¿Puede caminar? —preguntó Jack.

—Yo sí. ¿Y usted?

El meneó la cabeza.

—Me refiero a si podrá llegar hasta la cama —respondió en tono cáustico.

—No estoy segura. ¿Por qué?

—Porque debe tumbarse antes de que el niño se presente y asome la cabeza.

Tess exhaló un sonoro suspiro.

—¿Sabe, Jack? Escoge usted muy bien las palabras.

—¿Puede caminar o no?

Sólo eran cinco metros. No podía ser tan difícil.

-Claro —se soltó de Jack y dio un paso. Un segundo más tarde, sintió una nueva contracción y se le doblaron las rodillas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Jack cuando la contracción cedió finalmente y Tess aflojó un poco las manos. Estaba tumbada en la cama, y él sentado junto a ella. A pesar de su calma exterior, el corazón le latía aún con fuerza a causa del susto que había pasado cuando ella estuvo a punto de caerse de bruces—. ¿Es que has hecho voto de no pedir ayuda?

Tess le dirigió una mirada de reproche.

-Cielo santo, Jack. No empieces ahora con tus amabilidades o realmente perderé al bebé.

—Está bien. Pero no abandones, ¿de acuerdo?

Tess meneó la cabeza.

—De acuerdo. Pero si te sirve de consuelo, éste no es tampoco el modo en que me imaginé que tendría a mi hijo.

Sus miradas se encontraron, y algo en el interior de él se paralizó.

Hubiera jurado que detrás de aquella aparente indiferencia Tess estaba... aterrorizada. Desde un principio, ella había actuado como si fuera capaz de afrontar cualquier cosa, y él la había creído. Ahora, sin embargo, podía ver el temblor en las comisuras de su boca, el pulso latirle en la garganta y el gran esfuerzo que había tras aquella compostura no le gustaba en absoluto.

—Eh, ¿qué ocurre?

—Nada. Sólo que... me duele.

—Oh —contestó él dándose cuenta del trabajo que a Tess le había costado admitirlo—. Bueno, es normal en tu estado, pero pronto pasará.

Por un momento, Jack estuvo tentado de contárselo todo. Pero... ¿qué le diría? ¿Que hubo un tiempo en el que tuvo una esposa embarazada? ¿Que en un esfuerzo por ser un buen marido y un buen padre había aprendido todo lo que pudo sobre el embarazo, el parto, el post parto y el desarrollo del niño? Y luego, ¿qué? «¿Vas a decirle cómo, al final, todo eso no sirvió para nada? ¿Vas a llorar en su hombro y a contarle cómo Elise te dejó? ¿Vas a explicarle por qué abandonaste a tu hijo?»

De ninguna manera.

—Jack...

—¿Qué?

—Me duele mucho —gimió Tess agarrándole la mano.

—Tranquilízate. Todo va a salir bien.

Pero las contracciones habían empezado de nuevo y eran muy fuertes. De repente, Jack sintió pánico, pero intentó vencerlo, pues lo único que podía hacer por ella era mantener la calma.

No opongas resistencia —le dijo mientras le agarraba la otra mano-. Ya sé que duele, pero lo estás haciendo muy bien. Respira con calma.

A partir de ese momento, no hubo tiempo para seguir hablando. Las contracciones empezaron a sucederse con una rapidez cada vez mayor. De repente, Tess sintió una tremenda sacudida y abrió los ojos de par en par.

—¡Ah! No puedo... Hay algo que... Ya viene...

—¡Espera! No empujes todavía. Voy a comprobar si ha llegado ya el momento.

Jack se colocó en el centro de la cama y puso sus cálidas manos encima de las heladas y temblorosas rodillas de Tess. Como si fuera lo más natural del mundo, miró hacia abajo y vio la cabeza del niño que luchaba por salir. Tragó saliva antes de mirar a Tess.

—¿A qué esperas? ¡Empuja ahora!

Tess empujó con todas sus fuerzas. Jack observó, maravillado y preocupado al mismo tiempo, cómo se esforzaba.

—Muy bien... La cabeza ya está fuera... Ahora un hombro... ahora el

otro... Vamos... puedes hacerlo...

-Ahhh... ahhh...

Tess se recostó sobre las almohadas. Estaba exhausta y muy pálida.

—Vamos. Tienes que hacerlo otra vez.

—Estoy muy cansada.

—Lo sé. Mira, sé que puedes hacerlo. Pero tienes que concentrarte.

—Está bien. ¿Quieres que intercambiemos los puestos... y ver… si sigues sintiéndote... igual?

—No, gracias. Ahora, cállate y empuja.

Tess apretó los dientes, reunió las pocas fuerzas que le quedaban y empujó de nuevo.

—Eso está muy bien. Vamos. Casi lo has conseguido...

Tess volvió a empujar, gritando a causa del dolor. De repente, su grito se vio acompañado por el llanto vacilante de un bebé.

Jack se quedó atónito al ver a la pequeña en sus manos.

—Tess —dijo con voz temblorosa—. ¡Es una niña!

—¿Qué? —preguntó ella sorprendida—. Yo pensaba que... ¿Estás seguro?

—Sí —contestó Jack asintiendo con la cabeza. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente —secó a la niña con una toalla, la envolvió en una manta y se la entregó a su madre—. De verdad. Tiene diez dedos en las manos y diez en los pies.

—Oh, Dios mío —exclamó Tess mirando la pequeña carita sonrojada—. Es... preciosa.

—Sí. Lo... has hecho muy bien.

Ella lo miró sorprendida. Durante un instante sus miradas se encontraron. Luego, Tess se echó a llorar. Sentía una mezcla de cansancio, alivio y alegría. Jack se acercó un poco más y abrazó tiernamente a la madre y a la hija.

A la mañana siguiente, Jack se despertó con dificultad. Estaba bien entrado el día, y él solía levantarse al amanecer. Un tanto perplejo, empezó a desperezarse y, de repente, notó la dureza de la silla en la espalda. Demonios. ¿Por qué no estaba en su cama? En aquel instante, sintió un peso suave y ligero que descansaba sobre su pecho.

El bebé.

De pronto, lo recordó todo. La tormenta, el accidente, Tess... Y, más tarde, el increíble momento del nacimiento...

Levantó la cabeza y abrió los ojos. Observó al bebé durante un buen rato. Las largas y negras pestañas, las mejillas que parecían pétalos de rosa, el cuerpecito tan bien formado, la respiración acompasada, los rítmicos latidos del corazón. Tenía razón en lo que dijo la noche anterior. Era perfecta.

Por un momento, sintió que lo único que quería era estrecharla entre sus brazos y asegurarle que nunca dejaría que nadie le hiciera

daño. Que siempre estaría a su lado para cuidarla y protegerla.

Pero, cielo santo, ¿no había aprendido nada? ¿Que hacía allí sentado soñando con la hija de otro hombre? ¿Una niña que se marcharía dentro de pocos días?

Tess tenía la culpa de todo. Fue ella la que, con su valor, su coraje y su sentido del humor, hizo que reapareciera el fantasma del hombre que había sido antes. El que había sido lo suficientemente inocente como para creer que si se trabajaba duro, se era honesto y se vivía con honradez, se tendría éxito en la vida. Qué estúpido había sido. Ahora, a la luz del día, lo veía todo más claro. Después de todo lo que había sufrido, debería...

—¿Jack?

Al oír el suave sonido de su nombre se quedó paralizado. Levantó la mirada hacia la cama y vio a Tess. El estómago se le encogió. La expresión tierna de su rostro y de sus ojos, la ternura que se reflejaba en sus labios... le confirmaron que la noche anterior había actuado como ella había esperado que lo hiciera.

—¿Ya estás despierta?

Por el tono de voz, parecía que Jack hubiera lanzado una acusación en lugar de una pregunta.

—Sí —contestó Tess al tiempo que se incorporaba en la cama. Reparó en la fría mirada de Jack, muy distinta de la del hombre fuerte y amable de la noche anterior. Aquel hombre no sólo la había ayudado a traer a su hija al mundo sana y salva, sino que se había ocupado de todo lo que ella no había podido hacer a causa del agotamiento. Pero estaba claro que no era un papel que estuviera dispuesto a aceptar por más tiempo-. Parece que sigue la tormenta —comentó.

—Sí, eso parece —contestó él.

—¿Se encuentra bien? —preguntó ella señalando a la niña.

—Estupendamente.

—Entonces, ¿por qué la tienes en brazos?

—Empezó a llorar muy temprano.

—Oh, lo siento. No la he oído.

—No te preocupes. Estabas muy cansada. ¿Cómo te encuentras ahora?

—¿Yo? Muy bien.

—Estupendo —añadió Jack con cierto sarcasmo.

—De acuerdo -contestó Tess sonriendo—, seré sincera. Me siento como si un autobús me hubiese pasado por encima. ¿Estás ahora contento?

Lo último que Tess deseaba era discutir con él. Y menos después de todo lo que había hecho por ella.

—Pensé que te vendría bien una aspirina —dijo Jack señalando con la cabeza hacia la mesita de noche. En ella había colocado el tubo de

pastillas y un vaso de agua.

—Gracias —contestó Tess.

En ese momento, el bebé se despertó. La expresión de Jack se suavizó. Miró a la niña y se la acercó a los hombros para darle luego unas palmaditas en la espalda. Momentos después, se levantó y se dirigió a la cama.

—Aquí tienes. Será mejor que la tomes.

—Pero... De acuerdo.

—No te olvides de sostenerle la cabecita.

—Ah, claro —Tess deslizó la mano suavemente debajo del cuello del bebé—. Hola pequeña, eres preciosa. Soy tu mamá. No puedo creer que sea tan fuerte —añadió al tiempo que miraba a Jack para compartir con él su asombro-. ¿Jack? —lo llamó, al ver que miraba absorto a la pequeña.

El la miro vagamente y luego se dirigió hacia una de las ventanas. Tess lo observó en silencio. No sabía qué decir. Estaba tenso y no parecía tener ganas de hablar.

Sin embargo, no podía olvidar lo cerca que se había sentido de Jack la noche anterior.

—¿Qué tiempo hace ahí fuera? —preguntó en un intento de aliviar la tensión. Por un momento pensó que él no iba a contestarle.

—Está nevando.

—¿Hay alguna señal de que vaya a parar?

—¿Tengo aspecto de ser el hombre del tiempo? La conversación terminó ahí. Tess intentó buscar otro tema del que hablar, pero, ¿qué podía decir? ¿Que le debía la vida de su hija, y que era una deuda que nunca podría pagarle? ¿Que aunque sólo hiciera menos de veinticuatro horas que se conocían, él significaba mucho para ella? ¿Que le gustaría ser su amiga? Podía imaginar su reacción. En ese momento, la niña empezó a lloriquear.

—Chist... Ya está, no llores —musitó Tess acunando a la pequeña—. ¿Qué te ocurre, cariño?

Probablemente tendrá hambre.

Ella lo miró sorprendida. Sólo alguien con experiencia podría hablar así. Jack le sostuvo la mirada. Había algo en sus ojos que le confirmó lo que hasta entonces habían sido sospechas. Había habido un niño en su vida en un pasado no muy lejano. Un niño cuya ausencia todavía le hacía daño.

— Mi hijo... tiene ahora tres años y medio. Vive en Casper con su madre y su padrastro.

—Oh. ¿Lo ves a menudo?

—No. No lo veo nunca.

Su mirada desafiante la disuadió de seguir haciendo más comentarios al respecto.

Tess volvió a centrar su atención en su hija y empezó a desabrocharse la camisa.

—¿Qué haces? —preguntó Jack.

—Dijiste que tenía hambre. Pensé que debía... darle el pecho.

—Buena idea. Mientras lo haces, hay algunas cosas de las que debo ocuparme.

—Pero...

—¿Qué?

No había razón para sentir miedo, pensó Tess para sí. Había viajado sola por todo el mundo. Seguro que podría arreglárselas con una niña pequeña.

—Nada.

—Muy bien. Entonces, me voy.

Jack se apresuró hacia la puerta como si temiera que Tess cambiara de opinión.

Pasó una hora antes de que Jack empezara a sentirse mejor. Trabajó duro limpiando establos, transportando el grano, acarreando agua y sudando como nunca en su vida hasta que desapareció la inquietud que se había apoderado de él cuando Tess empezó a desabotonarse la camisa.

Al despertarse aquella mañana, pensó que había sido sólo el bebé quien le había tocado sus fibras más sensibles. Dado el vacío que había experimentado en su vida desde que Elise se llevó a su hijo, no era de extrañar que aquel bebé inocente e indefenso hubiera despertado en él sus antiguos instintos protectores.

Pero no había nada etéreo acerca de lo que había sentido momentos antes por Tess. Y, aunque pudo borrar sin dificultad esa especie de atracción anónima que había sentido por ella mientras conducía desde Casper el día anterior, no podía decirse lo mismo del sentimiento que lo invadía en aquel momento.

¿Qué clase de hombre se sentiría así por una mujer que acababa de dar a luz?

Finalmente, reconoció la causa de su desasosiego. Por mucho que quisiera negarlo, algo le había... ocurrido.., la noche anterior. En el instante en que sostuvo por primera vez al bebé en sus manos, se sintió más cerca de Tess que de ninguna otra persona en toda su vida.

Fue una aberración, se dijo a sí mismo. Una ilusión propia del momento. Y no tenía nada de extraño, ya que presenciar el nacimiento de un bebé era una experiencia muy fuerte. Y, qué demonios, él era un ser humano.

Además, ¿qué importaba si el hecho de que lo necesitaran le hizo sentirse bien? ¿Acaso era malo el haber sentido esa compulsiva necesidad de cuidar a Tess, de tratarla como a una reina, igual que su padre había hecho con su madre, o él mismo con Elise en otros

tiempos?

Pero había aprendido la lección. Ser abierto, confiado y generoso no le había acarreado nada bueno, lo único soledad, rabia, y aquel intenso dolor que le había comprimido el pecho durante los últimos tres años.

No iba a pasar otra vez por lo mismo.

Aquellos recuerdos le sirvieron para mantenerse firme en su propósito. Alargó la mano y agarró un cubo limpio, luego levantó la tapadera del bidón del grano y lo metió dentro. Al oír el familiar ruido, las cabezas de nueve caballos se asomaron expectantes por encima de las puertas de sus establos.

La familiaridad de la reacción de los caballos lo tranquilizó aún más. Se quitó los guantes y empezó a darles de comer a los animales, tomándose su tiempo con cada uno de ellos. Cuando iba por el último, sus pensamientos volvieron a concentrarse en Tess. Había algo acerca de ella que le afectaba. Bueno, ¿y qué? Con el tiempo, aquellos sentimientos se irían, igual que ella. Mientras tanto, estaría sin duda ocupada descansando y cuidando del bebé; Elise no se había movido de la cama en una semana después de dar a luz. Lo único que él debía hacer era mantener las distancias, y al cabo de un día o dos el tiempo mejoraría y ellas se marcharían. Al cabo de un mes, Tess no sería sino un vago recuerdo.

Jack apagó las luces, se puso el abrigo y una bufanda alrededor de la cara y del cuello y salió al exterior. El viento era tan fuerte que casi estuvo a punto de caerse al suelo. Normalmente, tardaba menos de un minuto en llegar a la casa. Pero necesitó casi cinco, y la visibilidad era tan escasa que sólo se dio cuenta de que había llegado al porche cuando tropezó con uno de los escalones. Se agarró a la barandilla, lo cruzó y se paró al abrigo del alero del tejado, donde se sacudió la nieve antes de entrar a la casa.

Decidió dirigirse al calor de la cocina para quitarse allí la ropa de abrigo. Empujó la puerta y se quedó parado al ver que la habitación estaba ya ocupada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó a Tess, demasiado sorprendido para moderar el tono de voz cuando la vio de pie al lado del hornillo batiendo algo en un cuenco. El tentador olor a bacon frito hizo que las tripas le rugieran de hambre, mientras que el agradable calor que salía de la chimenea, que ella había encendido, lo atrajo como un imán. Los perros, aquellos peludos traidores, ya estaban allí, profundamente dormidos.

—Estoy preparando algo de comer. No sé tú, pero yo me muero de hambre. Espero que te gusten las crepes.

No era justo. Se suponía que ella debía estar en la cama, demasiado cansada para ocuparse de algo que no fuera dormir y cuidar del bebé.

En lugar de eso, se había puesto otra de sus camisas de franela y un

par de pantalones elásticos. Se había duchado; su cabello había recuperado el brillo que lo caracterizaba y su piel había tomado un poco de color. Parecía un poco cansada, pero ese detalle no ocultaba en absoluto la provocativa inclinación de su boca.

—Si quieres tomar café, está recién hecho.

Jack se quitó el abrigo y los guantes y fue a echarse una taza de café.

—¿Dónde está el bebé? —preguntó.

Tess señaló uno de los cajones de la cocina, que había colocado encima de la mesa.

—Ahí está. No tenía fuerzas para traer hasta aquí la cuna, pero leí en algún sitio que un cajón podía hacer las veces de cuna en caso de apuro.

Jack se acercó a la pequeña. Estaba despierta, mirando fijamente al techo, y un poco destapada. Dejó la taza de café encima de la mesa, sujetó la manta más firmemente alrededor de su cuerpecito, y la pequeña fijó su mirada en él. Aunque se había prometido a sí mismo que no se andaría con tonterías, habría jurado que la dulce carita de la niña se iluminó ante su presencia.

Dio un paso atrás y se dirigió a la madre.

—Deberías estar en la cama.

—Seguramente. Pero estoy aquí. Las crepes no tardarán mucho. ¿Por qué no vas a lavarte mientras tanto?

Quiso negarse a ello. Quiso ordenarle que subiera a su habitación y se quedara acostada. Quiso decirle que no tenía derecho a inmiscuirse en su vida. Pero tenía hambre, el desayuno estaba casi listo, y las crepes y el bacon era su comida favorita. Después de todo, sólo era una comida, no un compromiso. Comería, la ignoraría, y ahí acabaría todo.

—De acuerdo -contestó.

Cuando regresó a la cocina, Tess estaba ya sentada a la mesa con todo preparado para empezar a comer. Jack se sentó también. Llenó su plato de crepes y bacon, se puso la servilleta en las rodillas y empezó a comer sin decir una palabra, excepto para pedirle a Tess que le pasara el azúcar. Sintió la mirada de ella, pero la ignoró, y, momentos después, ella empezó también a comer. Aliviado, Jack se concentró en calmar su apetito. Engulló una docena de crepes y otro tanto de lonchas de bacon en pocos minutos.

Sin decir una palabra, Tess dejó a un lado el tenedor, se puso de pie y se dirigió al horno. Ayudándose con un paño, sacó otro plato de crepes, volvió a sentarse, puso uno en su plato y yació el resto en el de Jack. Luego agarró su taza de café y esperó pacientemente a que él se terminara el segundo plato. Cuando ya había casi acabado, le preguntó:

—¿Estaban bien los caballos?

Él asintió con la cabeza.

—¿Cuántos tienes?

—Nueve.

—¿Y qué haces con ellos?

—Los entreno para vaqueros profesionales.

—Pero esos caballos son caros. Y tú estás aquí solo...

—A algunas personas les gusta estar solas. Hay quienes... lo preferimos -contestó dirigiéndole una profunda mirada.

—¿Quiere eso decir que no te gusta hablar de ti mismo?

—Exacto.

—Muy bien -dijo Tess. Se levantó y llevó los platos al fregadero.

—¿Qué vas a hacer?

—Fregar.

—Ya me ocuparé yo de eso. ¿Por qué no te vas arriba con la niña y descansas un poco?

—Muy bien —respondió ella soltando bruscamente los platos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él.

—Nada. ¿Podrías echarle un vistazo al pañal? No estoy segura de habérselo colocado bien.

Jack se acercó a la niña.

—Pero, ¿cómo lo has hecho? ¿Nunca le has puesto un pañal a un bebé?

—Sí, pero eran de esos modernos...

—Está bien, yo lo arreglaré. A propósito, ¿cómo se llama la niña?

—Aún no lo sé.

—¿Bromeas?

—No. Estaba tan segura de que iba a ser un niño, que no me molesté en pensar en un nombre de niña.

—Bueno, esto ya está —Jack tomó a la pequeña y se la dio a su madre—. Gracias por el desayuno.

—De nada —contestó Tess. Luego se giró, cruzó la habitación y empezó a subir las escaleras.

Jack observó cómo se alejaba hasta que se perdió de vista. Se sentía cansado a causa del esfuerzo que había hecho para no dejar al descubierto sus sentimientos. Por dentro, seguía tan confuso como de costumbre.

—Aquí tienes -dijo Jack arrojando el libro sobre la encimera—. He pensado que podrías necesitarlo.

Tess dejó el plato que estaba fregando y se inclinó hacia delante para echarle un vistazo de cerca. El título le sorprendió: Tan fácil como el ABC:El cuidado del bebé desde el nacimiento hasta los 3 años.

No sabía si sentirse agradecida u ofendida. Ganó lo primero. Después de seis días, estaba claro que no todos los padres eran iguales. Todavía no sabía poner bien los pañales, y aún no había pensado en un nombre para su hija. En cuanto a Jack..., bueno, no era un gran

conversador, pero tampoco parecía tan indiferente como quería aparentar.

El primer día, después de desayunar juntos, él volvió al granero, donde permaneció el resto de la jornada. Regresó ya pasada la hora de cenar y no con muchas ganas de conversación. Esa actitud no mejoró cuando oyó el pronóstico del tiempo; se había tomado como un insulto personal que la tormenta que azotaba Montana y Wyoming fuera a durar todo el fin de semana, para el que faltaba aún dos días. Minutos después, dijo que se iba a la cama y se metió en el estudio, cerrando la puerta con llave. Eran sólo las siete y media de la tarde.

Desde entonces, Tess lo había visto muy poco. Se pasaba el día en el granero o encerrado en el estudio. Aparecía a la hora de comer, pero sin intención alguna de iniciar una amigable charla.

Era obvio que la estaba evitando. Yeso la molestaba, aunque no supiera por qué. Quizá porque había compartido con él el momento más importante de su vida. Quizá porque estaba segura de que él había sufrido una desilusión muy grande en el pasado. O quizá porque, a pesar de su intención de parecer frío y poco interesado en ella y en su hija, no dejaba de sorprenderla con pequeños actos de amabilidad. Como, por ejemplo, aquel libro.

De repente, tomó una decisión. Se secó las manos y se dirigió al porche. Esperando poder alcanzarlo antes de que saliera de la casa, abrió la puerta de golpe... y chocó con él.

—¡Qué demonios...!

Jack soltó la brida y las tachuelas que llevaba en las manos y agarró a Tess, que estuvo a punto de caerse de espaldas. Luego, ella se tambaleó hacia delante, por lo que sus cuerpos se unieron aún más. Tess se quedó helada. No estaba preparada para sentir el cuerpo de Jack, firme y cálido, contra las palmas abiertas de sus manos.

—¿Necesitas algo? —preguntó él con cara de pocos amigos.

—Sí —contestó ella con la barbilla levantada—. Me preguntaba si podrías ayudarme más tarde a bañar a la niña.

—Puedes consultar el libro. Para eso te lo he buscado.

—Estoy segura de que habrá buenos consejos—repuso Tess con paciencia—. Pero no me dirá dónde puedo encontrar las cosas que necesito, como jabón, champú y toallas limpias. Y tampoco sé lo que debo hacer con el cordón umbilical...

—Estoy muy ocupado —replicó Jack.

—Podría ayudarte —sugirió ella.

—Mira —contestó él bruscamente—, ya te lo dije ayer. Tengo mejores cosas que hacer que cuidar de ti y de tu bebé. ¿Recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

La noche anterior, después de que Jack se hubiese retirado como de costumbre a su estudio, Tess le dio el pecho a la niña y la acostó.

Luego, se metió en la cama, estuvo leyendo un rato y se quedó dormida. Horas más tarde, la voz de Jack la despertó. Abrió los ojos y vio que le hablaba a la pequeña.

—¿Jack?

—¿Estás despierta? —preguntó él sobresaltado.

—Más o menos -contestó Tess—. ¿Qué hora es?

—Pasada la medianoche.

Tess se sentó en la cama y se retiró el cabello de los ojos. Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo cuando Jack se volvió hacia ella con la camisa desabrochada, mostrándole un ombligo poco profundo, un vientre liso y un pecho musculoso y con poco vello. Tragó saliva con dificultad.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Por un momento, Jack se quedó perplejo. Pero enseguida se puso a la defensiva.

—¿Tú qué crees? He venido a ver qué le pasaba a la niña.

—¿Qué le ocurre?

Jack no supo qué decir. En ese momento, como por arte de magia, la pequeña empezó a balbucear.

—Eso es lo que le ocurre. ¿Cómo quieres que duerma con este ruido?

Como si compartiera su desagrado, la pequeña se puso a llorar de verdad, Inmediatamente, Tess echó a un lado las mantas y saltó de la cama, demasiado preocupada por consolar a su hija para darse cuenta de que lo único que llevaba encima era una camisa de Jack.

—Lo siento. No la he oído.

—Está bien, no importa. Pero intenta estar más atenta en el futuro. Tengo cosas más importantes que hacer que cuidar de vosotras dos.

Segundos después, salió de la habitación.

Aquella mañana, hasta que Tess no bajó las escaleras y miró hacia la puerta del estudio, no se preguntó cómo era posible que Jack hubiera oído a la pequeña. Quizá no era una madre experimentada, pero tenía el sueño ligero, y sabía que hubiera oído a su hija. Después de todo, Jack la había despertado con sus susurros.

Llegó a la conclusión de que él había mentido. El motivo por el cual había ido a la habitación no era que la niña lo hubiera despertado.

Tess no tenía ganas de hacerle preguntas y se dirigió a la cocina. Así que regresó a la cocina a terminar de fregar los platos. Un minuto después entró él. Dejó las tachuelas encima de una silla, extendió un hule sobre la mesa, agarró unos cuantos trapos limpios, una lata redonda de jabón para sillas de montar y un barreño con agua caliente.

Tess acabó de fregar los platos y se acercó a él. Totalmente concentrado en la brida que estaba desmontando, no pareció notar que ella agarró uno de los trapos, lo humedeció, lo pasó por el jabón y se

dispuso a limpiar una correa. Pero, en lo concerniente a Jack, las apariencias engañaban.

—No humedezcas mucho el cuero —sugirió de manera brusca.

—No lo haré -contestó Tess diplomáticamente, sin comentarle que había crecido limpiando tachuelas. No sólo porque tenía algunas preguntas que hacerle y algunos favores que pedirle, sino porque necesitaba también la compañía de un adulto—. Oye, Jack, me pregunto... cómo entrenas a los potros si no tienes ganado.

Hubo un momento de silencio y Tess llegó a pensar que no le contestaría. Pero, finalmente, Jack dijo con frialdad:

—Tu abuela me proporciona unas cuantas cabezas cuando las necesito.

—Ah. ¿Cómo está?

—¿Mary? No lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas cuando la veas?

Definitivamente, no era muy hablador.

—Jack, ¿te parece que, a partir de ahora, me encargue de hacer la comida?

—¿Por qué?

—Bueno, no es mi intención envenenarte después de todo lo que has hecho por mí. La verdad es que si tengo que comerme otro sándwich de mantequilla de cacahuete creo que vomitaré.

Jack la miró fríamente durante unos segundos, se encogió de hombros y volvió a concentrarse en su trabajo.

—Haz lo que te parezca. Encontrarás algo en el frigorífico.

—Gracias.

—Dale las gracias a mi madre. Es ella la que hace la compra.

—Ah, qué bien. ¿Vive cerca de aquí?

—No.

—¿Dónde vive?

—En Rapid City.

—¿Es allí donde creciste?

-No.

—Entonces, ¿dónde? —preguntó Tess pacientemente.

—En un rancho de ganado, al este de aquí. Mi madre lo vendió cuando murió mi padre.

—Lo siento. ¿Fue entonces cuando compraste este sitio?

—No.

«¿Cielo santo!»

Tess lo miró de reojo con la intención de averiguar si se estaba ahorrando las palabras por alguna razón en concreto o sólo intentaba enfurecerla. Un segundo después, se dio cuenta de la inutilidad del gesto; no solamente no averiguó lo que se escondía detrás de aquellos ojos verdes, sino que cuanto más los miraba, más consciente era de su intensa masculinidad. Pensó en la noche anterior, en su pecho

musculoso y en su vientre desnudo. Una extraña agitación la sacudió por dentro. Por amor de Dios, ¿adónde había llegado todo aquello? Sabía que, después de dar a luz, las mujeres estaban sujetas a ciertos cambios hormonales. Pero aquello...

—Mi madre vendió el rancho familiar hace doce años. Y yo llevo aquí seis. Antes, pasé algún tiempo en los circuitos de rodeo.

—¿De verdad? Yo también quería hacer eso. Cuando tenía quince años, mi mayor ambición era ser la primera mujer que participara en un rodeo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ocurrió?

—Cumplí dieciséis y me di cuenta de que lo que realmente quería era ser una estrella del rock como Madonna.

—Bueno, supongo que eso es normal.

—¿Querer ser como Madonna?

—No. El que los niños tengan ídolos.

—¿Quiénes eran los tuyos?

—No sé. Supongo que mi padre. Mi hermano siempre decía...

Jack dejó de hablar.

—¿Qué decía tu hermano? —preguntó Tess.

—Nada. No tiente importancia. Tengo que irme. Olvidé hacer algo en el cobertizo.

—¿Ahora? Seguro que puede esperar.

—No, no puede. Deja eso. Ya lo terminaré yo más tarde. Tucker, Kite —dijo chasqueando los dedos a los perros—, venga, vamos.

—Pero, Jack... Eh, espera un momento. No entiendo...

Jack continuó andando. Atónita, Tess se quedó mirando la puerta mientras se cerraba tras él.

Lo único que se le ocurrió en aquel momento fue que Jack no se parecía en nada a Gray. Un sentimiento de soledad la invadió.

«Maldita sea, Gray Maxwell. ¿Cómo pudiste marcharte y dejarme así?»

Tess suspiró. Señor, echaba de menos a aquel hombre. No como amante, sino como el mejor amigo y confidente que había tenido durante nueve años. Era gracioso, inteligente y amable. Y, al contrario que Jack, abierto y fácil de tratar.

Gray hacía amigos allá donde fuese. En cambio, Jack parecía tan solo...

Oyó cerrarse también la puerta de fuera. Se dirigió hacia una de las ventanas que daban al patio y apartó la cortina. En aquel momento no hacía viento, pero la nieve continuaba cayendo, envolviendo el campo en un gran silencio.

Exhaló un suspiro. No entendía a aquel hombre, y Dios sabía que lo estaba intentando con todas sus fuerzas. Se quedó mirando el inmenso mar de nieve que se abría ante sus ojos y pensó en Jack durante un

buen rato.

Una promesa era una promesa. La palabra de un hombre era sagrada. Cada minuto nacía un tonto. De las tres razones, Jack sabía que era la última la que mejor explicaba por qué estaba allí de pie, delante del fregadero, con las mangas de la camisa enrolladas bañando a la niña.

No importaba que la pequeña fuera un encanto, o que la madre fuera condenadamente atractiva. No debió haber accedido a aquello.

Aunque no podía culpar a nadie, excepto a sí mismo, sabía que había un factor importante que contribuyó a su locura.

Miró a Tess, que bañaba a la niña mientras que él la sostenía, y repasó mentalmente sus pecados uno a uno.

Primero, había terminado de limpiar las tachuelas cuando él le había dicho que no lo hiciera. Luego, había preparado la cena. Y no había sido una cena cualquiera, sino pollo frito con patatas y salsa, y una tarta de chocolate de postre. Le llevó un trozo al estudio y lo dejó allí, aunque él le había dicho que no tenía hambre.

Para cuando él había terminado de comer, ella había fregado ya los platos y lo había preparado todo para el baño la niña. Se había mostrado amable y simpática en todo momento.

—¡Mira! —exclamó Tess.—. Te está sonriendo.

—Estupendo —dijo Jack sin mucho entusiasmo.

—Le gustas —añadió ella.

—Todavía es muy pequeña para sabe lo que le gusta -contestó él.

—¿Por qué haces eso?

—¿Qué?

—Siempre piensas lo peor.

—Al menos, así está uno preparado cuando las cosas van mal.

—No sé. Siempre he pensado que es mejor esperar que todo vaya bien.

—Apuesto a que también crees que la luz al final del túnel es realmente una luz y no el tren —comentó Jack con sarcasmo.

—¿Y qué?Si es el tren, ¿qué tiene de bueno saberlo? Lo único que consigues es perder el tiempo preocupándote por algo que no puedes cambiar.

Jack meneó la cabeza, frustrado por aquella actitud tan ingenua.

—Quizá tengan que atropellarte para que lo entiendas.

—Quizá —contestó ella sin alterarse. De repente, Jack sintió cómo todas las preguntas que había estado evitando acerca del padre de la niña se le agolpaban en la garganta.

¿Habría querido esa hija? ¿Llegaría a saber de su existencia? Y si había sido así, ¿por qué demonios no se había casado con la madre? ¿Cómo había muerto? ¿Qué le había sucedido?

La taza de plástico que Tess estaba utilizando para aclarar el pelo de

la pequeña se quedó a mitad de camino. Su cara reflejaba sorpresa e incredulidad.

—Perdona. ¿Qué has dicho?

Demonios, pensó Jack, seguramente había dicho algo en voz alta.

—Nada importante. Olvídalo —contestó.

Se miraron el uno al otro. Jack notó la incertidumbre en el rostro de Tess y se dio cuenta de que aún no veía claro si había dicho o no lo que ella había creído oír. Afortunadamente para él, Tess no insistió en el asunto.

—Muy bien -dijo ella finalmente. Inclinó la cabeza y acabó de aclarar el pelo de la niña—Esto ya esta.

—Estupendo.

Tratando de no parecer demasiado ansioso por marcharse, deslizó una mano debajo de la espalda de la niña, la levantó con cuidado y la puso sobre unas toallas.

Tess se acercó y empezó a secar a la pequeña.

—Gray tenía lo que llaman un glioma hipo-encefálico -explicó en tono bajo, volcando toda su atención en su hija—. Es un tipo de tumor cerebral. Aparece de pronto y se desarrolla rápidamente. El pasado enero empezó a tener dolores de cabeza y problemas de vista. Cuando acudió al médico era ya demasiado tarde.

Acabó de secar a la niña, le puso polvos de talco y agarró un pañal limpio.

Jack no sabía qué decir.

—Lo siento. Debió de ser muy duro.

—Sí. Era un tipo realmente estupendo —respondió Tess mientras intentaba ponerle a su hija el pañal.

Jack empezó a tamborilear con los dedos sobre la encimera. Era incapaz de estarse quieto. Finalmente, le quitó el pañal de las manos.

—Dame. Yo lo haré.

—Gracias.

—De nada.

Jack cerró el bote del gel y vació el bañito donde habían lavado a la pequeña. Mientras, Tess le puso a la niña un pijama limpio.

—¿Jack?

-¿Mmm?

—Con respecto a lo que ocurrió antes… Perdóname si hice algo que te ofendió.

Todo su cuerpo se tensó. No quería pensar en eso, y mucho menos discutir sobre ello.

—Olvídalo. No tenía nada que ver contigo —ésa era la verdad, pensó Jack con rabia. No tenía nada que ver con ella ni con el misterioso modo que tenía de dejarlo indefenso. Sólo tenía que ver con él, con sus esperanzas y sus sueños. Con los viejos tiempos, que estaban

mejor olvidados-. Pensé que me había dejado un calentador encendido en el cobertizo.

-Ah.

Se dio cuenta de que Tess no le creía. Pero se dijo a sí mismo que no le importaba.

La pequeña empezó a lloriquear pidiendo su comida. Jack observó cómo Tess le abrochaba el último botoncito del pijama, la tomaba en brazos y la acunaba. Durante un momento, recordó cómo era ser tocado con tal dulzura.

—Anda, vete arriba y dale de comer. Está hambrienta. Yo terminaré de limpiar todo esto.

—Pero...

—Vamos, vete. Quiero oír el pronóstico del tiempo, y no podré hacerlo con todo este lloriqueo.

Tess abrió la boca con intención de protestar, pero se dio por vencida.

—Muy bien. Gracias por tu ayuda. Supongo que te veré por la mañana —atravesó la habitación y se dirigió hacia las escaleras. De repente, se detuvo—. Eh, Jack.

.-¿Qué?

—Que tengas dulces sueños -dijo Tess delicadamente. Luego, desapareció.

Oh, Dios santo. Jack se estremeció ante aquella idea, tan dulce y seductora como su voz.

Se frotó los ojos con las manos. No había dormido en condiciones desde que la conoció.

Relajó los hombros e intentó no pensar en lo profundamente que Tess había llegado a formar parte de su vida en tan sólo una semana. En lugar de eso, se repitió -una y otra vez las palabras que eran ya casi como una letanía: «Cuanto antes se vaya, mejor.»

Con un poco de suerte, no tendría que esperar mucho. Según el pronóstico más reciente del tiempo, la tormenta desaparecería en las siguientes setenta y dos horas. Los caminos tardarían uno o dos días en ser transitables de nuevo. Después, llevaría a Tess a donde ella quisiera, y su vida volvería a ser normal. Sólo tenía que esperar un poco más.

El amanecer llegó en forma de tenue resplandor. Poco a poco, intensos rayos de color amarillo pálido iluminaron el cielo conforme el contorno ardiente del sol se alzaba en el horizonte. Una marea de dorado brillo bañó el paisaje helado.

—Maldita sea —musitó Jack, mirando ceñudo por la ventana de la cocina. A excepción de las nubes de nieve que se mecían movidas por la penetrante brisa, no se apreciaba ni el menor atisbo de movimiento en el terreno cubierto de hielo. No había ni un solo pájaro, liebre o coyote a la vista.

Iba a ser otro día frío y ventoso. Un día en el que resultaría imposible viajar.

Un día idéntico a los diecinueve anteriores.

Jack se estremeció levemente al recordar lo que pensó la noche en que ayudó a Tess a bañar por primera vez al bebé.

Podía haber soportado aquella situación durante dos o tres días más. Pero ya eran casi tres semanas, y le estaba resultando casi imposible.

A medida que transcurrían los días, se hallaba más y más cerca de perder la batalla que libraba consigo mismo para mantenerse alejado de Tess.

Oyó unas pisadas ya familiares en la escalera. No tuvo que volverse para saber que era ella, que acudía en busca de una taza de café.

—Buenos días —saludó Tess suavemente al pasar por su lado.

Como de costumbre, su piel húmeda olía a champú y a jabón, lo cual indicaba que ya se había duchado. Y, como de costumbre, dicho olor se filtraba en la mente de Jack, poblándola de visiones eróticas.

Con razón se sentía tan tenso, tan inquieto. No habla nada como una dosis de frustración para iniciar el día.

Respiró hondo; oyendo cómo Tess tomaba una taza del armario y alzaba la cafetera. Al oír que se aproximaba, sus músculos se tensaron, protestando en silencio cuando Tess se inclinó junto a él para observar el termómetro situado en el exterior de la ventana.

- Cinco grados bajo cero —se estremeció exageradamente y se giró hacia Jack con una radiante sonrisa-. Hace más frío que ayer.

-Ya lo he notado.

No tenía por qué mostrarse tan satisfecha, pensó con acritud.

—¿Sabes?¿ No recuerdo que hiciera tanto frío cuando yo era niña.

Jack dejó escapar un gruñido.

—Tal vez no lo hacía. ¿No oíste lo que dijo anoche el tipo del telediario? No se recuerda que Wyoming haya soportado nunca una ola de frío como ésta.

También era la primera vez que los quitanieves se habían visto tan desbordados por la situación, que aún no había acudido a despejar aquella zona.

—Mmm —murmuró ella. Tomó la taza de café con ambas manos y bebió un sorbo largo, mirando a Jack por encima del borde—. Bueno —bajó la taza y enarcó una ceja—, ¿estás así por el tiempo? ¿O es que hoy te has levantado con el pie izquierdo?

En lugar de responder, Jack le dirigió su mirada más severa. La mirada que siempre intimidaba a las cajeras del supermercado y a los empleados de la gasolinera local.

Tess alargó el brazo y le dio una palmadita en el hombro.

—Quizá comiendo algo te sentirás mejor. ¿Te apetece desayunar?

¿Es que nunca perdía la maldita compostura?

—No, gracias.

Tess asintió.

—De acuerdo- A ver qué me dices de esta —por primera vez, pareció insegura-. Creo que ya he decidido qué nombre ponerle a la niña.

—¿Ah, sí? -Jack trató de mostrarse poco interesado, pero no lo consiguió.

-Sí -Tess respiró hondo-. ¿Qué te parece... Nicole? Nicki, abreviado.

Él reflexionó un momento, y luego asintió.

—Sí. Me gusta.

Ella esbozó una sonrisa.

—Estupendo...

Sus miradas se encontraron, y Jack experimentó aquel sentimiento alarmante de compenetración que tanto temía. Miró hacia otro lado rápidamente.

Tess tomó otro sorbo de café.

—¿Qué haces hoy?

—Lo de siempre.

—Ya. Echar un vistazo a los caballos y repasar la contabilidad?

El asintió.

—¿No te cansas de seguir siempre la misma rutina? —inquirió ella tímidamente.

—¿Nunca? —Tess se acercó a la cafetera y volvió a llenar su taza.

Jack la miró de soslayo. Había cambiado. Parecía más alta, más esbelta...

—Verás, había pensado —siguió diciendo ella con tono casual, al tiempo que lo miraba por encima del hombro—que quizá te iría bien un poco de ayuda esta mañana.

Jack apartó bruscamente los ojos de su trasero para mirarla a la cara.

—¿Un poco de ayuda?

—Con los caballos.

El meneó la cabeza.

—Olvídalo.

—Pero, Jack...

—Ni hablar. Debes quedarte aquí, con el bebé.

Tess hizo un ademán impaciente con la mano.

—Acabo de darle de comer y de acostarla. Sabes muy bien que dormirá una o dos horas más.

Era cierto. A diferencia de su madre, Nicki era la mujer más tranquila y menos problemática que Jack había conocido jamás. Aunque sólo tenía tres semanas y un día, ya se había ceñido a unos horarios previsibles.

—Además, no va a salirse de la cuna y destrozar la casa. Diablos, probablemente ni siquiera se dará la vuelta. Parecía muy cansada. Ni que se hubiera pasado la mitad de la noche en vela —lo miró fijamente.

Jack percibió la especulación que se reflejaba en los ojos de Tess, pero la ignoró. Si algunas noches no podía dormir y se paseaba por los pasillos, inquieto... Y si, a veces, la niña se agitaba en la cunita, y él andaba cerca... En fin, nada de eso debía preocupar a Tess. Al contrario, debía sentirse agradecida, pues así disfrutaba de una o dos horas más de sueño.

—Por favor, Jack. Me encantaría ver los caballos.

—No.

Frustrada, Tess comprendió que no lograría hacerle cambiar de opinión. Alzó la barbilla y dijo, con aquel tono controlado que parecía sacar de quicio a Jack:

—De acuerdo. Mañana, quizá —se giró y caminó hacia el frigorífico, volviéndole la espalda—. Bueno, ¿te apetece algo especial para la cena?

«Sí. Me apetece que haga calor. Que te vayas y me dejes en paz. Hallar algo de alivio para el cosquilleo constante que siento en las ingles.»

Jack sacudió los hombros, como sí se sintiera atrapado en su propia piel.

—Me da igual.

Tess oyó cómo la puerta se cerraba tras él.

¿Cuántas veces había oído aquel sonido durante las dos últimas semanas? Se apartó del frigorífico y dejó la taza en la encimera.

Maldición. Cuando le parecía que estaba haciendo algún avance a la hora de conectar con Jack, aunque fuese en pequeño grado, él se largaba dando un portazo.

Si no se sintiera tan feliz, se sentiría desgraciada. El pensamiento resultaba absurdo, pero era cierto.

Ligeramente mareada, permaneció un rato de pie en mitad de la cocina, preguntándose cuál sería la causa de dicha felicidad. En el fondo, conocía la respuesta.

Gran parte de su dicha podía atribuirse al bebé. Estaba loca con Nicki. Su hija pudo haberse engendrado en circunstancias tristes y nacido en un contexto poco ideal, pero eso contribuía a que la alegría que la pequeña había introducido en su vida fuese aún más especial. Tess sentía que el nacimiento de su hija había cerrado una suerte de círculo, vinculándola con el pasado y, al mismo tiempo, tendiendo un puente hacia el futuro.

Por eso había vuelto a Wyoming. Sabía que añoraba su tierra, pero sólo comprendió hasta qué punto cuando el avión aterrizó en Casper. Había notado como si le quitaran un oneroso peso de los hombros. La

inquietud que la había atormentado cuando era adolescente parecía haberse esfumado. Se marchó para obtener unos estudios y ver mundo. Para encontrarse a sí misma. Y, tras haberlo conseguido, había decidido volver a casa porque lo deseaba.

Las vastas llanuras, el inmenso cielo e incluso el clima extremo la hacían sentirse completa, como si recuperase una parte de sí misma cuya falta nunca había advertido.

No obstante, tampoco se hacía ilusiones. Sabía que aquella felicidad podía no satisfacerla eternamente. De hecho, ya se sentía desbordada por un exceso de energía. Disfrutaba con su maternidad, y era consciente de que su lugar estaba en Wyoming, pero pronto necesitaría algo más que la mantuviese ocupada.

Por ejemplo, limpiar establos, acarrear heno o conocer los caballos de Cross Creek.

Y al diablo con Jack.

«Bueno, ¿y qué esperabas? Se trata del mismo tipo que, poco después de que dejase de nevar, se pasó todo un día congelándose el trasero en un tractor, intentando abrir un camino para deshacerse de ti. ¿Pensabas que te daría la bienvenida a sus dominios simplemente porque se lo pidieras?»

Una reluctante sonrisa se le dibujó en los labios. No era quién para acusar a nadie de arrogante. Tras separarse de Mary, que era su única familia, pasó nueve años demostrando que podía salir adelante por sí sola y diciéndose que no necesitaba a nadie. Habían sido necesarios una tragedia y una bendición, la pérdida de Gray y su embarazo, para que comprendiera por fin lo mucho que necesitaba a los demás.

Llevaba semanas preguntándose por qué esperaba que Jack viese las cosas del mismo modo. Deseaba que dejara de considerarla una molestia y la viese como una mujer.

Porque ya no podía seguir negando que sentía algo por él, aunque se mostrase antipático, difícil y esquivo.

Tess dejó escapar un suspiro. Cualquier mujer sensata, razonable y prudente se daría por vencida. Pero, en realidad, ella nunca había tenido ninguna de esas cualidades. Muy al contrario, siempre había adorado los retos.

Pero ya se estaba cansando de que le estamparan una puerta tras otra en las narices. Había llegado la hora de cambiar de táctica.

El clima no cambió un ápice al día siguiente.

Jack entrecerró los ojos bajo el sol de la tarde, maldiciendo el frío mientras abría la enorme puerta del cobertizo y salía al exterior. A pesar de la gruesa ropa que llevaba, el viento le penetró hasta los huesos. Para colmo, la fina película de sudor que había generado mientras trabajaba ya se le estaba helando sobre la piel, y empezaban a dolerle la nariz, las orejas y los dedos.

Trató de ignorar la incomodidad que sentía y centró su atención en Casiopea, la enorme yegua sujeta por las riendas que sostenía en las manos. Con un leve chasquido de la lengua, la condujo al exterior, y luego cerró la puerta y echó a andar hacia el corral. La yegua avanzó a su lado, casi arrancándole el brazo al saltar nerviosamente cada vez que veía moverse una sombra u oía una ráfaga de viento.

Jack abrió la puerta del corral y la condujo adentro, meneando la cabeza cuando la yegua inspeccionó el ensombrecido interior como si no lo hubiera visto nunca.

—Tranquila, cariño —murmuró, su aliento un penacho de vapor en el aire gélido. Con movimientos lentos y cuidadosos, se encaramó en la silla de montar y centró las riendas—. Calma. No tienes nada que temer... —pero la yegua no estaba por la labor. En cuanto notó su peso, dio una fuerte sacudida y se quitó de encima al jinete—. Por el amor de Dios —Jack volvió a montar con fuerza, para que el animal supiera que había un castigo para sus malos modales, y la espoleó con las botas.

Al principio, la yegua seguía mostrándose medrosa ante las sombras y los sonidos, pero poco a poco se fue relajando y otorgando a Jack su confianza. El sonrió satisfecho.

A causa del frío y del trabajo en la casa, no estaba ejercitando a los caballos ni la décima parte de lo acostumbrado. Por eso se hallaban tan tenso.

«Bueno, cierta persona te ha ofrecido su ayuda y tú la has rechazado.»

Los labios se le tensaron al recordarlo. Tess y él habían tenido otra discusión después del almuerzo. ¡Cielos, qué testaruda era aquella mujer! Rehusaba aceptar sus negativas, y parecía incapaz de comprender que jamás lograría hacerlo cambiar de opinión. No entendía que lo último que él necesitaba era pasar más tiempo con ella. Ya sabía de Tess más detalles de los que deseaba saber.

Sabía que no le gustaba el brécol, que le encantaba la música folk irlandesa y que le apasionaba leer.

Sabía que había pasado los últimos años en San Francisco, donde había abierto, a medias con el padre del bebé, un próspero negocio de importaciones. Sabía que había viajado por todo el mundo como agente de compras de la empresa, y que había vendido recientemente el negocio.

Sabía que tenía un gran carácter. Que cantaba en la ducha, dormía de lado y tenía un aspecto magnífico con sus camisas.

Sabía que la brusca decisión de Mary de irse de vacaciones le había dolido.

Sabía que, cuantas más cosas descubría de Tess, más difícil le resultaba mantener las distancias.

Y sabía que pasaba mucho tiempo pensando en ella.

En ese momento, uno de los gatos del cobertizo surgió como un rayo de las sombras y pasó ante Casiopea. Sobresaltada, la yegua brincó alzando las patas delanteras y resbaló en el suelo cubierto de hielo.

Jack no tuvo tiempo de reaccionar. Salió despedido de la yegua y se golpeó en el suelo con tanta fuerza que vio las estrellas. Un segundo más tarde, Casiopea cayó encima de él. A partir de entonces, no vio absolutamente nada en bastante rato.

Tess se acomodó en la silla situada junto a la chimenea. Tratando de no sonreír, miró con exagerada curiosidad a su hijita, a quien acunaba en sus brazos.

—Muy bien, chica. ¿Cuál es tu secreto? ¿Por qué esos muslos regordetes te sientan tan bien, y a mami le sientan tan mal? —la niña la miró fijamente, con sus grandes ojos azules abiertos de par en par—. No quieres hablar, ¿eh?

Era increíble, se dijo Tess. Después de sólo tres semanas y unos pocos días, no podía imaginar su vida sin Nicki. Se sentía tierna y embelesada, empapada de amor como una esponja.

—Supongo que eres diplomática por naturaleza—dijo a la pequeña, inclinándose para besar la suave manita que se aferraba a sus dedos-. O has estado tomando lecciones de tu amigo Jack —la niña arrugó la frente. Tess la alzó y le frotó suavemente la espalda, sonriendo cuando Nicki emitió un ruido impropio de una dama—. Eso pienso yo exactamente.

Al menos, una de las dos tenía el estómago lleno, se dijo Tess. Su sonrisa se desvaneció cuando echó una ojeada al reloj. La cena estaba preparada, pero había decidido esperar a Jack. Debía haber regresado hacía más de cuarenta minutos.

Se preguntó, inquieta, si le habría ocurrido algo, pero decidió que más valía no ponerse en lo peor. Seguramente Jack no se daría mucha prisa en volver a casa después de la discusión que habían mantenido.

Tess suspiró y puso a la pequeña en una posición más cómoda.

—Perder los estribos no formaba parte de mi estrategia para conquistarlo —confesó a su hija—. Pero, claro, yo no tengo tu ventaja. No puedo conseguir que se derrita simplemente mirándolo. De hecho, creo que para él soy una molestia...

La interrumpieron los perros. Como si fueran peludos sistemas de alarma, se pusieron en pie, trotaron hasta la puerta y empezaron a gemir. Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió y entró Jack.

Al verlo, Tess notó como si un puño gigantesco le oprimiera el corazón. Estaba despeinado y tenía el abrigo, los pantalones y las botas embadurnados de barro y nieve. Temblaba, y tenía el brazo derecho presionado contra el costado.

Tess se puso de pie trabajosamente y dejó al bebé en la camita

improvisada.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado?

Con la mandíbula tensa, Jack cerró la puerta girando cuidadosamente la muñeca.

—Nada.

—Sí, claro —Tess chasqueó los dedos y ordenó a los perros que se retiraran. Aprovechó los segundos que tardaron en alejarse para tratar de calmarse a sí misma—. Siempre llegas con ese aspecto, desde luego.

Jack agachó la mirada y suspiró.

—De acuerdo. He tenido un pequeño accidente—se encaminó con paso inseguro hacia el fregadero, deteniéndose ante el armario donde se hallaban guardadas las medicinas.

Tess lo siguió, sin saber muy bien si debía sentirse preocupada o furiosa.

—¿Qué accidente? ¿Se te ha caído encima un caballo? —vio que la miraba de reojo, con acritud, y comprendió que había dado en el clavo-. Oh, Dios mío —murmuro.

Jack la ignoró. Abrió el armario y sacó un frasco de aspirinas con visible dificultad. Permaneció inmóvil casi un minuto, mirando el frasco. Luego, exhalando un suspiro exasperado, se dio media vuelta y se lo tendió a Tess, con expresión pétrea.

—Ábrelo, ¿quieres?

Ella tomó el frasco, giró la tapa y le depositó tres tabletas en la palma abierta. A continuación sacó un vaso del armario y lo llenó de agua. Respirando hondo, trató de emular la frialdad de Jack.

—Y ¿el caballo está bien?

—Mejor que nunca.

—¿Y tú? ¿Crees que te has roto algo?

Jack hizo una mueca.

—No. Sólo estoy un poco magullado —se tomó las aspirinas y agarró el vaso, derramando un poco de agua al temblarle la mano.

—¿Podrás caminar hasta la silla que hay junto a la chimenea?

Jack sintió el impulso de encogerse de hombros, pero se lo pensó mejor. Tess observó cómo cruzaba trabajosamente la habitación. Testarudo, como de costumbre, pasó junto a la silla y se detuvo delante de la chimenea, donde permaneció un buen rato, con la cabeza gacha.

Tess apartó la mirada de su ancha espalda, nerviosa por las emociones contrapuestas que de repente la embargaron. En parte, deseaba acercarse a Jack para acariciarlo y confortarlo. Pero también sentía unas ganas enormes de darle un puñetazo por haber sido tan imprudente.

Minutos más tarde, cuando le llevó el café prometido, Tess había logrado serenarse por completo.

—¿Jack?

Él abrió los ojos y, tras aceptar la taza, tomó un sorbo largo. Tess observó, aliviada, que su pulso era firme. El calor del fuego parecía haber surtido efecto.
—Gracias —Jack apuró la taza y la soltó en la repisa de la chimenea.
—De nada —Tess alzó las manos y comenzó a desabrocharle el chaquetón.
—¿Qué diablos estás haciendo?
-Quitarte la ropa para echar un vistazo a las heridas.
Jack le retiró las manos y retrocedió un paso.
—Olvídalo.
—Ni hablar —respondió ella acercándose.
—Te lo advierto, Tess...
—¿Qué? —con ademanes decididos, ella alargó el brazo y desabrochó tranquilamente otro botón—. ¿Acaso piensas detenerme?
—Exacto.
Tess sintió un leve escalofrío. Lo miró a los ojos y decidió que había llegado la hora de dejar de fingir.
—Escúchame bien, Jack -dijo con voz trémula—. Por duro que suene, podías haber muerto ahí fuera. Si, como dices, sólo sufres magulladuras y una leve hipotermia, estupendo. Pero debemos asegurarnos.
—Está bien. Pero puedo arreglármelas solo...
—No lo dudo. Pero, después de todo lo que has hecho por mí, quiero ayudarte. ¿No podemos hacer una tregua?
Jack la miró con fijeza y luego ladeó bruscamente la cabeza.
—Está bien. Si así te sientes más tranquila...
—Mucho más tranquila —antes de que Jack pudiera cambiar de opinión, Tess le desabrochó el resto de los botones del chaquetón caqui, y desabotonó el jersey negro de lana que llevaba debajo. A continuación le sacó la camisa de los pantalones y le introdujo las manos por debajo de la camiseta—. Primero el lazo izquierdo, ¿te parece?
Jack asintió al tiempo que dejaba la taza en la mesa para ayudar mientras Tess le retiraba las tres capas de ropa de los hombros. El jersey, la camisa y la camiseta cayeron al suelo, y Tess se agachó para recogerlas.
—Déjalo -ordenó Jack.
—De acuerdo —ella se irguió, tratando de no fijarse demasiado en su pecho y sus hombros desnudos-. El próximo paso será un poco más difícil.
—Haz lo que tengas que hacer —respondió Jack con aspereza. Se estremeció cuando ella le pasó las yemas de los dedos por el tórax.
—¿Te hago daño?
—No.
Tess no le creyó. Entre otras cosas, porque la mandíbula le temblaba

como un flan. Mordiéndose el labio inferior, siguió deslizando sus dedos por la fría piel con una lentitud casi agónica.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Jack—. ¿Quieres hacerlo más deprisa y acabar de una vez?

El estruendoso sonido de su voz la sobresaltó tanto, que se aferró sin darse cuenta a sus suaves bíceps.

—¡Sí! ¡Pero no vuelvas a gritarme!

Se miraron, separados por escasos milímetros. Durante un segundo casi infinito, Tess se pregunto por qué de repente hacía tanto calor en la habitación. Y por qué no podía dejar de mirar los brillantes ojos verdes de Jack. El deseo estalló, como una ola furiosa, en su interior. Fue incapaz de pensar en nada más cuando notó que Jack la rodeaba con el brazo y la atraía hacia sí.

Exhaló un suspiro de placer al sentir que la boca de Jack reclamaba la suya.

Tenía los labios fríos y firmes, pero el beso era ávido y ardiente. El cuerpo de Jack, duro e irresistible, era tal y como ella lo había imaginado, excepto por... su dulzura.

Sin pudor alguno, Tess le rodeó el cuello con los brazos y se ciñó aún más a él, apretándose contra su pelvis.

Jack dejó escapar un jadeo. Abrió la boca para hacer el beso más profundo.

De pronto, se detuvo y se puso muy rígido, como si acabara de despertar de un sueño. Luego alzó lentamente la cabeza, haciendo caso omiso del murmullo de protesta de Tess.

—Jack, espera...

—Ha sido un error -dijo él alejándose.

Ella se quedó paralizada, y se estremeció de horror al ver los severos moretones que ya empezaban a notársele en el hombro derecho.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo has oído. Esto no ha debido ocurrir. Lo siento.

Tess comprendió que debía marcharse de aquella habitación, antes de que cometiese una estupidez. Como echarse a llorar o darle a Jack un puñetazo en su atractivo rostro.

—Será mejor que acueste a Nicki —sin pronunciar palabra, tomó a la niña en brazos, atravesó la cocina y subió las escaleras. Casi había llegado al dormitorio cuando, al notar un gruñido en el estómago, recordó que aún no había cenado.

Otro detalle que debía agradecerle a Jack.

Jack no podía ponerse la camiseta. Frustrado, permaneció de píe en mitad de la cocina tratando de convencerse a sí mismo de que aquello era sólo un contratiempo sin importancia. Se le había hecho un poco tarde. Hacía ya una hora que debía haberle dado de comer a los

caballos. Pero, dado su estado, estaba haciendo todo lo que podía. En cuanto se pusiera la maldita camiseta, saldría por la puerta. Estaba enfrascado en un nuevo intento cuando oyó una cálida voz femenina detrás de él.

—Buenos días -dijo Tess en tono bajo.

Se giró sobresaltado. El estómago se le encogió y se sintió un poco mareado.

Inconsciente del apuro que estaba pasando, Tess bajó las escaleras y pasó por delante de él dirigiéndose hacia la encimera. Frunció el ceño al ver que la cafetera estaba vacía, problema al que inmediatamente puso remedio.

—Pensé que ya te habrías ido -dijo abriendo el grifo del agua.

El tono de Tess era despreocupado. Además, había en su voz cierto matiz desconocido para Jack.

—Pues, no.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Te has quedado dormido?

—Más o menos.

No estaba dispuesto a admitir que había pasado una noche miserable acurrucado en la silla, al lado de la chimenea, incapaz de irse a dormir por miedo a no poder volver a levantarse. Eso no le incumbía a ella. Tampoco tenía por qué saber que estaba vestido porque la noche anterior fue incapaz de quitarse las botas.

Además, se sentía como si fuera escoria. Y Tess, en cambio, parecía tan llena de frescor y energía, con su piel reluciente y su pelo brillante...

Pasó de nuevo por delante de él, y su suave y fresca fragancia le inundó los sentidos. Abrió la puertecita de la chimenea, removió los carbones y depositó otro tronco en el fuego.

—¿No te preocupa que los caballos tengan hambre?

Al infierno con la camiseta, pensó Jack.

—Estaba a punto de salir —contestó mientras agarraba el abrigo que había dejado anteriormente en una de las sillas de la cocina.

-Ah.

Pronunció el «Ah» con un tono que lo hizo detenerse en seco.

—¿Qué significa eso?

—Significa que será mejor que me dejes el número de teléfono de tu madre.

—¿Y por qué habría de hacer eso? —preguntó Jack tratando de no perder la compostura.

—Porque cuando alguien muere, es costumbre notificarlo a su pariente más próximo.

—Gracias por el interés, pero la última vez que me hice un chequeo no me dijeron que el retraso fuera una causa mortal.

—No, pero no durarás ni cinco minutos vestido así con el frío que

hace ahí fuera.

—¿Así cómo?

—Cielo santo, Jack —exclamó Tess con exasperación—. No sólo no llevas ropa interior de abrigo, sino que tienes la camisa desabrochada.

—No estaría así si me hubieras dejado la ropa encima.

—¿Qué demonios significa eso?

Dios, ¿por qué no podría mantener la boca cerrada?

-Nada -concluyó-. Olvídalo.

—No, quiero...

—Esto no tiene nada que ver con lo que tú quieres —la interrumpió él—. Maldita sea, ni siquiera tiene nada que ver con lo que yo quiero. Te criaste en un rancho. Así que debes saber que, lo quiera uno o no, hay que dar de comer al ganado.

—Entonces deja que lo haga yo.

—¿Qué?

Tess no lo culpaba. Ni ella misma acababa de creer que le hubiera hecho tal ofrecimiento. No después de lo ocurrido la noche anterior. Después de aquello, no se merecía otra cosa que un empujón al crudo frío.

Pero, veía que lo estaba pasando mal. Incluso representaba una verdadera batalla para él ponerse el abrigo. Se había dicho cientos de veces que era tozudo, torpe e insensible, y que ella era una tonta, pero no soportaba verlo sufrir. Aunque se lo mereciera.

—He dicho que lo haré yo —repitió Tess.

—Gracias por la oferta, pero... no. No servirá de nada. No sabes dónde están las cosas, ni lo que hay que darle a cada uno de los caballos, ni cuál de ellos muerde o da patadas...

Tess reprimió el impulso de decirle que si la hubiera dejado que lo ayudara antes, nada de eso representaría un problema.

—Pero me lo puedes decir.

—No creo que funcione —respondió Jack escéptico. Son muchas cosas las que tendrías que recordar.

—Puedo apuntarlo.

—Además, tendrías que cargar con mucho peso—siguió diciendo él sin prestar atención a lo que ella acababa de decir—. Y hace sólo ¿cuánto?... ¿cuatro semanas?... que diste a luz y...

—Casi cinco. Y me he recuperado muy bien.

—Si pasara algo...

—No va a pasar nada. Pero, de todas formas, tú te ocuparías de todo, como has hecho estas últimas semanas.

—Veo que no cejarás en tu empeño, ¿no es así?

—Exacto.

—Está bien —dijo Jack suspirando—. Si estás segura de que...

—Lo estoy. Voy a traer lápiz y papel.

Momentos después, los dos estaban sentados a la mesa de la cocina, y media hora más tarde, tras haber recibido todas las instrucciones, Tess estaba lista para salir. Miró a Jack, que seguía recostado en la silla. Se preguntó cómo se las había arreglado para colarse las botas y, sin embargo, no había conseguido ponerse el abrigo. De repente, lo comprendió todo. Se acercó a Jack y se arrodilló delante de él.

Jack se puso tenso.

—¿Qué vas a hacer?

—Tus botas están sucias, y fregué el suelo ayer-contestó Tess, sabiendo que él no aceptaría ninguna sugerencia acerca de su incapacidad de cuidar de sí mismo.

Agarró una bota y tiró de ella. Luego, hizo lo mismo con la otra.

Ella lo miró. El recuerdo del beso de la noche anterior se hizo presente entre ellos. Tess podía sentir prácticamente el calor de los labios de él sobre los suyos, y la suavidad de su cabello y de su sexo apretándose contra ella.

—Será mejor que te vayas —dijo Jack con cierta rudeza.

—Claro —Tess se puso de pie.

¿Qué demonios pasaba? ¿Por qué parecía molestarle todo lo que hacía? Estaba a punto de salir, cuando Jack finalmente dijo:

-¿Tess?

—¿Sí? —contestó ella sin girarse.

—Ten mucho cuidado.

Jack dormía cuando Tess regresó. Estaba desparramado en una silla del dormitorio. La había cambiado de lugar para poder observarla a ella desde la ventana. Se dio cuenta de que por fin había podido darse una ducha y cambiarse de ropa.

Nicki, también dormida, estaba en su regazo. Tess no podía dejar de mirarlos. Se quedó allí, de pie, sin moverse lo más mínimo. En las últimas horas, se había dado cuenta de ciertas cosas. Una era que lo que sentía por Jack no era simplemente gratitud. Otra era que, además de su amiga, quería ser algo más para él. Algo especial. Porque él le importaba. Tanto que quizá se... había enamorado de él.

Bueno, no estaba completamente segura, y, ni mucho menos, se sentía preparada para decírselo. Simplemente, acariciaba la posibilidad. Por otra parte, decidiera lo que decidiera, Jack no iba a ponerle las cosas fáciles. Aunque era obvio que la deseaba físicamente, no estaba tan claro que sintiera nada por ella.

Tess exhaló un suspiro. En ese momento, Jack abrió los ojos.

—¿Ya estás de vuelta?

—Sí.

Tess lo miró sorprendida. Por un instante, pensó que se alegraba de verla.

—Creo que me he dormido.

—Parece que sí.

Se enderezó en la silla con cuidado de no molestar a la pequeña. Luego se restregó una mano por la cara, quejándose del dolor que le producía en el hombro tal movimiento.

—¿Ha ido todo bien?

—Estupendamente. Los caballos estaban hambrientos, pero todos se portaron bien, excepto el gris. Yeso que le di de comer el primero, como me dijiste.

—¿Y la yegua? ¿Pudiste echarle un vistazo? Tess dio unos pasos y se sentó en el borde de la cama.

—Está un poco rígida y tiene hinchada la rodilla izquierda, pero por lo demás está bien. Diría que ella ha salido mejor parada que tú del accidente.

—¿Algo más? —inquirió Jack gruñendo.

Tess meneó la cabeza.

-Creo que no. Todo estaba exactamente donde tú dijiste. Los caballos son maravillosos, y el ejercicio me ha sentado bien. Dejando aparte el frío, he pasado un buen rato.

Hubo un momento de silencio. Jack echó un vistazo a la habitación.

—Este lugar parece diferente.

En realidad, Tess no había cambiado muchas cosas. Simplemente la había puesto un poco más acogedora.

—Te pedí permiso, ¿recuerdas?

—No me estoy quejando. Tiene mejor aspecto.

—Me alegro de que sea así. ¿Jack?

—¿Qué?

—A propósito de lo de anoche...

Todo vestigio de amabilidad desapareció del rostro de Jack.

—No hay nada de qué hablar.

—Yo creo que sí —Tess entrelazó los dedos sobre el regazo, respiró con calma y se dijo a sí misma que podría hacerlo. Que no tenía nada que perder y mucho que ganar—. He estado pensando en lo que ocurrió y creo que tienes razón.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a nosotros y a nuestra relación.., sexual. Está claro que no funcionaría.

—Bueno... sí. Está claro.

Tess sonrió, intentando aparecer aliviada.

—Estupendo —dijo suavemente—. Tenía miedo de que no lo entendieras.

no entendiera qué?

—La manera en que respondí. El modo en que prácticamente me eché encima de ti. Es que...

—Tess intentaba encontrar las palabras adecuadas—. La verdad es

que hace mucho tiempo que no me ha besado nadie. Y entre eso y el cambio hormonal de los últimos meses... Bueno, ahora me doy cuenta de que no fue por ti. Fue sólo.., el momento. No es que no fuera agradable —añadió por temor a haber herido sus sentimientos—. En realidad, fue bastante... grato.

Jack la miró de un modo que ella no supo descifrar.

-Grato —repitió asintiendo con la cabeza.

—Pero, por supuesto, tú ya sabías todo lo que acabo de decir.

-Claro.

—No quiero que haya malentendidos entre nosotros, Jack —Tess se levantó, se acercó a él y le tendió la mano-. ¿Amigos?

—Por supuesto -contestó Jack tendiéndole la suya.

Una ligera sacudida le recorrió el cuerpo. Por el modo en que a él le temblaba la mandíbula, Tess supo que había sentido lo mismo.

—Tengo que marcharme —musitó Jack.

—Espera un momento —ella se acercó aún más a él y se inclinó hacía delante para examinarle la marca que le había visto antes en la frente.

—¿Qué demonios haces? —preguntó Jack poniéndose rígido.

Tess fingió no verse afectada por la proximidad física de sus cuerpos.

—Esto tiene un aspecto horrible. No habrás tenido dolores de cabeza, ¿verdad?

—Hasta ahora, no.

Ambos se miraron. Luego, Jack bajó la vista hasta sus labios. Las mejillas se le enrojecieron y empezó a respirar con agitación.

Fue Nicki quien lo salvó. La pequeña, que había estado muy callada desde que su madre entró, empezó de repente a lloriquear.

Como si hubiese salido de un trance, Jack apartó rápidamente la mirada de Tess y se levantó.

—Bueno, ya está despierta. Será mejor que la tomes en brazos.

En cuanto Tess hubo tomado a la pequeña, Jack salió de la habitación.

Quizá había sido mejor así. Si hubiesen pasado unos segundos más, Nicki no hubiera sido la única en retozar en el regazo de Jack, se dijo Tess.

—¿Sabes una cosa, Nicki? No estoy del todo segura, pero creo que a Jack no le ha gustado mucho que utilizara la palabra «grato» para referirme a su beso.

Tess hubiera jurado que la pequeña sonrió.

—¿Has terminado?

Jack se puso rígido cuando Tess se acercó a él para retirarle el plato.

—Te dije que yo fregaría -contestó él.

—Lo sé —respondió ella con serenidad—. Sólo quiero quitar de en medio algunas cosas antes de darle de comer a Nicki.

Jack se quedó mirándola mientras se dirigía al fregadero. Tenía un aspecto... estupendo. Los dos días de aire fresco y ejercicio le habían sentado muy bien. Se veía saludable y llena de energía. Mucho mejor que cualquier mujer que hubiese dado a luz hacía tan poco tiempo, pensó con melancolía.

No es que le importara mucho. Pero, después de todo, eran amigos. Amigos que habían compartido un único y «grato» besó.

Jack frunció el ceño. Odiaba admitir cómo le amargaba aquella palabrita de cinco letras. Lo encontraba tan desagradable como darse cuenta de que, aunque pensara que besar a Tess había sido un terrible error, quería hacerlo de nuevo. Y también quería hacer... otras cosas...

Continuó mirándola. Completamente ajena a los pensamientos de Jack, Tess puso los platos en la encimera, echó un poco de lavavajillas en el fregadero y abrió el grifo. Momentos más tarde, lo cerró y se dirigió hacia la mesa. Tomó a Nicki y la llevó a una de las sillas que había junto a la chimenea. Tendió allí a la pequeña para echarle un vistazo al pañal y miró a Jack.

—¿Te dije que he decidido no regresar a San Francisco?

—No.

—Bueno, pues no voy a volver.

Jack intentó decirse a sí mismo que sus planes no le interesaban, pero no funcionó.

—¿Y qué piensas hacer?

Tess se encogió de hombros.

—No tomaré ninguna determinación hasta ver cómo van las cosas con mi abuela, pero he estado pensando que no me importaría regentar un rancho para turistas.

—¿Bromeas?

—No.

—He oído que Montana es un lugar muy apropiado para eso.

Tess se echó a reír como si Jack acabara de contarle un chiste.

—Gracias por la sugerencia —dijo con ironía—, pero creo que preferiría estar un poco más cerca.

—¿Más cerca de qué?

—De casa.

Jack se quedó perplejo. Sabía que Tess pasaría algún tiempo con Mary, pero pensaba que su estancia allí sería temporal. Nunca se le había ocurrido que quisiera establecerse en la zona para siempre.

Trató de imaginar cómo sería saber que ella y Nicki estaban cerca. La respuesta no se hizo esperar. Su reacción inmediata fue de pánico y consternación. En el fondo, sabía que no podría soportar la idea de tenerla cerca y, al mismo tiempo, fuera de su alcance... Y dicho

descubrimiento no le gustó.

—¿No crees que es un poco irresponsable hacerle eso a tu hija?

Tras comprobar satisfecha que no necesitaba cambiar a la niña, Tess se incorporó.

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

—Me refiero a que este modo de vida, la soledad y la falta de distracciones, no están hechas para todo el mundo. Y tú debes saberlo muy bien, ya que odiabas este sitio tanto que te marchaste.

—Yo no odiaba este sitio —protestó Tess—. En aquel entonces, sólo tenía diecinueve años. Quería ir a la universidad, probar la vida de la ciudad y ver un poco de mundo antes de establecerme definitivamente. Pero mi abuela no quería saber nada al respecto. O me iba o me quedaba. Para ella no había término medio. Yo nunca le haría eso a Nicki.

—De todas maneras, creo que cometerías un error. Piensa en todo lo que tendrías que abandonar. Cines, restaurantes, lavanderías, grandes almacenes, y toda clase de diversiones. Después de seis meses, te deprimirías —Jack se levantó y empezó a meter los cacharros en el fregadero.

—Y tú no estás deprimido.

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

Jack se volvió con exasperación y sus miradas se encontraron.

—Porque yo no necesito que me entretengan constantemente, ni tener gente a mi alrededor que me diga quién soy y cómo soy.

-Yo tampoco.

—Es sólo cuestión de tiempo.

—¿Fue eso lo que le ocurrió a tu esposa?

Jack se dio cuenta de lo lejos que había ido con sus revelaciones. Estaba tentado de seguir hablando y de contar su versión de los hechos. De compartir todos los detalles sórdidos, humillantes y dolorosos de la historia.

Pero... ¿con qué fin? Todo había pasado ya. Se había jurado no abrir su corazón a nadie nunca más.

—Eso no te importa -contestó al tiempo que le daba la espalda y empezaba a fregar los platos.

—Jack.

No podía creerlo. Tess se estaba acercando. Rápidamente empezó a enjuagar un plato.

—Jack, lo siento.

Se puso rígido cuando notó la mano de ella en el hombro. ¿Qué demonios le pasaba? ¿No se daba cuenta de que no quería hablar de aquel asunto? Por lo visto, no.

—Mi intención no era entrometerme en tu vida. Y, aunque eres muy

amable al preocuparte por mí, yo no soy tu ex mujer. Te olvidas de que he vivido aquí más tiempo que en cualquier otro sitio. Mi regreso no se debe a un capricho. Es algo que llevo meditando desde hace mucho tiempo.

Como si lo hubiese arreglado todo con aquel comentario, sacó un paño de cocina de un cajón y se puso a secar un plato.

Jack no podía creerlo.

—¿Qué estás haciendo?

—Secando un plato —contesto Tess con las cejas enarcadas—. ¿Acaso parece otra cosa?

—¿Y Nicki? ¿No tienes que darle de comer?

—No parece que tenga hambre.

Se giró para enfrentarse a ella, para aclararle de una vez por todas que no necesitaba su ayuda. Pero enseguida comprendió que había cometido un error.

Estaba demasiado cerca. La miró a los ojos, y lo único que pudo hacer fue recordar la calidez y la dulzura de su boca. La deliciosa presión de sus senos contra su pecho…

Respiró profundamente. Tenía que salir de allí antes de cometer alguna estupidez.

—¿Estás segura de que no te importa fregar los platos?

Ella sonrió y meneó la cabeza.

—Estupendo, porque tengo trabajo que hacer en el estudio.

Esperaba que ella protestara. Pero no lo hizo. Simplemente le lanzó una mirada desconcertante y asintió.

—Muy bien. Entonces, será mejor que te vayas. Ya terminaré yo esto.

Dos minutos después, Jack se encontraba en el estudio, sentado en el escritorio con la puerta cerrada, tal y como había deseado.

Entonces, ¿por qué demonios no se sentía mejor?

Tess no estaba segura de qué fue lo que la había despertado. Había algo en la habitación que la inquietaba. Antes que nada pensó en Nicki. Volvió la cabeza sobre la almohada y miró a través de la oscuridad la cuna de la pequeña. Gracias a Dios, la niña parecía dormir plácidamente. Sin embargo, Tess no quiso moverse. Estaba convencida de haber oído algo fuera de lo habitual.

Momentos después, apareció una sombra en la puerta y Jack entró silenciosamente en la habitación. A Tess se le cortó la respiración. Fascinada, observó cómo Jack se paraba junto a la cuna. Miró clandestinamente hacia donde ella se encontraba y luego tapé con cuidado a la pequeña.

Una vez satisfecho con su tarea, inició el camino de regreso tan sigilosamente como había entrado.

Tess esperó a que llegara a la puerta y entonces lo llamó.

—Jack. ¿Necesitas algo?

El se giró. Tess sentía curiosidad por saber qué explicación le daría esta vez.

—No -contestó él bruscamente—. Sólo he venido a decirte que... no tienes que preocuparte de darle de comer a los caballos mañana. Yo lo haré.

—¿Eso es todo?

—Sí, eso es todo.

—Ah. Entonces... que duermas bien.

—Sí... Gracias.

Tess sonrió en la oscuridad. Definitivamente, Jack no sabía mentir.

Tess se despertó tarde al día siguiente.

A juzgar por el ángulo del sol que se filtraba por la ventana, debían de ser más de las diez, comprendió mientras abría los ojos y retiraba las sábanas.

Bostezando, trató de reunir energías suficientes para salir de la cama e ir al cuarto de baño. Finalmente, lo consiguió. El agua caliente de la ducha contribuyó a que se sintiera más despejada. Pensó en lo limitado que era su vestuario. Tenía tres pares de braguitas demasiado grandes, un sujetador demasiado pequeño, tres pares de pantalones de premamá, un blusón y el jersey verde. A aquella magnífica colección debía sumar las prendas de Jack: tres camisas, unos viejos tejanos y un par de calzoncillos largos. Aunque nunca había sido aficionada a la ropa elegante, empezaba a echar de menos un par de vestidos decentes.

De todos modos, no tenía sentido obsesionarse con el tema, pensó mientras se ponía los tejanos y el jersey verde. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Como, por ejemplo, en la visita que le hizo Jack la noche anterior. Cada vez que pensaba en ello, experimentaba una inevitable sensación de deleite y de ternura. Jack había procurado mostrarse duro e indiferente, pero su lado cariñoso empezaba a manifestarse, por mucho que él intentase reprimirlo.

Mientras se dirigía hacia las escaleras, Tess se preguntó cómo reaccionaría Jack con respecto a lo sucedido. ¿Se disculparía? ¿O fingiría que nunca había tenido lugar aquel encuentro?

No tardó mucho en descubrirlo. Una rápida ojeada desde las escaleras le indicó que la cocina estaba vacía. Vio una nota apoyada en la cafetera.

Tess bajó con lentitud las restantes escaleras y atravesó la cocina. El mensaje de Jack, escrito con letras grandes y gruesas, iba directo al grano:

He hecho las cosas de la casa. Hoy hace más calor. Voy a despejar el camino de nieve. Hasta luego, Jack.

Tess frunció los labios y caminó pensativa hacia la ventana para comprobar el termómetro. Marcaba unos diez grados sobre cero.

Sí, claro. Una temperatura perfecta para ponerse a quitar nieve de los caminos. Esperaba que Jack no se hubiese olvidado el bañador y las gafas de sol.

Sacudió la cabeza y se dijo que de nada servía enojarse. Sabía que era testarudo, pero no había imaginado hasta qué punto. Aun así, bajo su exterior terco e intratable se ocultaba un enorme sentido de la responsabilidad y un gran corazón. Tess era consciente de que, en el fondo, valía la pena luchar por él.

Pese a todo, pensó que ojalá se le congelara el trasero.

El día se le hizo casi eterno. Preparó el almuerzo y comió. Leyó. Lavó la ropa. Cambió a la niña y le dio de comer. Volvió a leer un poco más. Hizo palomitas de maíz. Aunque se le quemaron ligeramente, se Las comió. Metió un asado en el horno para la cena y se paseó por la casa.

Se dijo que no estaba preocupada.

Pero ya eran casi las cuatro, y Jack no había aparecido. Ni siquiera para dar de comer a los caballos.

A las cuatro y diez, cuando Nicki se durmió al fin, Tess tomó una decisión. Iría a cuidar los caballos. Cualquier cosa sería preferible a soportar la espera sin hacer nada.

O eso pensó mientras ponía el horno al mínimo, ordenaba a los perros que cuidaran de Nicki y salía de la casa.

Cuarenta y cinco minutos después, cuando hubo terminado en el cobertizo, no estaba tan segura. Quizá el tiempo fuese más agradable que en semanas anteriores, pero seguía haciendo frío. Se sentía completamente exhausta, y Jack aún no había dado señales de vida.

¿Dónde diablos se habría metido? »

Se hallaba tan concentrada decidiendo si debía salir o no a buscarlo, que al principio no oyó el leve ronroneo que llegaba desde el extremo opuesto del corral. Por fin, alzó la vista y divisó el tractor. Notó que las piernas le temblaban cuando vio que Jack se apeaba y echaba a andar en dirección al cobertizo.

Se detuvo en seco al verla.

—Tess. ¿Qué haces fuera de la casa?

Ella le dirigió una mirada severa.

—Les he dado de comer a los caballos.

—¿Sí? Pues no has debido. Ya me hubiera encargado yo.

—Se estaba haciendo tarde.

—Sí —Jack arrugó la frente—. Bueno, tuve un pequeño problema. El tractor se quedó atascado en una zanja¿ y me llevó un rato sacarlo.

—Tess se estremeció involuntariamente al pensar que podría haberse matado.

Pero Jack pensó que era a causa del frío.

—Será mejor que vuelvas a la casa.

—Iré enseguida. Quiero echarles un vistazo a los caballos.

Claro. Cómo no. No confiaba en que ella hiciese correctamente algo tan sencillo como echar un poco de heno en un pesebre.

—Muy bien —respondió Tess con aire tenso. Consciente de que Jack la miraba extrañado, caminó hacia la casa, con los labios fruncidos y la vista al frente.

Oyó cómo él emitía un sonido exasperado, próximo a un gruñido. Y Tess, que tenía los nervios a flor de piel, se giró bruscamente con la intención de decirle que no le parecía divertido... Pero se sorprendió al ver que Jack miraba fijamente el cielo, y que se encogía de hombros antes de volverse en dirección al cobertizo.

Tess no puedo resistir la tentación. Se agachó, tomó un puñado de nieve, formó una bola y se la lanzó aJack.

La bola de nieve le dio justo en la cabeza e hizo que se le cayera el Stetson.

El se detuvo en seco. Permaneció inmóvil unos segundos, como si no diera crédito a lo que acababa de ocurrir. Luego se acuclilló, recogió el sombrero, lo sacudió de nieve y se dio media vuelta.

Tess estaba preparada. Sin pérdida de tiempo, le arrojó otra bola. Esta vez, le dio en mitad de la frente, dejándole las cejas llenas de nieve.

Jack se limpió cuidadosamente al tiempo que trataba de no perder los estribos.

—¿A qué diablos ha venido eso?

Ella se encogió de hombros.

—Te lo merecías.

—¿Que me lo merecía?

—Exacto.

—¿Por qué?

—¿Has pasado fuera el día entero! ¡Me tenías muerta de preocupación!

—Tess...

—Eres un caso imposible, Sheridan, y probablemente debería ir a que me viese un psiquiatra, porque... ¡me importas! ¡Mira si soy tonta! —se agachó, recogió otro puñado de nieve y echó hacia atrás el brazo para lanzarlo.

Jack le lanzó una mirada asesina.

—No te atrevas.

Tess emitió un bufido impropio de una dama.

—Ah, venga. ¿Qué vas a hacer? ¿Retirarme la palabra? ¿Esconderte en el cobertizo? ¿O huir en tu bonito tractor? —Lanzó la bola de nieve.

—¡De acuerdo! ¡Tú lo has querido! —Jack se agachó para esquivarla. Luego se abalanzó sobre Tess con la intención de agarrarla, pero ella hizo una finta. Jack resbaló y cayó de bruces sobre la nieve.

Dejó escapar un quejido amortiguado, trató de levantarse y volvió a caerse. Permaneció tumbado, totalmente inmóvil.

Tess se mantuvo a una distancia prudencial y lo miró recelosa.

—Olvídalo, vaquero. No voy a caer en ese truco tan viejo. Será mejor que te levantes.

Jack no respondió. Ni movió un solo músculo.

Ella lo observó con ojos entornados.

—Vamos, Jack. La nieve debe de estar muy fría. Levántate.

Nada. Tess suspiró. Sabía que le estaba tomando el pelo. Pero... ¿y si no era así? ¿Y si se había golpeado la cabeza con alguna roca oculta bajo la nieve?

Tragó saliva. Cautelosamente, se acercó hasta quedar a un solo paso de él.

—¿Jack? —lo zarandeó con la punta de la bota. Él emitió un quejido. Por primera vez, Tess sintió verdadera preocupación—. Jack, ¿te encuentras bien?—se acuclilló y le acarició la mejilla con sus dedos enguantados. Con la rapidez de una pantera, él le agarró la muñeca. Tess chilló, sorprendida, mientras Jack se daba la vuelta y se colocaba encima de ella—. ¡Suéltame!

Los ojos verdes de Jack brillaban como los de un tigre.

—¿Te gusta la nieve? —agarrándola por la solapa del abrigo, tomé un puñado de nieve y se lo introdujo por el cuello del jersey. Tess profirió un alarido y trató de soltarse, en vano—. ¿Qué pasa? ¿Te gusta dar, pero no recibir?

Ella no respondió. Intentó quitarse a Jack de encima, pero era como intentar mover un peñasco.

—Por el amor de Dios —protestó al fin—. ¡Quítate de encima, cabeza de chorlito! ¡Me estás aplastando!

Jack se alzó un poco, para permitir que respirara sin dificultad, pero siguió sujetándola.

—Tú has empezado.

Aquel comentario, propio de un crío, hizo que Tess abriera los ojos de par en par. A pesar del frío, la presión de la anatomía masculina de Jack en su vientre la inundaba de calor. —¿Jack? dijo en tono inseguro.

—¿Iba en serio eso de que te importo? —su voz era ronca, y los ojos le brillaban.

-Sí.

Jack cerró los ojos durante un breve instante.

—Sabes que esto es un error —musitó cuando volvió a abrirlos.

—Depende de cómo se mire.

—Por amor de Dios, cállate y bésame de una vez, ¿quieres?

Con un jadeo ávido, Jack la besó, fundiendo sus bocas en un estallido de tórrido calor.

Pero, esta vez, Tess estaba preparada. Preparada para la sensación de hormigueante deseo que le recorrió el vientre, para la neblina de excitación que le nublé el cerebro. Hundió los dedos en el sedoso cabello negro de Jack y lo atrajo hacia sí. Con un talento sensual que ella ignoraba poseer, separó los labios lentamente y le recorrió con la punta de la lengua el contorno de la boca.

Jack volvió a jadear, le colocó los dedos enguantados en la nuca y recibió su lengua. Tess, casi se desmayaba de deseo al notar la cálida y húmeda intrusión de Jack.

Se removió, inquieta, lo rodeó con las piernas y se apretó contra él, anhelando sentir su fuerza y su calor sin el estorbo insoportable de la ropa. Mientras, se concentró en su boca, saboreándola, compartiendo su aliento, tratando de comunicar sin palabras cómo se sentía.

Jack ardía de deseo. Deseaba tocarla, desnudarla. Quitarle los tejanos y penetrarla hasta el fondo.

Y deseaba ver su rostro mientras lo hacía. Se colocó boca arriba, demasiado aturdido por el frenesí sexual como para reparar en la frialdad de la nieve o en la rigidez de sus músculos. Se puso a Tess encima y la miró. El corazón Le martilleó en el pecho cuando vio que tenía las mejillas congestionadas, los labios hinchados y los ojos nublados por el deseo.

A punto de perder el control, se quitó de un tirón los guantes y alzó una mano para acariciar su suave cabello castaño, mientras con la otra buscaba, bajo el abrigo, alguna porción de piel desnuda.

Pero, en ese momento, la vocecita interior de la razón levantó ecos en su mente.

«Eh, Jack. Deja de pensar con el sexo y presta atención. ¿Qué diablos crees que estás haciendo? ¿De veras deseas consumar el acto sexual aquí? ¿Ahora? ¿En estas condiciones? Piensa en Tess. ¿Y si le haces daño? Hace poco que dio a luz. Además, te has dejado los preservativos en la casa. ¿Estás tan desesperado que nada de eso te importa?»

Lentamente, retiró la mano del abrigo de Tess, cerró los ojos y maldijo entre dientes.

Ella se puso rígida.

—¿Jack?

—Tess… debemos parar.

—¿Qué?

—Tenemos que volver a la casa.

—Muy bien —ella se recostó y le mordisqueó el labio inferior—. Dentro de un ratito.

—No. Ahora —le tomó el rostro entre las manos y la apartó de sí con delicadeza—. Escúchame. Nos van a salir sabañones como no entremos.

Tess se separó de él. El brillo de la razón pareció volver lentamente a sus ojos. Tembló de repente, como si acabara de comprender que tenía mucho frío.

—De acuerdo —respondió al fin. Respiré hondo y se puso en pie con movimientos torpes.

Jack también se incorporó. Tras recoger los guantes, se sacudió la nieve de los pantalones y miró a Tess. Ambos se contemplaron mutuamente durante largos instantes. Sorprendido, él vio cómo los labios de ella se curvaban en una leve sonrisa. Le tendió la mano y le dijo:

—Vamos.

Jack observó cómo sus dedos enguantados se entrelazaban con los de Tess. El estómago le dio un vuelco al comprender, súbitamente, cómo habían cambiado las cosas entre los dos. Al comprender que, le gustase o no, ya no había vuelta atrás.

Nicki esperó educadamente a que los adultos entraran en la casa para salir de su plácido sueño. Una vez despierta, la pequeña empezó a agitarse.

—Ya, cariño... —murmuró Tess al tiempo que la tomaba en brazos —. Mamá está aquí. Todo va bien—recostó a Nicki en su hombro mientras observaba cómo Jack depositaba otro tronco en el fuego. Atraída por la sugerente promesa de calor inmediato, se acercó a la chimenea y se puso de espaldas a las llamas, suspirando complacida.

—¿Tienes frío? —le preguntó Jack.

Tess lo miró de soslayo. Las austeras líneas de su nariz y su mentón resultaban cautivadoras al parpadeante resplandor del fuego.

—Sí. Quizá parezca extraño, pero no lo sentí... fuera. Empecé a tener frío cuando entramos.

El asintió.

Hubo un incómodo silencio. Tess notó que Jack parecía agotado... y tenso.

—¿Por qué no tomas una ducha? —sugirió.

—¿Seguro que no quieres entrar tú primero?—respondió Jack con expresión indescifrable.

—Seguro. Parece que Nicki tiene hambre y, por una vez, no está dispuesta a esperar. Dúchate tú antes.

—Muy bien.

Tess lo observó mientras salía de la habitación. En realidad, necesitaba quedarse sola unos minutos. Necesitaba pensar, asimilar lo ocurrido en las últimas horas. Jamás imaginó que pudiera llegar a sentir lo que sintió allí fuera. Se había sentido tan embargada por el deseo, tan desesperada por tener a Jack dentro de sí, que nada más le importaba.

Se trataba de algo difícil de reconocer para alguien que siempre se

había enorgullecido de su fuerza de voluntad. Pero lo ocurrido también demostraba que no se había equivocado con respecto a Jack. Confiaba en él. En su bondad. A pesar de su talante cínico y duro, a pesar de su obvia necesidad, había antepuesto el bienestar y la seguridad de ella a su propio placer.

Exhaló un suspiro e hizo una mueca al ver que Nicki intentaba chuparle el cuello.

—Lo siento, pequeña. Mamá estaba tan cómoda ante el fuego que se había olvidado de ti. Vamos—se sentó en la silla junto a la chimenea, se abrió la ropa y colocó a su hijita en posición. La niña se puso a chupar con verdadero ahínco.

Tess sacudió la cabeza. Con razón se sentía tan... desconcertada. Entre Jack y Nicki, su mecanismo emocional no daba abasto. Pero no cambiaría aquel último mes de su vida ni por todas las riquezas del mundo. Se sentía más viva, completa y realizada que nunca.

Acarició con dulzura el cabello de su hijita. Por un momento, Nicki dejó de mamar y la miró, haciendo que en su interior estallase una ola de ternura. A continuación experimentó una sacudida al ver a Jack de pie en el vano de la puerta, observándola.

Tess contempló su cabello mojado, su mandíbula con barba de dos días, el destello que emitían sus ojos verdes, y el pulso se le aceleró. Iba descalzo y llevaba puestos unos tejanos con el botón desabrochado. Tenía un aspecto fuerte y enigmático. Pero había algo en sus ojos...

«Añoranza», se dijo Tess, notando que el corazón le daba un vuelco.

Le dirigió una ancha sonrisa para darle a entender lo mucho que se alegraba de verlo.

—Hola —dijo suavemente.

Quizá fuera producto de su imaginación, pero parte del cansancio que había mostrado Jack pareció esfumarse.

—Qué bien huele —dijo él, señalando el horno con la barbilla.

—Asado de carne. Podemos comer en cuanto me duche, si te parece bien.

—Claro —contestó Jack, acercándose—. ¿Nicki ya ha terminado?

—Sí —movida por una extraña timidez, que a aquellas alturas resultaba ridícula, ella se cubrió el seno con la camisa y se levantó—. ¿Te importa quedarte con ella un rato?

—Cómo no.

Tess le entregó a la pequeña.

—Volveré enseguida -dijo observando cómo él se acercaba a Nicki al hombro con sumo cuidado.

—Muy bien —respondió Jack, tratando de mantener una expresión fría, temeroso de que ella comprendiera lo mucho que su sonrisa y sus gestos cariñosos significaban para él. Más relajado, vio cómo Tess se encaminaba hacia las escaleras. Pero se sorprendió al ver que se

detenía de pronto y volvía sobre sus pasos—. ¿Qué sucede? ¿Se te ha olvidado algo?

—Sí. Esto —Tess se puso de puntillas y le dio un beso ardiente, suave y delicioso.

Para cuando se separó de él y se alejó sin decir nada, Jack estaba tan excitado que sintió dolor. La siguió con la mirada, deleitándose con el balanceo de sus caderas, extasiándose al pensar que podía volver a disfrutar de sus labios...

Instintivamente, atrajo a la pequeña hacia sí y le dio una suave palmadita en la espalda.

Se sentía desconcertado.

Cada vez que empezaba a pensar que comprendía cómo funcionaba la mente de Tess, ella hacía algo inesperado que lo dejaba perplejo. De repente, Nicki emitió un enorme eructo.

—Eh, ¿qué ha sido eso? —la pequeña lo miró con las cejas enarcadas, esbozando una expresión de asombro muy parecida a la de su madre. Jack meneó la cabeza—. Ambas sois imprevisibles —la respuesta de la pequeña fue otro eructo. Jack frunció el ceño—. ¿Crees que lo tienes mal, chica? —se tiró del pantalón—. Pues gracias a tu madre, yo apenas puedo andar.

Pero tampoco podía quedarse quieto, pensé, invadido por una repentina ola de energía. Tras encender la radio, se dispuso a poner la mesa. Se quedó paralizado al oír el pronóstico del tiempo para los días siguientes. Por lo visto, dejaría de hacer frío y luciría el sol.

Jack no podía creerlo. En uno o dos días, el camino quedaría despejado de nieve y transitable. Llevaba varias semanas esperando esa noticia.

Entonces, ¿por qué no se sentía aliviado? ¿Por qué no estaba destapando una botella de whisky escocés para celebrarlo? Podría librarse de sus dos invitadas y volver a la vida de siempre. Estaría solo otra vez. Tal como deseaba estar.

Sin embargo, la perspectiva de quedarse solo no le resultaba tan agradable como debiera.

¿Por qué? ¿A qué se debería aquel cambio tan radical?

Tal vez.., era una simple cuestión de apetencia sexual. Sí, seguramente. No quería que Tess se marchara hasta que se la hubiera llevado a la cama.

¿Por qué no? Después de lo que había soportado aquellas últimas semanas, ¿no se merecía un poco de satisfacción? Por primera vez en su vida, iba a tomar lo que deseaba, sin pensar en las consecuencias.

—¿Jack? —la voz de Tess lo sacó de sus cavilaciones.

Se dio media vuelta y la vio en las escaleras. Estaba... bellísima. Jack no sabía con seguridad por qué... Quizá fuese por el modo en se había recogido el cabello, o por el botón de la camisa que se había

dejado sin abrochar, o por la forma en que su boca parecía suavizarse cuando lo miraba...

Tras pasar un mes intentando negar la verdad, tuvo que reconocer que Tess lo dejaba sin aliento.

—¿Sucede algo? —preguntó ella.

—No. Estaba escuchando el informe del tiempo. Tess acabó de bajar las escaleras y atravesó la habitación. Luego se inclinó para echarle un vistazo a Nicki, con ojos rebosantes de ternura.

—Está dormida.

—¿Qué? —sorprendido, Jack miró a la pequeña. Tenía los ojitos cerrados y la boca abierta en forma de O.

—Pobrecilla -dijo Tess, acariciándole el cabello-. Está rendida. Dámela. Iré a acostarla.

—Deja, yo lo haré.

—¿Seguro? No me costará nada... —se quedó callada en mitad de la frase al percibir el deseo que se reflejaba en los ojos de él—. ¿Jack?

El carraspeó para aclararse la garganta.

—Antes, cuando me besaste... ¿buscabas lo que yo creo?

Tess prefirió no fingir que no lo entendía.

—Sí.

—¿Eres consciente de que... no puedo prometerte nada? Ya estuve casado una vez. Y no deseo volver a casarme. No quiero que creas que...

Ella alzó la mano y le acarició la mejilla.

—No me importa, Jack.

—Bien —trató de parecer calmado, aunque el corazón le latía en el pecho con la fuerza de un martillo-. No tardaré —se dirigió hacia las escaleras.

—¿Jack? —musité Tess, con el tono susurrante y cautivador de una sirena.

El se detuvo en seco.

—Date prisa.

Tess se sentó en el sofá, con las piernas recogidas, y se quedó mirando el fuego. Lenta pero incesantemente, las llamas lamían el tronco, envolviéndolo con fogosos dedos de color amarillo, ambarino y dorado.

Oyó el sonido amortiguado de las pisadas de Jack en las escaleras, pero no se volvió. Siguió contemplando el fuego, saboreando el modo en que su pulso se disparaba a medida que las pisadas se acercaban cada vez más.

—¿Estás cansada?

Alzó la barbilla al oír aquella voz profunda, ronca. Respondió sacudiendo levemente la cabeza y absorbió con avidez los detalles: la línea firme de su mandíbula, el mechón de cabello húmedo que le caía

sobre la frente, la manera en que se apoyaba sobre los talones, como si estuviera preparado para... cualquier cosa.

—No. Esta mañana me levanté tarde. ¿Y tú? Estarás molido después de haberte llevado el día entero pasando frío.

Jack asintió, mirándola tan atentamente como ella lo miraba a él.

—Un poco, sí. Pero ya tendré tiempo para dormir... luego —le tendió la mano—. Ven aquí —musitó con suavidad.

Tess respiró hondo, casi aturdida a causa de la anticipación, y se puso de pie.

El se acercó un paso y le tomó el rostro con las manos. Sus ojos verdes rebosaban de deseo. Inclinó la cabeza y posó los labios sobre los de ella. El beso fue dolorosamente suave al principio. Jack rozaba su boca con caricias lentas que enseguida hicieron que Tess deseara más. Como si hubiera percibido su necesidad, él hundió las manos en su cabello. Sosteniéndola, ladeó la cabeza, y ella abrió la boca para recibir la acometida de su lengua.

Un repentino calor le estalló en el estómago. Las rodillas se le aflojaron, de modo que se sujetó con ambos brazos al cuello de Jack y se apoyó en él, ansiando sentir su sólida fuerza contra sus senos y sus caderas. Tess meneó la cintura y él jadeó. Le mordisqueó el labio inferior y luego le recorrió con la lengua la mandíbula, hasta llegar al punto sensible del cuello.

—¿Tess?

—¿Mmm? —ella le dio un beso en el cabello, disfrutando de su sedosa frialdad.

—Te deseo. Pero quiero que esto también sea agradable para ti. ¿Estás segura de que...?

—Estoy bien, Jack. De verdad.

—Pero dicen que es prudente esperar seis semanas para...

—Ese promedio de tiempo suele variar según la persona. Confía en mí. Me encuentro perfectamente.

El levantó la cabeza.

—Muy bien.

Movida por una repentina oleada de ternura, Tess alzó la mano y le acarició el mechón de la frente.

—He traído un edredón. Pensé que podríamos tumbarnos aquí, frente al fuego.

Jack asintió. Apartó las sillas mientras ella extendía el grueso edredón sobre la alfombra verde. Casi instintivamente, se sacó de los bolsillos un par de envoltorios circulares y los dejó sobre el edredón. Luego se desabotonó la camisa, se la quitó y la puso en el respaldo del sofá. Tardó unos momentos en quitarse los tejanos y los calzoncillos.

Tess lo contemplaba extasiada, deteniéndose en el contorno firme de sus muslos y su abdomen, en la fuerza de sus hombros y su pecho.

Su piel parecía de bronce a la luz parpadeante de las llamas, y su claridad contrastaba con el tono oscuro del vello rizado que le surcaba el vientre hasta acabar en una espesa nube bajo la cintura. Su virilidad era absoluta.

—Te toca —dijo Jack suavemente.

Tess notó una oleada de calor en las mejillas mientras empezaba a desabrocharse los botones con dedos indecisos. Titubeó ligeramente.

—¿Qué sucede? —preguntó él muy serio-. ¿Has cambiado de opinión?

—No —respondió ella. Luego respiró hondo-. Para serte franca, estaba pensando en que no tengo el vientre precisamente plano tras el embarazo.

La expresión de Jack varió al instante. Se acercó a Tess, le desabrochó los tejanos y, tras sacarle la camisa, introdujo las manos por debajo de la tela. Le acarició la suave curva del vientre.

—Eres perfecta —susurró mirándola fijamente—. ¿Entendido?

Tess tomó aliento mientras los dedos de Jack recorrían su anatomía de mujer.

—Sí.

—Bien -subió las manos y las deslizó sobre sus senos. Esta vez, fue él quien tomó aliento-. ¿Y tu sujetador?

—Me lo quité para ducharme.

Jack abarcó la prominencia firme y suave de ambos pechos con las palmas de las manos. Inclinó la cabeza y pasó la punta de la lengua por uno de los enhiestos pezones. Luego se lo introdujo en la boca y lo chupó a través de la tela.

Tess sintió como si fuera a explotar de un momento a otro.

—¡Oh, Jack! —arqueé la espalda, notando cómo la sensación de calor que sentía en el vientre se convertía a una oleada de placer tan intenso que rozaba lo doloroso. Le acarició la espalda con ambas manos, notando la tersura de la piel sobre los poderosos músculos. Resultaba tremendamente erótico ser desvestida mientras Jack estaba ya desnudo, sobre todo porque la aterciopelada contundencia de su sexo se restregaba contra su vientre. Excitada por las caricias y los besos de Jack, Tess bajó la mano y palpó la sedosa excitación masculina.

Él levantó la cabeza rápidamente.

—No —susurró, tomándole la mano y retirándola—. Yo ya estoy más que preparado.

—Lo mismo digo —respondió ella con aliento entrecortado.

—Entonces, vamos a quitarte toda esa ropa —respaldando dichas palabras con actos, Jack le desabrochó los últimos botones de la camisa y se la quitó. Retrocedió un poco, y observó con el semblante tenso a causa del deseo la plena envergadura de sus excitados senos. Alargó la

mano y palpó con el dedo índice uno de los pezones.

Tess se estremeció.

Igual que Jack.

—Quítate los pantalones —musitó con voz ronca. El sonido de la cremallera rompió el súbito silencio. Tess se bajó los pantalones vaqueros hasta las rodillas y luego los dejó caer en el suelo. Tras apartarlos con el pie, se enderezó. El corazón le latía desaforadamente a causa de la aprensión, la excitación y la timidez que sentía.

Jack dejó escapar un jadeo.

—¿Tampoco llevas bragas? —recorrió con la mirada la esbelta silueta de sus piernas, respirando casi con dificultad. Tess negó con la cabeza y él añadió con voz suave y sibilante—: Menos mal que no lo he sabido hasta ahora...

La atrajo hacía sí y se tumbaron en el edredón, contemplándose mutuamente. La piel de Jack desprendía un calor intenso. Sus dedos casi quemaban mientras se ponía boca arriba y colocaba a Tess a horcajadas sobre sus muslos. Le rodeó el cuello con los dedos y la guió hasta su boca. Sus lenguas se enredaron, y Tess gimió a causa del calor que experimentaba entre los muslos, donde el excitado sexo de Jack latía contra el centro de su feminidad. Con un suspiro ronco, empezó a agitarse mientras él la acariciaba.., por todas partes.

Tess se sentía salvaje, ardiente, fuera de control. Igual que Jack. Le acarició ávidamente las nalgas y luego la tumbó boca arriba.

—¿Estás preparada? —preguntó mientras se colocaba encima de ella.

—Sí.

Hubo una pausa momentánea mientras él sacaba un preservativo y luego volvía a echarse sobre Tess. Bajó la mano para guiarse, y ella notó la increíble presión conforme Jack alzaba los hombros y hundía las caderas. Muy lentamente, fue deslizándose en su interior.

Contuvo el aliento y ladeó las caderas mientras él empujaba.

—Oh.

Jack se detuvo.

—¿Te hago daño?

—Oh, no —Tess había esperado sentir alguna molestia, pero, en lugar de eso, experimentó una cálida oleada de puro placer tan intenso, que se estremeció sin poder evitarlo. Le pasó las manos por las caderas y se aferró a su espalda—. Más. Deseo más.

Jack tembló, incapaz de contenerse por más tiempo. Empezó a empujar, con lentitud al principio, aumentando paulatinamente el ritmo de sus embestidas.

Respirando con fuerza, agaché la cabeza y fundió su boca con la de ella.

Tess empezó a saborear antes el placer del éxtasis. Una presión

cálida que se iba concentrando más y más con cada arremetida del cuerpo de Jack. Se arqueó, presa del deseo.

—Sí, Jack, así, así...

—Maldita sea, Tess, no te muevas de esa forma...

Ella notó que la espalda de Jack se tensaba de pronto y todo un mundo de sensaciones pareció concentrarse en un único punto sensitivo. Se apretó contra él y trazó movimientos circulares con las caderas. Ambos estallaron, desbordados por una abrumadora ola de placer.

—Sí. Oh, Jack... No te pares... no te pares... —Tess lo rodeó con los brazos, y juntos descendieron desde la cumbre del éxtasis.

No cenaron hasta después de las diez. El asado se había quemado completamente, así que comieron bocadillos sentados frente a la chimenea.

Mientras cenaban, charlaron animadamente de temas varios. Cuando hubieron terminado, apartaron los platos y permanecieron sentados juntos, contemplando el fuego.

A Jack le sorprendió lo cómodo que resultaba el silencio en compañía de Tess. Sin poder evitarlo, recordó su matrimonio. Durante el primer año, cuando Elise y él aún se llevaban bien, no habían sido capaces de disfrutar juntos del silencio. Cuando acababan de hacer el amor, por ejemplo, cada uno iba a lo suyo, sin compartir aquellos momentos tan importantes.

Miró a Tess. Parecía sentirse muy cómoda, con las piernas estiradas ante la chimenea. Sólo llevaba encima su camisa.

—¿Y tu blusa? —le pregunto.

—Está por ahí tirada —respondió Tess—. Pero prefiero tu camisa.

— ¿Por qué?

Ella se acercó y le rozó la oreja con la nariz.

—Porque huele a ti.

La sencillez de la respuesta lo cautivó. Sin saber muy bien qué pretendía, se giró hacia ella.

—¿Lo amabas? —preguntó, asombrándose a sí mismo.

Tess lo miró sorprendida.

-¿A quién?

—Al padre de Nicki —no sabía por qué ese detalle le parecía de repente tan importante. Simplemente, se lo parecía.

Tess lo miró a los ojos.

—Sí. Era mi mejor amigo. No hay día en que no lo eche de menos.

—Comprendo —Jack sintió cierta rigidez en el estómago. Intentó convencerse de que aquello no tenía nada que ver con los celos.

Pero Tess pareció darse cuenta.

—Mi relación con Gray no era igual que la nuestra —explicó suavemente—. Entre nosotros no había pasión. Eramos amigos —volvió

a decir.

—Pero has tenido una hija suya.

—Sólo estuvimos juntos una vez. Acababan de diagnosticarle el tumor, y los dos estábamos destrozados... Las cosas se nos fueron de las manos. Pero no me arrepiento. En absoluto. Sólo lamento que muriese sin saber que yo estaba embarazada.

Jack percibió la ternura que se reflejaba en su rostro mientras hablaba de aquel hombre. Por alguna razón, tuvo que apartar la mirada.

—Entiendo.

—¿Y tú? ¿Amabas a tu esposa?

El se encogió de hombros.

—Supongo que, al principio, sí. No suelo pensar mucho en ello —la miró de un modo que dejó totalmente claro que aquel tema de conversación quedaba zanjado.

Ella captó el mensaje.

Hubo un largo silencio, algo más incómodo que el que habían saboreado momentos antes.

—Bueno, ¿qué ha dicho el hombre del tiempo?—inquirió Tess al fin.

Agradeciendo el cambio de tema, Jack se acordé con tristeza de las noticias que había escuchado.

—Parece que subirá la temperatura y que los vientos van a cesar.

—¿Eso significa que vendrán a despejar el camino?

Jack asintió.

—Podremos salir del rancho el viernes, corno muy tarde.

Ella se quedó callada.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó por fin—. Puedo quedarme en un motel hasta que mi abuela regrese.

Jack notó que el estómago le daba un vuelco.

—¿Es eso lo que deseas?

—No.

—Entonces, no te irás. La pequeña se ha habituado al rancho. ¿Para qué trastornarla con un cambio de entorno? Ya tendrá que pasar por eso cuando Mary vuelva.

Por una vez, las emociones que se reflejaban en los ojos negros de Tess eran indescifrables.

—De acuerdo -dijo lentamente—. Por el bien de la niña... me quedaré —se levantó con brusquedad y empezó a recoger los platos-. Sin embargo, quisiera ir a la ciudad. Necesito hacer ciertas gestiones. Y hay que llevar a Nicki al pediatra.

—Tú también necesitas que te vea un médico—señaló Jack—. Creo que podremos ir a Gillette a finales de semana.

—Oh, no —repuso Tess en tono tajante—. Con que vayamos a

Gweneth será suficiente.

Jack la miró, luchando por conservar una expresión serena. El último sitio al que deseaba llevarla era a la misma localidad en la que Elise había pasado su embarazo. Las habladurías cundirían como la pólvora.

—Gillette es más grande. Tiene más médicos.

—Está demasiado lejos. Además, quiero que me vea el doctor Isaacs. Aún ejerce, ¿no?

—Sí, pero...

—Bien —Tess llevó los platos a la encimera—. No hay más que hablar.

Jack abrió la boca para expresar su desacuerdo, pero la cerró. No conseguiría nada discutiendo. Por el bien de Tess, irían a Gillette.

Tess caminó lentamente hacia el edredón. Jack notó que volvía a excitarse al ver sus esbeltas piernas desnudas. Pensar que no llevaba nada debajo de la camisa contribuía a aumentar su excitación.

Ella se inclinó y le tendió la mano.

—Ven. Vamos arriba. Ha sido un día muy largo. Jack se puso en pie. Hacer el amor era una cosa, y dormir juntos otra muy distinta, se dijo, mientras imaginaba cómo sería despertarse con ella entre los brazos, sentir la suavidad de su cuerpo durante toda la noche...

Negó con la cabeza.

—No creo que sea buena idea.

—Por favor —suplicó Tess sin dejar de mirarlo—. No quiero dormir sin ti —añadió suavemente.

Jack reparó en que su aroma había cambiado. Hacía cuatro horas, olía a jabón y a polvos de talco. Ahora, desprendía el aroma dulce y acre del sexo.

Un aroma que se introdujo en su mente como un poderoso afrodisíaco.

Bueno, ¿por qué no?, pensó Jack. Sólo serían unos días. ¿Qué daño podía hacerles?

—Está bien.

En el fondo, sabía que era un error.

Pero, a pesar de todo, la acompañó.

—¿Y bien? —Jack abrió la portezuela del pasajero, con sus enormes ojos verdes clavados en Tess mientras permanecían de pie en el pequeño aparcamiento cercano a la consulta del doctor Isaacs—. ¿Qué te ha dicho? —alargó los brazos y tomó sin esfuerzo a la pequeña.

Tess observó cómo su expresión se suavizaba mientras miraba a Nicki, que empezó a agitar con entusiasmo las manitas en cuanto oyó la voz de Jack.

—Ha dicho que hace tres años que no acudes a hacerte la revisión anual —Tess se agachó para ver cómo Jack aseguraba el canasto de

Nicki al asiento—. Y que deberías ser más sociable.

—Tess.

—También ha dicho que Nicki está perfectamente. Va a ocuparse de las gestiones necesarias para extender un certificado de nacimiento. Por cierto, ha comentado que, ya que hiciste tan buen trabajo ayudándome a dar a luz, va a recomendarte como matrona de urgencias.

—Estupendo —murmuró Jack. Retrocedió un paso y se enderezó—. ¿Y a ti? ¿Te ha encontrado bien?

Tess le sostuvo la mirada sonriendo.

—Ya te lo dije. Me recupero rápido.

—Bien.

—Sí —su sonrisa se ensanchó—. Estoy muy contenta.

Jack se hizo a un lado y le indicó con un gesto que subiera en la camioneta. Antes de cerrar la portezuela se agachó para darle un fuerte beso en la boca.

Mientras Jack rodeaba la camioneta, Tess observó cómo el sol arrancaba destellos en su cabello negro, y se preguntó si alguna vez llegaría a comprender a aquel hombre. Empezaba a dudarlo.

Sabía que no había querido ir a Gweneth. Durante todo el trayecto había insistido en que Gillette sería más adecuado. Finalmente, había dado su brazo a torcer, reconociendo muy a su pesar que Gweneth estaba más cerca, y que el doctor Isaacs era un excelente profesional.

De no ser por el beso que acababa de darle, Tess hubiera sospechado que no deseaba que lo vieran con ella.

—¿Te ha dicho algo más el médico? —preguntó Jack cuando hubo ocupado su asiento.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, estuvimos hablando de su hijo, Mike, que ejerce como veterinario en Cody. Y de la yegua que adiestraste para su esposa. Charlamos del rancho, de la gente que se ha ido...

—Supongo que le sorprendería saber que has venido conmigo —dijo Jack mientras se ajustaba el cinturón de seguridad.

—Al principio, sí. Un poco. Pero luego pareció alegrarse. Dijo que lo habías pasado muy mal, y que merecías ser feliz.

—Muy amable por su parte.

En silencio, Tess miró por la ventanilla mientras cruzaban el pueblo.

—¿Y bien? —preguntó Jack mientras se detenían en el único semáforo de Gweneth—. ¿Sigue siendo como lo recordabas?

Ella giró la cabeza y asintió, contemplando las fachadas de las pequeñas tiendas. En el pueblo había un banco, una gasolinera, una barbería, tres tabernas y dos cafeterías.

—Creo que sí. Aunque me parece que el videoclub es nuevo —sonrió—. ¿Adónde vamos ahora?

—A casa.

Tess se volvió para mirarlo.

—¿Disculpa?

—Ya te ha visto el médico. ¿Qué nos queda por hacer?

—Almorzar, por ejemplo.

—Tenemos los bocadillos que preparaste por si teníamos algún problema con la camioneta. He pensado que podemos parar en el área de descanso de Madeline Butte y comérnoslos allí.

—Pues piénsatelo mejor. Llevo un mes entero comiendo comida casera. Me gustaría ir a Mabel's. El doctor Isaacs me ha comentado que aún tiene abierto el negocio. Y soñé con su tarta de chocolate durante los nueve meses de embarazo.

—Pero conviene que nos pongamos en camino cuanto antes.

Tess entrecerró los ojos.

—Aún es temprano. No tardaremos mucho. ¿Por favor?

—No.

Ella exhaló un suspiro.

—De acuerdo. Pero si empeoro, tú tendrás la culpa.

Jack permaneció callado unos instantes.

—¿De qué hablas? —preguntó al fin.

—El médico dice que tengo un poco de anemia—a problemas desesperados, soluciones desesperadas, se dijo Tess. Además, se trataba de una pequeña mentira piadosa.

—¿No dijiste que te encontrabas perfectamente?

—Y es cierto. Pero no debo perder comidas. Ya hace varias horas que desayuné, y estamos a cuarenta minutos de Madeline Butte.

—Pues tómate un bocadillo.

—Comer en el coche me da náuseas —Tess tuvo que morderse el labio inferior para no estallar en carcajadas.

Jack respiró hondo y luego soltó el aire lentamente.

—Muy bien, iremos á Mabel's.

Cuando cambió el semáforo, pisó el acelerador y enfiló calle arriba. Llegaron a la cafetería, frente a la cual había una hilera de camionetas, y aparcaron en uno de los estacionamientos.

Varias personas alzaron la vista al verlos entrar, y unos cuantos hombres saludaron a Jack inclinando la cabeza mientras se dirigían hacia una de las mesas situadas junto a la pared. Un leve murmullo pareció circular tras ellos, pero cesó en cuanto se hubieron sentado. Tess se dijo que había sido cosa de su imaginación.

Pero la tensión que mostraba Jack sugería lo contrario. Estaba tan rígido, que fue un milagro que pudiera doblar las piernas para sentarse.

Enseguida apareció la camarera, una mujer menuda que rondaría los cincuenta. Llevaba una chapa con el nombre de Betty. Tess no la había visto nunca, pero era evidente que la mujer conocía a Jack.

—Caramba, señor Sheridan -dijo en tono alegre—, hacía siglos que

no le veía —con ojos llenos de curiosidad, miró a Tess y a la niña—. ¿Quiénes son estas señoritas tan guapas?

Tess esperó a que Jack hiciera las presentaciones pertinentes. Pero se limitó a mirar el menú y dijo en tono gélido:

—Unas amigas. De entrada, quisiéramos un par de cafés. Yo tomaré un filete de pollo, y la señorita...

—Una hamburguesa con queso —dijo Tess, mirándolo sorprendida por su falta de cortesía.

Betty asintió. Abrió la boca para decir algo, pero tuvo que alejarse a toda prisa al oír el tintineo de una campanilla procedente de la cocina.

—Jack...

El la miró con severidad.

—No empecemos, ¿de acuerdo, Tess?

Puesto que no deseaba montar una escena, ella asintió y lo dejó estar.

La comida transcurrió en medio de un silencio total. Cuando Betty regresó para retirar los platos, Tess casi se alegró de verla.

—¿Desean algo más? —preguntó la camarera.

—Sí —respondió Tess.

—No —dijo Jack al mismo tiempo.

La camarera se echó a reír.

—¿Quieren ponerse de acuerdo?

—Me gustaría tomar un trozo de tarta de chocolate -dijo Tess, retando a Jack con la mirada—. A propósito, ¿está Mabel en su despacho, por casualidad?

—No. Hoy libra.

—Qué lástima —respondió Tess decepcionada.

—Qué niñita tan preciosa —comentó Betty fijándose en la pequeña. Luego miró aJack y a Tess—.¿Seguro que ustedes dos son sólo amigos? Porque debo decirle que la cría se parece mucho a usted, señor Sheridan.

—Está usted equivocada -contestó Jack fríamente, con expresión indescifrable.

—Si usted lo dice. Traeré la porción de tarta en un santiamén.

Consciente de la tensión que evidenciaba Jack, Tess se comió la tarta a toda prisa. En cuanto hubo terminado, él dejó en la mesa el importe de la factura, agarró la canastita de Nicki y se puso de pie.

—Vámonos.

Extrañada e irritada por su conducta, Tess lo siguió hasta la camioneta. Sólo cuando estuvieron dentro, se volvió hacia él y le dijo:

—Muy bien. ¿Quieres decirme qué mosca te ha picado?

Jack se encogió de hombros y puso en marcha el motor.

—No me gustan los restaurantes. Hay demasiada gente.

—¿De veras? ¿O me estás pasando factura por haberme negado a ir

a Gillette?

—En absoluto.

—En ese caso, no te importará que nos lleguemos a Marden's.

—Maldita sea, Tess...

—Mira, Jack -dijo ella en tono razonable—, necesito ropa interior nueva. Destrozaste las últimas braguitas que me quedaban anoche, y...

—Está bien —accedió él. Dio marcha atrás, condujo hasta el final de la calle, dio la vuelta y aparcó frente a la tienda de ropa. Luego puso el freno de mano y apagó el motor—. Adelante, ve. Yo te esperaré aquí con la niña.

—No tardaré más de media hora -dijo Tess, desconcertada por su conducta.

—De acuerdo. ¿Tess? —la llamó cuando ella se disponía a abrir la portezuela.

Tess se volvió y lo miró con ojos inquisitivos.

Jack se inclinó, le colocó la mano detrás de la nuca y la atrajo hacia sí para besarla. Ella contuvo la respiración. Percibió su calor, su ansia, su necesidad. Cuando, al cabo de largos momentos, se separó de ella, Tess se sentía débil como un gatito. Los ojos verdes de Jack brillaron, rebosantes de deseo.

—No tardes mucho.

Ella se aclaró la garganta.

—No tardaré —con las rodillas aún temblorosas, se apeó de la camioneta.

Marden's, la tienda de ropa, no había cambiado mucho en los últimos diez años, pensó Tess con nostalgia. Consciente del poco tiempo del que disponía, echó un rápido vistazo en la sección de caballeros, escogió unas cuantas prendas para Nicki en la sección infantil y luego se dirigió a la sección de ropa de señora. Seleccionó un par de tejanos, dos camisetas y un jersey color morado. Tras completar su selección con dos sujetadores y un salto de cama negro, se dirigió a la caja.

—Hola —la saludó amablemente la cajera, que tendría más o menos su misma edad—. ¿Ha encontrado todo lo que necesitaba? —preguntó mientras marcaba el precio del primer artículo.

—Sí, gracias.

—¿Es usted nueva en Gweneth?

—En realidad, no. Me crié a unos cien kilómetros de aquí.

Los dedos de la cajera revoloteaban sobre las teclas de la caja registradora conforme iba repasando los artículos.

—Parece que ha venido para algo más que una visita.

—Tal vez. Me llamo Tess Danielson. Mi abuela es la propietaria del Double D.

—Sí, conozco a la señora Mary. Soy Carole Marden.

Tess trató de hacer memoria.

—Entonces, debe de ser… ¿esposa de Jeff? Fuimos al instituto juntos —explicó.

—Qué bien —la mujer esbozó una radiante sonrisa—. Llevamos ocho años casados. Sus padres se jubilaron así que ahora nosotros nos encargamos de la tienda —añadió innecesariamente.

En ese momento, sonó la campanilla de la puerta. Ambas se giraron y vieron entrar a un par de quinceañera que hablaban y soltaban risitas animadamente.

—Hola, señora Marden —saludaron antes de ponerse a mirar con disimulo por el cristal del escaparate.

—Te digo que es él, Elsa —comentó la más alta, una pelirroja de aspecto remilgado-. Lo vi la primavera pasada en el rodeo de beneficencia. ¿De quién será el bebé?

—No sé, pero seguro que no es suyo —respondió su amiga, una rubia más bien apretada—. Mi madre dice que quedó destrozado cuando su mujer lo abandonó al poco de nacer su hijo. Por lo visto, vive amargado desde entonces.

Tess siguió la dirección en que miraban las adolescentes. Notó un nudo en el pecho al comprobar que la única persona a la vista era Jack. Estaba sentado en la camioneta, con Nicki en el regazo.

La pelirroja se encogió de hombros.

—Pues, según mi madre, fue una desgracia que dejase el crío en manos de esa pécora. Ningún juez, en todo Wyoming, le hubiera concedido la custodia. Al fin y al cabo, se lió con el mismísimo hermano de su marido.

La otra chica dio un resoplido poco elegante.

—Mi madre dice que él tuvo la culpa. Que seguro que le faltan agallas. Un hombre de verdad hubiera luchado por su hijo.

Tess permanecía inmóvil, estupefacta por lo que estaba oyendo. De repente, comprendió por qué Jack se había mostrado tan reacio a ir a Gweneth. Crispó los puños, reprimiendo el deseo de decirle a la pelirroja que su madre no reconocería a un hombre de verdad aunque lo encontrase desnudo en su cama. Nada conseguiría con ello. Ni cambiaría el hecho de que el hermano de Jack había sido… el «otro». Pensó en lo receloso y solitario que Jack parecía a veces. Ahora entendía por qué. Había sido víctima de una traición inconcebible.

«Oh, Dios mío, Jack. Lo siento mucho.»

Carole Marden ordenó a las quinceañeras que se alejaran del escaparate y se dejaran de chismorreos.

—Siento que haya tenido que oír todo eso —le dijo a Tess mientras guardaba en bolsas la ropa—. Si se crió aquí, ya sabrá hasta qué punto la gente adora los cotilleos —miró en dirección a Jack y chasqueó la lengua—. Pobre hombre. Es una lástima que…

Tess tardó un momento en asimilar las palabras de la mujer. Alzó la cabeza bruscamente.

—¿Cómo ha dicho?

—Oh, que es una lástima cómo le arruinaron la vida a ese pobre hombre...

Tess entornó los ojos.

—Perdone, pero Jack Sheridan no es un «pobre hombre». Y su vida no está arruinada, créame —logró esbozar una sonrisa cargada de intención—. Lo sé muy bien, porque vivo con el.

—Oh —la mujer abrió los ojos de par en par—. Lo siento... No era mi intención...

Se produjo un incómodo silencio que Tess no intentó suavizar.

—¿Cuánto le debo? —preguntó al tiempo que sacaba el monedero.

La mujer se volvió hacia la caja registradora con evidente alivio.

—Trescientos ochenta y seis dólares.

Tess le entregó el dinero y recogió el cambio.

—Gracias. Y salude a Jeff de mi parte.

—Lo... lo haré.

Tess apenas la oyó mientras agarraba las bolsas y se dirigía hacia la camioneta.

Tess estaba muy callada.

Jack la miró por el rabillo del ojo. Se había dado cuenta de que algo iba mal desde el momento en que la vio salir de Marden's. Su mandíbula tensa y sus rápidas zancadas denotaban una gran agitación. Al igual que la forma brusca en que abrió la portezuela, arrojó las bolsas en la parte trasera de la furgoneta y se sentó rígidamente junto a él.

—Quiero que volvamos a casa —se había limitado a decir.

Desde entonces, apenas había abierto la boca. Y de eso hacía ya casi una hora.

Jack puso el intermitente y aminoró la velocidad para tomar un desvío. Tras ellos, el débil sol del invierno comenzaba a descender sobre las Bighorn Mountains, que se extendían en el horizonte como una cortina de bordes irregulares. A ambos lados de la carretera, el terreno semejaba un mar cubierto de nieve. A pesar de que la camioneta tenía tracción a las cuatro ruedas, el trayecto sería difícil. Sin embargo, Jack no lograba concentrarse en la conducción. Sólo pensaba en Tess... y se preguntaba si sabría algo.

«Desde luego. ¿Qué te crees? ¿Que no deja de mirar por la ventanilla, con expresión ausente, porque está enamorada de las vistas?»

El estómago le dio un vuelco. De acuerdo. ¿Y qué si sabía algo? ¿Qué demonios importaba? No la necesitaba, ni nada por el estilo. Seguiría viviendo igual que había vivido antes de que ella irrumpiera

en su vida.

Sólo se sentía disgustado porque, seguramente, ya no volvería a disfrutar más del sexo con ella. Sí, sería por eso.

<¿Por qué no lo admites de una vez, Sheridan? Odiarías que Tess se enterase de que no fuiste lo bastante hombre para satisfacer a tu mujer. O de que te traicionó tu propio hermano. O de que renunciaste a tu hijo sin luchar.»

Debió suponer que Tess acabaría enterándose, tarde o temprano. Ir a Gweneth había supuesto un enorme riesgo.

Jack suspiró y trató de convencerse de que aquello sería lo mejor para ambos, a la larga. Más valía cortar de raíz, antes de que las cosas fueran más lejos, y que cada cual siguiera su camino...

—¿Jack?

Estaba tan absorto en sus pensamientos, que tardó unos segundos en darse cuenta de que Tess le había hablado.

—¿Qué?

—El hombre con el que tu ex mujer está casada ahora... ¿es tu hermano?

Aunque estaba preparado, aquella pregunta tan directa le sentó como un derechazo en el vientre. Crispó las manos sobre el volante, luchando por dominar sus emociones.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie. Oí que unas personas lo comentaban. ¿Es cierto?

Jack mantuvo la vista al frente.

—Sí.

Tess dejó escapar un largo suspiro.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y por qué iba a decirlo? No es algo de lo que me sienta muy orgulloso.

—Pero, Jack...

—No quiero hablar de ello.

—¿De veras? -ella lo miró sin disimular su asombro-. Bueno, pues yo sí.

—No. Dejémoslo.

Tess probó una táctica diferente.

—¿Tienes idea de lo que comenta la gente?

El se encogió de hombros.

—Claro. Pero me trae sin cuidado.

—Entonces, ¿por qué te has pasado el día entero sentado en la camioneta, evitando a la gente de Gweneth? —él se quedó callado-. ¿Por qué, Jack?

—No tiene importancia —por el rabillo del ojo, Jack vio cómo el tono rosado de las mejillas de Tess se intensificaba.

—Pues menos mal. Porque tampoco te importará que le haya dicho

a Carole Marden que vivimos juntos.

—¿Qué? —Jack giró bruscamente la cabeza para mirarla, y la camioneta casi se salió de la carretera—. ¿Por qué diablos le has dicho eso?

—Dijo que eras un pobre hombre. Que tu esposa te había destrozado la vida. Me sentí furiosa.

—Quizá debiste haberla escuchado.

—¿Por qué? Creo que ya son demasiadas las personas que se compadecen de ti.

Aquel comentario puso punto final a la discusión. Al menos, por lo que a Jack respectaba. Aparcó la camioneta enfrente del cobertizo, apagó el motor, abrió la portezuela y salió.

-—¿Adónde crees que vas? —le preguntó Tess.

—Tengo cosas que hacer.

—Pero...

Molesta por el ruido de las voces, Nicki empezó a quejarse.

—Será mejor que te ocupes de tu hija —dijo Jack. Cerró la portezuela y se alejó.

Tess se dijo que no le importaba que Jack se hubiera retirado al cobertizo. Después de todo, un cobertizo era el lugar más apropiado para un hombre ciego como un murciélago y terco como una mula. Por ella, podía quedarse allí hasta el fin de los tiempos.

Estuvo tres horas repitiéndose todo eso y mucho más, murmurando entre dientes mientras guardaba las compras y cenaba, mientras bañaba a la niña y le daba de comer.

No dejó de repetírselo mientras permanecía de pie en la oscuridad, mirando por la ventana hacia el cobertizo.

El problema era que parte de ella no lo creía.

Se trataba de la misma parte que insistía en acordarse del beso desesperado que Jack le había dado ante las puertas de Marden's. Del modo en que crispó los puños sobre el volante cuando le preguntó acerca de su ex esposa y su hermano. Y de la terquedad con que había rehusado hablar del asunto.

Si no lo conociera, pensaría que se sentía avergonzado.

Pero, ¿por qué?

«Por amor de Dios, Tess. Piénsalo. ¿Cómo te sentirías si te hubiera ocurrido a ti?»

Se sentiría dolida, por supuesto. Traicionada, enojada y decidida a no cometer nunca más el mismo error.

Y, si el daño se hacía demasiado profundo, llegaría a dudar de sí misma. A preguntarse por qué se merecía semejante destino. Llegaría a aislarse, a jurar que jamás volvería a importarle... nada.

Pero, ¿y el niño? Por más que lo intentaba, Tess no podía imaginar al Jack que conocía como un hombre capaz de darle la espalda a su

hijo, por destrozado que estuviese. Se mostraba tan tierno con Nicki, y las había ayudado tanto a ambas, pese a ser unas desconocidas para él...

Tess suspiró. El último vestigio de la rabia que había sentido acabó desvaneciéndose.

No siguió preguntándose silo amaba. Estaba segura de amarlo. Lo sabía. Pero eso de nada serviría si Jack se negaba a hablar con ella.

En ese momento, comprendió lo que debía hacer. Se giró de espaldas a la ventana y cruzó la habitación para echarle un vistazo a Nicki. Tras asegurarse de que la pequeña dormía, no perdió ni un segundo de tiempo. Atravesó el pasillo y bajó las escaleras de dos en dos. Luego se puso las botas y el chaquetón y salió.

En el cielo brillaban la luna llena y un abanico de estrellas. Aunque la temperatura era ahora más suave, casi hacía frío. Se alzó el cuello del chaquetón y se metió las manos en los bolsillos. Conforme caminaba, sus pies hacían crujir la capa de nieve helada. Se detuvo ante las puertas del cobertizo para hacer acopio de valor.

Al cabo de unos instantes, las abrió y entró.

Jack giró bruscamente la cabeza en su direcciónn. Le dirigió una mirada larga, impenetrable. Luego se volvió y siguió almohazando a Obsidian, que estaba atado a una anilla de hierro en la pared.

Tess respiró hondo y se acercó. El caballo alargó el hocico para olfatearla. Al reconocer su olor, se restregó con su brazo hasta que ella le rascó el cuello.

—Creía que ya habrías hecho el equipaje y te habrías ido —dijo Jack.

Tess lo miró. A pesar del frío, tenía la camisa desabrochada y las mangas subidas. Una ligera capa de sudor le cubría la cara y el pecho, y los músculos de los brazos se le destacaban mientras cepillaba el lomo del caballo. No la miró.

Estaba claro que no iba a poner las cosas fáciles. ¿Me estás echando? —preguntó Tess.

El se encogió de hombros.

—Después de lo de hoy, ¿por qué ibas a querer quedarte?

Ella dejó que transcurrieran unos segundos de silencio antes de responder, diciéndose que no tenía nada que perder y mucho que ganar.

—Porque te quiero.

Al oír aquellas palabras se quedó momentáneamente paralizado.

—No lo dices en serio —aunque su voz era firme, la mano con la que cepillaba al caballo empezó a titubearle un poco.

—Lo digo muy en serio —dijo Tess, dando un paso hacia él.

—No —Jack se situó al otro lado del caballo y soltó la cuerda de la anula. Luego hizo girar a Obsidian de forma que Tess tuvo que saltar

hacia atrás para no resultar golpeada por las ancas del animal.

Lo miró con ojos entrecerrados mientras conducía al caballo al establo más alejado.

Luego esperó.

Jack reapareció al cabo de unos minutos. Con rostro impávido, avanzó hacia Tess. Cuando intentó evitarla, ella se colocó ante él de un salto.

—Jack, escúchame. Por favor. Sé que lo que pasaste debió de ser horrible. Y siento mucho que dos personas a las que amabas te traicionaran. Pero, ¿vale la pena que te destroces la vida?

—No lo comprendes.

—Pues explícamelo. Explícame por qué estás tan decidido a vivir solo. Por qué te niegas a seguir adelante con tu vida. Por qué le has dado la espalda a tu propio hijo. ¡No lo comprendo! ¿Amabas tanto a tu ex esposa que no has podido superarlo?

—¡Diablos, no!

—¿Entonces?

—¿No te parece suficiente que no fuese lo bastante hombre para satisfacer a mi mujer? ¿Ni lo bastante listo como para darme cuenta de que me engañaban en mi propia casa?

—No.

—Pues a ver qué te parece esto. ¡Mi hijo no es mío, ni lo fue nunca! —la miró fijamente, con expresión desafiante—. ¿Tienes ya la explicación que buscabas?

—¿Estás seguro de lo que has dicho? —aunque lo preguntara, Tess conocía la respuesta. Ahora entendía muchas de las cosas que antes la habían desconcertado.

—Sí. Tengo pruebas médicas que lo demuestran. Ella cerró los ojos.

—Lo siento mucho...

—Ahórratelo. No quiero tu lástima. Tess abrió los ojos bruscamente.

—No es lástima lo que siento por ti... Jack se inclinó sobre ella.

—¡Quiero que me dejes en paz de una maldita vez!

—Pues es una pena, porque no puedo hacer lo que me pides.

—¿Por qué no?

Jack estaba tan cerca que Tess podía ver cómo el denso color verde de sus iris se expandía al contraerse sus pupilas. Era como estar mirando de cerca un tigre.

—Ya te lo dicho. Te quiero.

Jack meneó la cabeza tercamente.

—No lo dices de verdad. Es imposible. ¿No me has escuchado...?

—Sí. Pero eres tú el que no comprende. El pasado quedó atrás. Por aquel entonces, no tenías opción. Pero ahora sí la tienes. Debes decidir si deseas dejar el pasado atrás y seguir adelante con tu vida.., o no.

—Maldita sea, Tess...

Ella le colocó los dedos en los labios.

—Puedes maldecir todo lo que quieras pero así no lograrás cambiar nada. ¿Por qué no me besas y haces que los dos nos sintamos felices?

Jack la estrechó entre sus fuertes brazos y la besó en la boca. Tess sintió que la inundaba un torbellino de emociones: alivio, gozo, ternura... Se apretó contra él, con el pulso acelerado a medida que una oleada de calor estallaba en su interior.

Él buscó su lengua, y ella gimió pidiendo más, Jack le separó las piernas ciñéndose a su cuerpo hasta el extremo en que podía ceñirse sin penetrarla.

Tess notó un hormigueo casi doloroso en el bajo vientre. Con un sollozo de ansiedad, enredó las manos en su cabello y le mordisqueó el labio inferior, tratando de expresar toda su necesidad.

Jack jadeó. Sabía que debía parar, pero no deseaba hacerlo. El contacto de Tess, su sabor, los sonidos profundos que emitía..., lo excitaban. Igual que sus caricias. Le retiró las manos del cabello para deslizarlas por sus brazos, para explorar sus pezones y masajearle el recio vientre. Jack se estremeció, desbordado por las intensas sensaciones.

—Tess, no puedo... Tienes que parar, o te poseeré aquí mismo.

—Por amor de Dios, sí.

Jamás había deseado a ninguna mujer como deseaba a Tess. Con un leve jadeo, alargó las manos, le desabrochó los pantalones y se los bajó. Luego hizo lo propio con los suyos.

Hizo ademán de abrazarla, pero ella lo detuvo.

—Espera.

Agarrada a su antebrazo para no perder el equilibrio, Tess se quitó las botas y se sacó los pantalones.

Al ver sus esbeltas piernas y sus torneadas nalgas desnudas, Jack se sintió incapaz de esperar ni un segundo más. Le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.

Tess le echó los brazos al cuello y se puso de puntillas para besarlo. Luego, Jack flexionó las rodillas para penetrarla, sin retirar de ella la mirada. Vio cómo sus ojos se ensanchaban, cómo le latían cada vez más rápido las venas del cuello, cómo bajaba las pestañas.

—Oh, sí —murmuró Tess casi sin poder respirar.

—Mírame —le pidió Jack, apretando los dientes para no perder el control mientras sentía cómo la cálida humedad de ella se cerraba en torno a él.

Tess abrió los ojos. Las mejillas se le tiñeron de color mientras Jack regularizaba el ritmo de sus movimientos. Alzó las caderas para animarlo a ir más deprisa.

Los trabajosos sonidos de su respiración llenaron el enorme cobertizo.

Cuando Jack bajó la mano, para acariciar con el pulgar el centro de su deseo, Tess se estremeció.

-Oh, Jack, es demasiado... Demasiado...

El siguió presionando. Durante largos momentos, el cuerpo de ella pareció tensarse, y luego sus músculos internos se contrajeron. Tess tembló y chilló, aferrada a Jack como si fuera su único nexo con el mundo.

Excitado por el placer de ella, él dio rienda suelta a su ansiedad. Notó cómo la presión se hacía mayor, y a continuación lo inundó una efusiva oleada mientras se explotaba dentro de ella, retorciéndose con una sensación tan exquisita que casi resultaba imposible de soportar.

Cuando pudo pensar de nuevo, se dio cuenta de que Tess le estaba acariciando con ternura la espalda.

Levantó la cabeza y la miró.

Tenía la boca húmeda, las mejillas congestionadas y los ojos llenos de satisfacción.

—Hola —le dijo con expresión suave y soñadora. Sorprendido, Jack sintió un cosquilleo en la entrepierna.

—Tess, no hemos debido...

—Chist -ella le pasó una mano por el cabello húmedo. Luego alzó el cuello para posarle un beso en los labios—. Ha sido maravilloso. No lo estropees arrepintiéndote.

Jack trató de decirse que tenía razón. Pero, en el fondo, recordaba todo lo que Tess le había dicho. Y la promesa que se había hecho a sí mismo de no tomarle cariño a nadie.

En el fondo, sabía que estaba metido en un buen lío.

El suave murmullo de la voz de Tess despertó a Jack.

Tardó unos momentos en percatarse de que no estaba en la cama con él. Se dio la vuelta y vio que estaba junto a la cunita de Nicki. Con la oscuridad que reinaba en el dormitorio, apenas era una sombra recortada contra el resplandor difuso de la ventana.

Jack se incorporó, apoyándose en un codo.

—¿Todo va bien?

—Ajá —respondió ella en voz baja—. Acabo de darle de comer a esta señorita tan glotona. Y ahora, mi pequeña se va a dormir, ¿verdad?

Jack recostó la cabeza en la almohada. Resultaba relajante yacer tumbado en la oscuridad, escuchando cómo Tess le hablaba a la pequeña. Lo inundó una sorprendente sensación de paz. Por primera vez, no se sentía extraño estando en la misma habitación y en la misma cama que había compartido con Elise.

No obstante, todo había cambiado. Tanto la habitación como la mujer que ahora la compartía con él.

Él mismo había cambiado. Mientras permanecía tumbado,

experimentó un sentimiento casi desconocido en su pecho. Tardó unos momentos en comprender que dicho sentimiento estaba muy próximo a la... felicidad.

El colchón se agitó cuando Tess volvió a meterse en la cama. Jack alargó el brazo, la atrajo hacia sí y le acarició la espalda. Frunció el ceño al notar que tenía la piel de gallina.

—¿Tienes frío?

—Un poco. Pero junto a ti se me pasará —se acurrucó a su lado, y ambos yacieron en silencio durante un largo espacio de tiempo, cada cual perdido en sus propios pensamientos.

Tess le deslizó la mano por el pecho.

—¿Jack?

-¿Mmm?

—Háblame de ellos.

—¿De quiénes? —preguntó él, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—De Elise y...

—Jared —concluyó Jack, pronunciando en voz alta el nombre de su hermano por primera vez en tres años. Esperaba que el familiar sentimiento de amargura saliera a la superficie, pero no fue así. Para su sorpresa, sólo sintió una suerte de extraña indiferencia.

Pero lo más sorprendente fue descubrir que se sentía preparado para hablar de lo sucedido.

—Jared y yo nos llevábamos muy bien desde pequeños. Yo tenía dos años más que él. Era el hermano mayor, el serio, el responsable... Mientras que Jared, en fin, lograba que la gente se riera con su sola presencia. Íbamos juntos a los rodeos, salíamos con nuestras respectivas chicas, soñábamos con tener un rancho...

Reunimos unos cuantos ahorros y compramos estos terrenos. Al principio, todo fue estupendamente. Trabajábamos a destajo y éramos felices.

Al poco tiempo, conocí a Elise en una subasta de ganado, en Las Vegas. Era una mujer increíble. Cantaba en un espectáculo y era impetuosa y sofisticada. Nunca había conocido a nadie como ella. Nos casamos a los ocho días de conocernos.

Pero las cosas empezaron a ir mal al cabo del año, más o menos. Según Elise, el rancho estaba demasiado aislado. Se quejaba de que yo trabajaba demasiado. De que siempre estaba cansado y no tenía tiempo para hablar con ella. De que nunca la llevaba a la ciudad. De que se aburría, en definitiva. Empezamos a tener discusiones casi a diario, pero yo no estaba dispuesto a darme por vencido. Así que le pedí ayuda a Jared. Cometí el error de sugerirle que saliera con Elise. Que la entretuviera.

Cuando se quedó embarazada, tuve mis sospechas. Al fin y al cabo,

para entonces nuestra vida sexual se había ido al infierno. No obstante, preferí engañarme a mí mismo y actuar como si todo fuera bien. No quise dar importancia al hecho de que Jared me evitara siempre que podía, o de que casi fuera incapaz de mirarme a los ojos. Me convencí de que era normal que Elise quisiera mudarse a otro dormitorio y pasar el último trimestre de embarazo en Gweneth.

Cuando nació Matthew, yo fui el único que se alegró. Tenía a mi hijo. La situación se mantuvo así durante unos meses. Pero un día Elise y Jared se presentaron juntos para decirme que lo sentían mucho, pero se habían enamorado y habían decidido marcharse.

Tess lo estrechó entre sus brazos y Jack le tomó la mano.

—Necesitaban dinero, por supuesto. Y dadas las circunstancias, esperaban que yo fuese razonable y les cediese la parte del rancho correspondiente a Jared —el tono de Jack era de una increíble amargura—. Les respondí que de acuerdo, pero que mi hijo se quedaría conmigo. Fue entonces cuando me contaron el resto. Me negué a creerlo, desde luego. Estaba furioso, indignado. De modo que hicimos las pruebas pertinentes —suspiró al evocar el recuerdo-. El mismo día en que obtuvimos los resultados, vendí todo el ganado y les pasé el dinero. Me juré a mí mismo no caer jamás en el mismo error.

Pero, por alguna razón, la herida no parecía ahora tan dolorosa como lo había sido en el pasado. De hecho, era como si lo que estaba contando le hubiera sucedido a otra persona, hacía mucho tiempo...

—Lo siento mucho —dijo Tess apretándole la mano.

Sus palabras lo devolvieron al presente. Percibió la sinceridad de su voz y pensó que, en muchos aspectos, habían compartido mucho más en unas cuantas semanas que otras parejas en toda una vida.

Aquel pensamiento lo desconcertó. Al igual que lo que le había dicho Tess en el cobertizo acerca de tomar una decisión. Pensó que, ahora que se había sincerado, ella comprendería de una vez el problema.

Pero no fue así. En lugar de seguir hablando, Tess se zafó de sus brazos y se colocó encima de él. Envuelta por la oscuridad, se apretó contra su cuerpo, acercando los senos a su pecho, los muslos a sus caderas.

Jack empezó a sentir otra clase de tensión.

—¿Qué estás haciendo?

—Te daré una pista—respondió ella con suavidad. Lentamente, se inclinó sobre él y empezó a besarlo. Rindió pleitesía a sus sienes, a sus ojos y a sus mejillas antes de besarlo en la boca con una pasión que estremeció a Jack. Alzó la mano para tocarla, pero Tess lo detuvo y le sujetó los brazos a ambos lados de la cabeza. Luego comenzó a explorarlo, trazando un sendero de besos desde su mandíbula hasta cada uno de los hombros. Se detuvo en los pezones y en la ligera

depresión del abdomen.

Con la punta de la lengua fue descendiendo hasta los muslos, notando la sólida textura de sus poderosos músculos.

Cuando Jack empezaba a pensar que no podría resistirlo más, Tess concentró su atención en el centro de su deseo, excitado, para darle la bienvenida. Besó su sólida consistencia con agónica lentitud, sin apresurarse, a pesar de que el deseo la estaba consumiendo. No se detuvo hasta que Jack se aferró al colchón con tanta fuerza que tiró al suelo las sabanas.

Sólo entonces Tess se colocó encima de él y lo recibió dentro de sí. Apoyando ambas manos en su pecho, empezó a moverse, lenta y suavemente al principio, y luego más y más rápido.

Aquella técnica de poco sirvió. Jack se sintió perdido desde que Tess se hubo deslizado sobre su cuerpo. Deseaba que durase, para poder garantizar el placer de ella, pero perdió el control. Respirando entrecortadamente, proyectó las caderas hacia arriba y gritó mientras alcanzaba el clímax con tal intensidad, que sintió como si su cuerpo se volviera del revés. Fue vagamente consciente de que Tess gritaba su nombre al llegar también al éxtasis.

Abrazados en la oscuridad, Jack notó los latidos de Tess contra su pecho. Un profundo sentimiento de posesividad lo embargó.

De momento, Tess era suya.

—Tess. Ven aquí.

Ella frunció el ceño al percibir la urgencia de su voz. Tras dejar apresuradamente la prenda que estaba doblando en la cesta de la ropa, fue hacia la cocina, donde Jack estaba bañando a Nicki.

—¿Qué ocurre? —miró con curiosidad a Jack y a la pequeña, que chapoteaba alegremente en el agua, sujeta entre las manos firmes de Jack. No parecía que pasara nada raro.

—Observa —ignorando el agua que le empapaba la camisa, Jack se inclinó sobre la pequeña bañera—. Eh, cariño. ¿Cómo estás?

La niña se quedó inmóvil y lo miró con atención. Luego sus ojitos se iluminaron como el sol del amanecer y una ancha sonrisa le cruzó el pequeño rostro.

Era imposible no sonreír en respuesta. Y eso hizo Tess, aunque no sabía exactamente a qué se debía tanto revuelo. Al fin y al cabo, Nicki llevaba semanas sonriendo.

Se giró para preguntarle a Jack… y se quedó petrificada. Vio, con asombro, que él también sonreía, sus labios curvados hacia arriba en un gesto que le hacía parecer varios años más joven. Se quedó mirándolo, estupefacta.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nada. Es que… es la primera vez que te veo sonreír.

—Vaya —pareció levemente apurado-. En fin, eso no importa. Se

supone que debes fijarte en Nicki. Me está sonriendo. A mí —añadió innecesariamente.

Tess lo miró durante varios segundos antes de darle una palmadita en el hombro.

—No lo creo. Probablemente, será a causa de los gases.

Jack abrió la boca para protestar, pero se quedó callado al ver que Tess enarcaba una ceja.

—Muy graciosa —respondió en tono sardónico. Ella se sintió embargada por un poderoso sentimiento de ternura. Se acercó a Jack y le enjugó unas gotas de agua que tenía en la barbilla.

—Ya lo sé —dijo. Luego, como si nada hubiera ocurrido, regresó junto a la cesta de la colada y siguió doblando la ropa.

Interiormente, sin embargo, se sentía eufórica. Ya hacía una semana del viaje a Gweneth, y con cada día que pasaba Jack parecía bajar más la guardia. Sin duda, la barrera que había erigido a su alrededor se había agrietado por fin. Se mostraba más tranquilo, más abierto, más dispuesto a compartir sus sentimientos.

Tess deseaba pensar que estaba empezando a olvidar el pasado. Que por fin había decidido mirar hacia el futuro. No obstante, sólo Jack podía tomar una decisión. Por ese motivo, Tess había decidido marcharse cuando llegara la hora. Por duro que resultase, por mucho que le doliera, se atendría a la decisión de Jack, fuese cual fuese.

Mientras tanto, no habría discusiones ni caras largas. Disfrutarían al máximo de cada día, de cada momento. La pérdida de Gray le había enseñado que la vida era demasiado corta como para desperdiciarla con preocupaciones inútiles.

Observó cómo Jack sacaba a la pequeña del agua y la colocaba sobre una toalla, hablándole en tono bajo y confidencial mientras la secaba. Con una suavidad asombrosa, dada la fuerza y la dureza de sus manos, le puso un pañal y la peinó con un pequeño cepillo naranja.

Cuando hubo terminado, alzó a la pequeña para que Tess la viera.

—¿Qué te parece?

Tess echó un vistazo a la pequeña y exclamó:

—¡Jack!

—¿No? —aunque su expresión era solemne, un brillo de picardía iluminaba sus enormes ojos verdes.

Nicki tenía el pelo de punta, formando una pequeña cresta parecida a la del popular Pájaro Loco.

—No —respondió Tess entre risas. Tomó en brazos a la pequeña y la llevó arriba para acostarla, cuando bajó de nuevo, minutos más tarde, Jack seguía en la cocina. Estaba hablando por teléfono. Al oír sus pisadas, se volvió y dijo:

—Es para ti. Mary.

Jack permaneció de pie ante la ventana, escuchando el suave

murmullo de la voz de Tess mientras hablaba con su abuela. Se preguntó por qué tardaría tanto. Su propia conversación con la anciana había sido breve y directa. Mary le había dado las gracias por la hospitalidad que le había dispensado a su nieta, aunque también había dado a entender que ya no era necesaria. Deseaba que Tess y la niña estuviesen en el Double D, con ella.

«Bueno, ése fue el plan desde el principio, ¿no? ¿Por qué de repente deseas otra cosa? ¿Por qué te dan ganas de arrancar el teléfono de la pared?»

Jack cuadró los hombros, evitando pensar en la respuesta. En definitiva, ¿qué importancia tenía que Tess se marchara?

Al fin y al cabo, no era su mujer, ni nada por el estilo.

«Exacto. Sientes por ella mucho más de lo que sentías por Elise.»

Aquella revelación súbita lo dejó paralizado. Trató de negarla, pero le fue imposible.

«Pídele que se quede.»

Claro. Y después, ¿qué? Tess podía acabar cansándose de vivir en un rancho. Además, ¿qué podía ofrecerle, aparte de una casa vacía y un futuro incierto? También debía pensar en Nicki. La pequeña ya había perdido a un padre.

¿Qué derecho tenía a pedirle a Tess que se quedara, cuando no podía prometerle nada?

Jack respiró hondo mientras tomaba una decisión. Lo mejor que podía hacer era dejar que se marchara.

—¿Y bien? —preguntó cuando Tess hubo colgado el teléfono.

Ella se fijó en la expresión sombría de Jack. El corazón le latía a un ritmo irregular, no a causa de la conversación con su abuela, sino porque comprendía que él estaba a punto de comunicarle su decisión.

Trató de mostrarse animada.

—Parece que estos diez años no le han suavizado el carácter. Dice que actúe precipitadamente al venir sin su consentimiento. Y que quedarme en tu casa fue poco menos que amoral —se encogió de hombros-. Por lo visto, se detuvo en Gweneth antes de volver al rancho y oyó ciertos comentarios. No obstante, dice que no tendrá nada de eso en cuenta, pues acabo de darle una bisnieta. Me ha ordenado que haga el equipaje y vaya al Double D sin demora —trató de descifrar la expresión de Jack, pero no sacó nada en claro-. Pero, en general, creo que todo ha ido bien.

«Vamos, Jack. Di algo. Pídeme que me quede. Que vaya sólo a hacerle una visita.»

—¿Cuándo piensas marcharte? —preguntó él fríamente.

Para Tess, la pregunta fue como una puñalada en el corazón. Tragó saliva, y se dijo que no iba a montar una escena que sólo serviría para avergonzarlos a ambos. ¿No había hecho la promesa de atenerse a su

decisión?

Sí. Jack había sido sincero con ella desde el principio. Consiguió esbozar una sonrisa.

—Supongo que cuanto antes mejor. Empezaré a hacer ya el equipaje, y estaré lista para cuando Nicki se despierte.

Jack asintió, aún con aquella expresión indescifrable en el rostro.

—Iré a instalar la canastita en tu coche.

Asombrada, Tess vio cómo se daba la vuelta y salía de la cocina sin decir una sola palabra más. De repente, se sintió como si estuviera sufriendo una horrible pesadilla. Todo parecía suceder demasiado deprisa. Hacía sólo una hora, habían estado riendo y bromeando. Y ahora...

«Ahora, todo se ha acabado. Debes tranquilizarte.»

No tardó mucho tiempo en guardar sus cosas. A pesar de las compras que había hecho en Gweneth, ni ella ni la niña tenían demasiada ropa. Sólo se quedó con una camisa de Jack.

¿Lista?

Tess alzó la mirada. Jack esperaba de pie en el marco de la puerta, como si estuviera ansioso por librarse de ella de una vez. Tenía un aspecto tan fuerte y magnífico como cuando lo vio por primera vez. Pero Tess no distinguía nada en su rostro. Ni un vestigio de arrepentimiento. Ni un asomo de afecto.

Tess asintió y tomó en brazos a la niña. Observó cómo Jack entraba lentamente en la habitación para cargar con la bolsa de viaje y la maleta que le había prestado.

Nicki aún estaba medio dormida. Tess la acurrucó contra su pecho y echó un último vistazo al dormitorio. Recordó lo asustada que se había sentido la primera noche, y cómo Jack estuvo a su lado para confortarla. Pensó en lo mucho que había cambiado su vida durante las últimas semanas.

Respiró hondo y se puso muy recta. Luego se giró y salió por la puerta.

Jack no sabía cuándo se dio cuenta, finalmente, de que había cometido un error. Pero sí sabía dónde se hallaba cuando lo descubrió.

Se hallaba en el cobertizo. Había ido allí a limpiar los establos después de que Tess se marchara.

Tardó cuatro horas en dar de comer a los caballos y barrer el suelo del cobertizo. Cuatro horas de constantes paseos junto al lugar donde Tess y él habían hecho el amor unos días antes. Cuatro horas para rememorar cada detalle de la pasión que habían compartido. Para reflexionar y pensar a qué había renunciado exactamente. Y para oír, con total nitidez, la voz de Tess en su mente:

«Por aquel entonces, no tenías opción. Ahora sí la tienes.»

Trató de ignorar dicho pensamiento. Pero, a medida que pasaban

las horas, empezó a albergar serias dudas. ¿Sería eso cierto? ¿Le correspondía a él tomar una decisión? ¿Y cómo podía confiar en tomar una decisión acertada de cara al futuro, cuando las decisiones que tomó en el pasado siempre tuvieron consecuencias desastrosas?

Diablos. Ni siquiera había tenido el detalle de besar a Tess cuando se marchó, pensó mientras apagaba cansinamente las luces del cobertizo.

Al salir, se detuvo. Ya se había hecho de noche, y la temperatura había descendido considerablemente. Se estremeció al notar la dentellada del frío en su cuerpo empapado de sudor.

Un hombre inteligente habría entrado corriendo en la casa.

Pero él no. Permanecería allí donde estaba. Si el cobertizo estaba lleno de recuerdos, la casa sería aún peor. Sobre todo ahora, que estaba oscura y hacia.

«¿Y qué? Tú tienes la culpa de todo. Sabías que no debías involucrarte sentimentalmente con ella. Pero lo hiciste, y ahora estás pagando el precio.»

Siempre había un precio.

Sólo que esta vez había sido demasiado alto. Aunque intentara convencerse de lo contrario, sabía que su desasosiego no se debía solamente al temor a la soledad. No deseaba estar con cualquier persona, comprendió mientras echaba a andar hacia la casa arrastrando los pies. Deseaba estar con Tess.

Reconocer ese hecho abrió otro agujero en el muro que había erigido en torno a su corazón.

Sin preocuparse de la nieve que tenía en las botas, entró en la cocina y encendió la luz. Echó un vistazo a la habitación fría y vacía. La ropa doblada seguía sobre la mesa. Las toallas que había utilizado para secar a Nicki seguían en la encimera. Pero no había fuego en la chimenea, ni comida en el horno, ni palabras cariñosas de bienvenida.

Por última vez, trató de convencerse de que la marcha de Tess había sido inevitable. Pero, de repente, comprendió que estaba equivocado.

Respiró hondo y permaneció allí de pie, inmóvil, en medio de la cocina.

«Vamos, Sheridan. Admítelo. Simplemente, te asustaste. Preferiste alejarte de ella porque temías un posible rechazo. Lo mismo que has temido durante estos tres años.»

Pero perder a Tess era demasiado doloroso.

De algún modo, ella había logrado que volviera a sentir interés por la vida. No deseaba seguir aferrado al pasado, sino construir un futuro... con Tess y con Nicki a su lado.

Porque... la amaba.

Aquella revelación acabó desmoronando sus últimas defensas.

Lo único que debía preguntarse era, ¿qué iba a hacer ahora que ya

la había expulsado de su vida?

Tess miró por el parabrisas del Cadillac. Entornando los ojos ante los reflejos del sol sobre la nieve, pensó que probablemente se había vuelto loca.

¿Cómo se explicaba, si no, que estuviese conduciendo al romper el alba, por una carretera vecinal en medio de ninguna parte? Al fin y al cabo, todo había ido muy bien en el Double D. Tras unos cuantos tiras y aflojas, su abuela y ella habían hecho las paces. A ello había contribuido el hecho de que ambas coincidieran en que Nicki era la niña más bonita del mundo.

Tess, no obstante, se había sentido triste y apesadumbrada.

Y, curiosamente, había sido la propia Mary quien le había ayudado a ver las cosas con claridad.

Sentada en el enorme sillón de su estudio, la anciana había mirado a Tess y le había dicho:

—Bueno, ¿y durante cuánto tiempo piensas estar así de abatida?

—¿Cómo dices? —Tess constató que, efectivamente, el tiempo no había contribuido a suavizar el carácter de su abuela.

—¿Cómo permitiste que ese tipo, Sheridan, te dejase escapar? Creí que te había enseñado a luchar por lo que quieres, Tessa.

Tess miró a su abuela con ojos entrecerrados y se dijo que la anciana no sabía de qué estaba hablando. Aun así, el comentario había surtido efecto.

«¿Pero qué estoy haciendo?» pensó Tess. «¿He permitido que Jack me deje marchar porque no me atrevo a luchar por lo que quiero?»

Al principio, se negó a creerlo. Pero, en mitad de la noche, comprendió finalmente que su abuela estaba en lo cierto. Y que debía hacer algo para remediar la situación.

Así pues, ahora se dirigía al rancho de Jack para hacer un último intento. Trataría de hacer que Jack comprendiese lo que significaban el uno para el otro. Lo mucho que se necesitaban. Y que la vida era demasiado breve como para malgastarla con lamentaciones.

Se hallaba tan sumida en sus pensamientos, que no vio el ciervo hasta que fue demasiado tarde. El animal, que se alzaba en medio de la carretera, era inmenso.

Tess pisó el freno con excesiva brusquedad. El Cadillac derrapó. Como si se moviera a cámara lenta, se deslizó hacia la derecha, luego hacia la izquierda, atravesó un banco de nieve y descendió por la pendiente hasta que por fin se detuvo.

Tess se aferró con fuerza al volante.

«Diablos», se dijo, con una fuerte sensación de déjá vu. ¿Qué iba a hacer ahora?

Tras sopesar las opciones, llegó a la conclusión de que tendría que caminar. Suspiró y echó un vistazo en torno. Aliviada, vio que el ciervo

no había sufrido daño, y que se alejaba por la colina opuesta.

Meneando la cabeza, Tess se apeó del coche, colocó el bolso debajo del asiento y cerró la portezuela con llave. Luego ascendió por la pendiente hasta llegar a la carretera. Se sacudió la nieve de los zapatos y los pantalones. Debía ofrecer un buen aspecto si quería que alguien parase y accediese a llevarla.

Había recorrido casi un kilómetro, cuando oyó que un vehículo se aproximaba. Protegiéndose los ojos del sol con la mano, echo un vistazo.

Se puso muy rígida. Reconocía aquella camioneta. Era la de Jack. Lo supo en cuanto la vio. La camioneta aminoró la velocidad y se detuvo frente a ella.

Jack abrió la portezuela y salió. Tess notó un cosquilleo nervioso en el estómago.

—¿Tess? —las gafas de sol que llevaba no lograban ocultar su expresión feroz—. ¿Qué diablos haces aquí?

Ella se detuvo en seco. Sí, definitivamente, se había vuelto loca.

Esperaba a un héroe romántico, y Jack se mostraba tan imposible como siempre. ¿Qué se había creído? ¿Que caería rendido a sus pies y le haría una declaración de amor en cuanto hubiera escuchado las verdades que pensaba decirle?

Sí, claro. Era más probable que Nicki se levantara de su siesta recitando un soliloquio de Hamlet.

Tess alzó la barbilla.

—Necesitaba tomar un poco el aire y hacer ejercicio —mintió.

Jack se plantó las manos en las caderas.

—¿Y has decidido pasearte por un camino alejado y solitario?

—Para que lo sepas, un ciervo se me puso delante del coche, a un kilómetro de aquí, más o menos. Intenté esquivarlo y sufrí un pequeño accidente.

Hubo un profundo silencio.

—¿Te va eso de quedarte atascada en los bancos de nieve? —bromeó Jack al fin.

—Muy gracioso. ¿Piensas llevarme o no?

—¿Tú qué crees? —Jack rodeó la camioneta, abrió la portezuela del pasajero y esperó sin decir nada. Tuvo cuidado de no tocar a Tess mientras subía—. Ponte el cinturón —le pidió cuando se hubo instalado en su asiento.

Ella lo ignoró. ¿Qué le importaba el cinturón de seguridad, cuando tenía destrozado el corazón?

Jack esperó.

Suspirando, Tess obedeció al fin.

—¿Podemos irnos ya?

El arrancó el motor. Se produjo un silencio que duró un minuto,

pero que pareció prolongarse durante toda una eternidad. Tess no pudo soportarlo más.

—¿Ibas... al pueblo?

—No.

—¿Y qué haces vestido así a estas horas?

Jack siguió mirando al frente en silencio. Al cabo de unos segundos, dijo por fin:

—Iba a verte.

—Oh —fue lo único que pudo decir Tess, pues el corazón parecía obstruirle la garganta.

—He estado pensando. Nos compenetramos muy bien, y... —carraspeó para aclararse la garganta—. Creo que sería bueno para todos. Estarías cerca de tu abuela, y Nicki necesita un padre. Podrías criarla perfectamente por ti misma, desde luego, pero como ayudé a traerla al mundo, creo que tengo una responsabilidad para con ella —Tess no dijo nada, y su voz adquirió una nota desesperada—. No sé si lo habrás pensado, pero aquella noche en el cobertizo no tomamos medidas, y... En fin, ya sé que aún es muy pronto, y que te estas recuperando, pero... —se interrumpió. Al cabo de un par de segundos, la miró—. Maldición, lo que quiero que entiendas es que deberías casarte conmigo.

—¿Jack?

—¿Qué?

—Para la camioneta.

Sin dejar de mirar al frente, hizo lo que Tess le pedía. Ella se quitó el cinturón y se movió hacia su asiento. Cuando Jack se volvió para mirarla, Tess le quitó las gafas de sol. Contuvo el aliento cuando percibió la gama de emociones que reflejaban sus ojos. Esperanza, miedo, inseguridad... confianza.

—Dilo —pidió ella suavemente.

Él la miró, y en ese momento fue como si ella pudiese atisbar su propia alma.

—Te quiero, Tess. Te quiero como no he querido a nadie en toda mi vida, y deseo que seas mi esposa.

Tess pestañeó al notar que las lágrimas le afloraban a los ojos.

—Oh, Jack. Yo también te quiero.

—¿Eso es un sí?

—Sí.

—Gracias a Dios —la estrechó entre sus brazos y, durante un largo espacio de tiempo, la abrazó como si temiera soltarla. Luego le dio un beso dulce y prolongado.

Tess se sintió llena de felicidad. Sonrió cuando Jack se separó de sus labios.

—¿Cómo te ha ido con tu abuela? —le preguntó.

—Bien —Tess le recostó la cabeza en el hombro—. Sigue tan imposible como siempre.

—Entonces, ¿por qué no vamos a rescatar a nuestra hija? La echo de menos. Y quiero ir a casa.

Y regresaron a casa. Juntos.